

MIRIAM TOEWS

Ellas hablan

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

narrativa sexto piso



ELLAS HABLAN

MIRIAM TOEWS

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Women Talking

Copyright © MIRIAM TOEWS, 2018
Todos los derechos reservados

Primera edición: 2020

Traducción
© JULIA OSUNA AGUILAR

Imagen de portada
© ELENI KALORKOTI

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

eISBN: 9788417517755

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.



We acknowledge the support of the Canada Council for the Arts for this translation.

Para Marj,
ricordo le risate.

Y para Erik,
e ancora ridiamo.

UN APUNTE SOBRE ESTA NOVELA

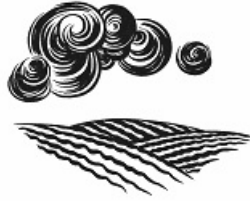
Entre 2005 y 2009, en una remota colonia menonita de Bolivia llamada Manitoba, como la provincia canadiense, muchas mujeres y niñas se levantaban por la mañana doloridas y con sensación de modorra, sus cuerpos amoratados y sangrando, como consecuencia de haber sido agredidas por la noche. Estas agresiones se atribuyeron a fantasmas y demonios. Ciertos miembros de la comunidad eran de la opinión de que o Dios o Satán estaban castigando a las mujeres por sus pecados; un grupo muy numeroso las acusaron de mentir para llamar la atención o encubrir sus adulterios; hubo incluso quienes creyeron que era todo fruto de una imaginación femenina desbocada.

Con el tiempo se descubrió que ocho hombres de la colonia habían administrado anestésico para animales a sus víctimas para dejarlas inconscientes y así poder violarlas. En 2011 un tribunal boliviano halló culpables a estos hombres y los condenó a largas penas de prisión. En 2013, con los condenados aún en prisión, se denunciaron en la colonia nuevas agresiones y abusos sexuales del mismo tipo.

Ellas hablan es tanto una reacción a través de la ficción a estos hechos reales como un acto de imaginación femenina.

M. T.

1.



2.



3.



ACTAS DE LO DICHO POR LAS MUJERES

Relativas a las asambleas celebradas en la colonia Molotschna los días 6 y 7 de junio de 2009, tal y como quedaron registradas por August Epp.

Estuvieron presentes:

Las Loewen

Greta, la de más edad

Mariche, la hija mayor de Greta

Mejal, otra hija más joven de Greta

Autje, una hija de Mariche

Las Friesen

Agata, la de más edad

Ona, la hija mayor de Agata

Salome, otra hija más joven de Agata

Neitje, una sobrina de Salome

6 DE JUNIO

AUGUST EPP, ANTES DE LA ASAMBLEA

Me llamo August Epp (irrelevante a todos los efectos, salvo por haber sido designado secretario de las asambleas de las mujeres porque las mujeres son iletradas y no pueden cumplir esta función). Y puesto que éstas son las actas, y yo el redactor de las mismas -y además soy maestro de escuela y a diario instruyo a mis alumnos para que hagan esto mismo-, soy de la opinión de que mi nombre debe aparecer en el encabezado junto con la fecha. Ona Friesen, miembro también de la colonia Molotschna, fue quien me preguntó si podría yo redactar las actas (aunque no utilizó la palabra «actas», y me preguntó más bien si podría yo dejar constancia de algún modo de las asambleas y crear un documento del que ellas pudieran disponer).

Tuvimos esa conversación ayer tarde, en el camino de tierra entre su casa y el cobertizo donde me tienen alojado desde que volví a la colonia hace meses. (Una disposición temporal, en palabras de Peters, el obispo de Molotschna, donde «temporal» podría significar cualquier plazo de tiempo porque él no se rige por un entendimiento convencional de las horas y los días; estamos aquí, o en el Cielo, para la eternidad, y eso es todo lo que necesitamos saber. Las casas principales de la colonia son para las familias y, estando como estoy solo, no sería extraño que me quedara para siempre en el cobertizo, para los restos, lo que en realidad tampoco me importaría. Es más grande que la celda de una prisión y quepo de sobra, yo ¡y un caballo!).

Ambos fuimos rehuendo las sombras mientras hablábamos. En cierto momento, a mitad de una frase, el viento le levantó la falda y tuve la impresión de que me rozaba la pierna con el dobladillo. Íbamos buscando el sol, moviéndonos a cada tanto conforme las sombras se alargaban, hasta que los rayos desaparecieron y Ona rio y blandió el puño hacia el sol de poniente y lo llamó traidor, cobarde. Me contuve para no explicarle lo que son los hemisferios, que estamos obligados a compartir el sol con otras partes del mundo, que si observáramos la Tierra desde el espacio exterior veríamos hasta quince anocheceres y quince amaneceres al día (y que quizá, al igual que comparte el sol, el mundo podría aprender a compartirlo todo, aprender ¡que todo es de todos!). Me limité a asentir, en cambio. Sí, el sol es un cobarde..., igual que yo. (También me callé porque fue precisamente esta tendencia mía a creer, con tanta exaltación, que todos podemos compartirlo todo lo que me hizo dar con los huesos en la cárcel no hace tanto). He de admitir que la conversación no es algo que me venga fácil y, además, por desgracia, padezco la angustia del pensamiento tácito a cada minuto de mi vida.

Ona volvió a reír, y su risa me envalentonó, y quise preguntarle si yo suponía para ella un recordatorio del Mal en carne y hueso, y si eso era lo que la colonia pensaba de mí, que yo era el

Mal, y no porque hubiera estado en la cárcel, sino por lo ocurrido tanto tiempo atrás, antes de que me encarcelaran. Me limité, sin embargo, a acceder a redactar las actas, por supuesto que sí (no tenía más alternativa, pues yo por Ona Friesen haría cualquier cosa).

Le pregunté para qué querían las mujeres un documento escrito de las reuniones si no iban a poder leerlo. Ona, que sufre de *narfa*, o nerviosismo -al igual que yo, mi propio nombre así lo dice, Epp viene de «álamo», del álamo temblón, el árbol con hojas que tiemblan, el árbol al que también se le llama a veces Lengua de Mujeres porque sus hojas están en continuo movimiento-, me respondió con lo siguiente.

Ese mismo día, a primera hora de la mañana, había visto dos animales, una ardilla y un conejo, justo cuando la primera cargaba a toda velocidad contra el segundo. En el momento en que la ardilla estaba a punto de entrar en contacto con el conejo, éste pegó un salto hacia arriba en el aire, de dos o tres palmos de alto. La ardilla, confundida, o al menos a Ona así se lo pareció, se dio entonces media vuelta y cargó contra el conejo desde el otro lado, todo para encontrarse de nuevo un vacío cuando una vez más el conejo, en el último segundo posible, saltó en el aire y evitó el contacto con la ardilla.

Disfruté de la anécdota porque era de Ona, pero no llegué a entender qué había querido decirme exactamente, o qué podía tener eso que ver con las actas.

¡Estaban jugando!, me dijo.

¿Tú crees?, le pregunté.

Ona se explicó: quizá ella no tenía por qué haber visto el juego de la ardilla y el conejo; era muy temprano por la mañana, a una hora en que nadie más deambulaba por la colonia, con el pañuelo del pelo demasiado suelto, el vestido arremangado también de cualquier manera, una silueta sospechosa..., la hija del diablo, como la ha apodado Peters.

Pero ¿llegaste a verlo, ese juego secreto?, quise saber.

Sí, respondió, lo vi con mis propios ojos (ojos que en ese momento, mientras me contaba la historia, brillaban de la emoción).

Las asambleas han sido organizadas a la carrera por Agata Friesen y Greta Loewen en respuesta a las extrañas agresiones que llevan ya varios años atormentando a las mujeres de Molotschna. Prácticamente todas las mujeres y niñas han sido violadas desde 2005, y en su momento muchos de la colonia creyeron que era obra de fantasmas o de Satán, en teoría como castigo por sus pecados. Las agresiones sucedían de noche. Mientras las familias dormían, dejaban inconscientes a las niñas y mujeres rociándolas con un espray del anestésico que utilizamos para los animales de la granja y que elaboramos con belladona. A la mañana siguiente se despertaban doloridas y aletargadas, a menudo sangrando, sin entender a qué podía deberse. No hace mucho que se ha sabido que los ocho demonios responsables de las agresiones han resultado ser hombres de carne y hueso de Molotschna, la mayoría de ellos parientes cercanos -hermanos, primos, tíos, sobrinos- de las mujeres en cuestión.

A uno de los hombres lo reconocí vagamente. Jugábamos juntos de pequeños. Se sabía el nombre de todos los planetas o, si no, al menos se los inventaba. Su apodo era Froag, que significa «pregunta» en nuestro idioma. Me acuerdo de que quise despedirme de aquel chico antes de abandonar la colonia con mis padres, pero mi madre me dijo que mi amigo estaba pasándolo mal con los molares de los doce años y que había contraído una infección y no podía salir de su cuarto; ahora no tengo tan claro que eso fuese verdad. Pero el caso es que en la colonia no se

despidieron de nosotros cuando nos fuimos, ni ese niño ni nadie.

Los demás asaltantes son mucho más jóvenes que yo y no habían nacido, o eran críos de pecho o de dos o tres años, cuando me fui con mis padres, de modo que no los recuerdo de nada.

Molotschna, al igual que todas nuestras colonias, es autárquica y aplica sus propias leyes. En un principio Peters pensó en encerrar varias décadas a los hombres en un cobertizo (parecido al mío), pero no tardó en hacerse evidente que la vida de los hombres corría peligro. Salome, la hermana pequeña de Ona, agredió a uno con una guadaña, mientras que un grupo de colonos borrachos y airados, parientes de las víctimas, colgó a otro por las manos de la rama de un árbol. Murió, al parecer olvidado, cuando los hombres borrachos y airados perdieron el sentido allí mismo en el sembrado de sorgo, junto al árbol. Después de eso, Peters decidió, con el apoyo de los ministros, llamar a la policía para que los detuvieran -es de suponer que por su propia seguridad- y se los llevaran a la ciudad.

El resto de los hombres de la colonia (salvo por los que están seniles o inválidos, y mi persona, por razones que no me honran) han ido a la ciudad para depositar la fianza para los agresores detenidos, con la esperanza de que los dejen volver a Molotschna mientras siguen a la espera de juicio. Y cuando los responsables vuelvan, a las mujeres se les concederá la oportunidad de perdonarlos, lo que garantizaría un lugar en el Cielo para todos. Por lo que ha dicho Peters, si las mujeres no perdonan a los hombres, tendrán que abandonar la colonia y vivir en el mundo exterior, del que nada saben. Las mujeres tienen muy poco tiempo, sólo dos días, para organizar su reacción.

Según me ha contado Ona, las mujeres de Molotschna votaron ayer. Se podía votar por tres opciones.

1. No hacer nada.
2. Quedarse y luchar.
3. Irse.

Cada opción iba acompañada de una ilustración explicativa porque las mujeres no saben leer (nota: no es mi intención estar señalando de continuo que las mujeres no saben leer, sólo cuando resulta necesario para explicar determinadas acciones).

Neitje Friesen, de dieciséis años, hija de la difunta Mina Friesen y ahora bajo tutela permanente de su tía Salome Friesen (Peters mandó hace años al padre de Neitje, Balthasar, a un remoto rincón del suroeste del país para que comprara doce tusones y todavía no ha vuelto), ha sido la que ha ideado las ilustraciones:

«No hacer nada» iba acompañada de un horizonte vacío. (Aunque creo, si bien me abstuve de mencionarlo, que podría haber servido para ilustrar igualmente la opción de irse).

«Quedarse y luchar» iba acompañada de un dibujo de dos miembros de la colonia enzarzados en un cruento duelo a cuchillo. (Las demás lo tacharon de demasiado violento, pero el significado queda claro).

Y la opción «Irse» iba acompañada de un dibujo de un caballo visto por detrás. (Una vez más pensé, si bien me abstuve de comentarlo, que parecía que fueran las mujeres las que vieran irse a otros).

El recuento estuvo muy reñido entre la segunda y la tercera opción, el cruento duelo a cuchillo

y el caballo visto por detrás. En general las Friesen se decantan por quedarse y luchar, mientras que las Loewen prefieren irse, aunque existen indicios de opiniones cambiantes en ambos bandos.

También hay mujeres en Molotschna que han votado por no hacer nada y dejar las cosas en manos del Señor, pero hoy no estarán presentes. La que más se hace oír entre las mujeres del «No hacer nada» es Janz Caracortada, miembro incondicional de la colonia, recolocadora de huesos oficial y mujer conocida también por tener una vista excelente para medir distancias. En cierta ocasión me explicó que, como molotschnaní, ella tenía todo lo que podía pedir; bastaba con contentarse con pedir poco.

Ona me informó de que Salome Friesen, iconoclasta como la que más, señaló en la asamblea de ayer que en realidad «No hacer nada» no era una opción como tal, pero al menos así las mujeres que se decantasen por el «No hacer nada» sentirían que tenían cierto poder de decisión. Mejal (palabra que significa «niña» en bajo alemán) Loewen, una simpática fumadora empedernida con dos dedos de yemas amarillas, y barrunto que una vida secreta, se mostró de acuerdo, pero, según me contó Ona, también señaló que a Salome Friesen nadie la había erigido en la persona que podía afirmar qué constituye y qué no la realidad, o cuáles eran las opciones. Por lo visto, las demás Loewen se mostraron de acuerdo con lo dicho asintiendo con la cabeza, mientras que las Friesen expresaron su impaciencia con gestos rápidos y desdeñosos. Esta clase de conflicto menor ilustra bien el tono del debate entre ambos grupos, las Friesen y las Loewen. Con todo, dado que el tiempo apremia y urge tomar una decisión, las mujeres de Molotschna han decidido por consenso permitir que estas dos familias debatan los pros y los contras de cada opción -salvo por la opción del «No hacer nada», que la mayoría de mujeres de la colonia ha tachado de *dummheit*- y decidan cuál es la más conveniente y, a partir de ahí, elijan la mejor forma de implementar esa opción.

Un apunte a la traducción: las mujeres hablan en *plautdietsch* o bajo alemán, el único idioma que conocen y lengua oficial de todos los miembros de la colonia Molotschna (si bien hoy en día los muchachos de Molotschna aprenden los rudimentos del inglés en la escuela, y los hombres hablan también un poco de español). El *plautdietsch* es un idioma medieval sin representación gráfica, moribundo, un batiburrillo de alemán, holandés, pomerano y frisio. Quedan muy pocas personas en el mundo que hablen bajo alemán, y las que lo hacen son todas menonitas. Lo menciono para explicar que antes de poder transcribir las actas de las reuniones, si quiero dejar constancia por escrito, tendré que traducir al inglés (al vuelo, mentalmente) lo que las mujeres digan.

Y otro apunte, de nuevo irrelevante para el debate de las mujeres, pero necesario para explicar en este documento por qué yo sé leer, escribir y entender la lengua inglesa: aprendí inglés en Inglaterra, adonde me mudé con mis padres cuando los excomulgó el obispo de Molotschna de aquellos tiempos, Peters el Viejo, el padre del Peters que actualmente es el obispo de Molotschna.

Cuando estaba allí en mi cuarto curso de la carrera, sufrí un trastorno nervioso (*narfa*) y participé en unas actividades políticas que me llevaron en última instancia a ser expulsado de la universidad y encarcelado durante una temporada. Mi madre murió estando yo preso. Mi padre había desaparecido hacía años. No tengo hermanos porque a mi madre le tuvieron que extirpar el útero después de tenerme a mí. En definitiva, no tenía a nadie ni nada en Inglaterra, aunque sí que conseguí terminar mi licenciatura en Magisterio por correspondencia mientras cumplía condena. Sin dinero, sin techo y medio loco -o loco del todo-, tomé la decisión de suicidarme.

Un día, mientras me documentaba sobre las distintas opciones de suicidio en la biblioteca

pública que estaba más cerca del parque que había convertido en mi casa, me quedé dormido. Estuve durmiendo muchísimo rato, hasta que por fin la bibliotecaria me despertó zarandeándome ligeramente y me dijo que tenía que irme, que era la hora del cierre. Esta misma mujer, una señora mayor, se dio cuenta entonces de que yo había estado llorando y tenía un aspecto desaliñado y parecía consternado, y me preguntó qué me pasaba. Le dije la verdad: no quería seguir viviendo. Me invitó a cenar, y mientras comíamos en un pequeño restaurante frente a la biblioteca, me preguntó de dónde era, ¿de qué parte del mundo?

Le contesté que venía de una parte del mundo que había sido fundada para ser su propio mundo, alejada del mundo. Le conté que, en cierto sentido, mi pueblo (recuerdo el retintín irónico con que dije las palabras «mi pueblo», y que al instante me avergoncé y pedí perdón para mis adentros) no existe, o al menos ésa es la sensación que debe de dar, la de no existir.

Y supongo que de ahí a pensar que en realidad tú tampoco existes, dijo, o que tu propia existencia corporal es una perversión, sólo hay un paso.

No tenía muy claro qué había querido decirme y me rasqué la cabeza con saña, como un perro con garrapatas.

¿Y después?, me preguntó.

Unos años en la universidad y luego en prisión, le conté.

Bueno, quizá ambas cosas no sean autoexcluyentes.

Esbocé una sonrisa necia. Mi incursión en el mundo acabó con mi reclusión del mundo, dije.

Como si te hubieran traído a la existencia para no existir, comentó riendo.

Elegido para conformarse, sí, dije intentando no reírme yo también. Nacido para no ser.

Me imaginé a mi yo de bebé berreando al ser sacado del útero de mi madre, y luego, el útero en sí arrancado rápidamente y tirado por una ventana para evitar que sucedieran más abominaciones: este nacimiento, este niño, su desnudez, la vergüenza de la madre, su vergüenza, la vergüenza de ambos.

Le dije a la bibliotecaria que era difícil explicar de dónde era.

«Encontré un viajero de comarcas remotas»,^[1] dijo la mujer, al parecer citando a un poeta que conocía y que le encantaba.

Una vez más no me quedó muy claro a qué se refería, pero asentí. Le expliqué que provenía de una colonia menonita, la de Molotschna, y que, cuando tenía doce años, excomulgaron a mis padres y tuvimos que mudarnos a Inglaterra. Nadie se despidió de nosotros, le conté a la bibliotecaria (viviré siempre con la vergüenza de haber dicho algo tan lastimero). Estuve años creyendo que nos obligaron a irnos de Molotschna porque me habían pillado robando peras en una granja de la colonia vecina de Chortiza. En Inglaterra, donde aprendí a leer y escribir, dibujaba mi nombre con piedras en un gran prado verde para que Dios me encontrara rápidamente y completara así mi castigo. También intenté escribir la palabra «confesión» con piedras del muro de nuestro jardín, pero mi madre, Monica se llamaba, se dio cuenta de que esa tapia entre nuestro jardín y el de los vecinos estaba menguando. Cierta día siguió hasta el prado el surco estrecho que había dejado yo en la tierra con la carreta y me sorprendió en el acto de rendirme a Dios, utilizando las piedras del mundo para señalar mi paradero, con letras enormes. Me hizo sentarme en el suelo y me rodeó con sus brazos, sin decir nada. Al cabo de un rato me dijo que había que devolver las piedras al muro. Le pregunté si podía devolverlas una vez que Dios me hubiera encontrado y castigado. Era tal mi agotamiento por anticipar el castigo que lo único que quería era

acabar cuanto antes. Me preguntó por qué creía yo que tenía pensado castigarme Dios, y le conté lo de las peras, y mis pensamientos sobre las chicas, sobre mis dibujos, y mis ansias de ganar en los deportes y ser fuerte. Qué vanidoso, competitivo y lujurioso era. Mi madre se rio entonces, volvió a abrazarme y me pidió perdón por reírse. Me dijo que yo era un niño normal y corriente, y que era hijo de Dios -de un Dios amoroso, a pesar de lo que pudieran decir-, pero que los vecinos estaban preocupados por el muro menguante y debería devolver las piedras a su sitio.

Le conté todo eso a la bibliotecaria.

Me respondió que entendía por qué mi madre había dicho lo que había dicho, pero que, de haber estado ella allí, de haber sido ella mi madre, habría añadido algo. Me habría dicho que no era normal, que sí, que era una criatura inocente, pero que tenía una necesidad muy profunda y poco corriente de que me perdonaran, pese a no haber hecho nada malo. La mayoría, me dijo, nos eximimos de la responsabilidad del cambio embelleciendo nuestro pasado, y luego vivimos libres y felices, o si no del todo felices, al menos sí sin una angustia insuperable. La bibliotecaria rio y me dijo que si hubiera estado conmigo en ese prado, me habría ayudado a sentir que, de una manera u otra, me habían perdonado.

Pero ¿que me perdonaran por qué exactamente?, le pregunté. ¿Por robar peras, por dibujar chicas desnudas?

No, no, contestó la bibliotecaria, que te perdonaran por estar vivo, por estar en el mundo, por la arrogancia y la futilidad de seguir con vida, que es ridículo, deleznable y no tiene ningún sentido. Eso es lo que sientes tú, añadió, tu lógica interna. Acabas de explicármela.

Después siguió diciéndome que, en su opinión, la duda, la incertidumbre, el cuestionarse a uno mismo están estrechamente ligados con la fe. Una existencia enjundiosa, dijo, una forma de estar en el mundo, ¿no te parece?

Sonreí. Me rasqué. El mundo, repetí.

¿Qué recuerdas de Molotschna?

A Ona, dije, a Ona Friesen.

Y empecé a hablarle de Ona Friesen, una muchacha de mi edad, la misma mujer que ahora me ha pedido que escriba las actas de la reunión.

Tras una larga conversación con la bibliotecaria, en la que le hablé ante todo, aunque no en todo momento, de Ona (de cómo jugábamos, de cómo medíamos las estaciones por el alargamiento mínimo de la luz, de cómo fingíamos ser discípulos rebeldes a los que al principio nuestro líder, Jesús, había malinterpretado, pero a quienes con el tiempo, póstumamente, habían aclamado como héroes, de cómo habíamos hecho justas a caballo, con postes de cercas -corriendo a toda velocidad, como caballeros, como la ardilla y el conejo de Ona-, de cómo nos habíamos besado, habíamos peleado), ella me sugirió que volviera a Molotschna, el único sitio donde la vida había tenido sentido para mí, aunque hubiera sido de forma breve, aunque hubiera sido sólo en un juego imaginario bajo la luz mortecina del sol, y que le pidiera al obispo (Peters el Joven, que era de la misma edad que mi madre) que me readmitiera como miembro de la colonia. (No le conté a la bibliotecaria que eso también supondría pedirle que perdonara los pecados de mis padres, pecados relativos al almacenamiento de material intelectual y la difusión y distribución de dicho material, por mucho que el material en sí fueran libros de arte, fotografías de cuadros que mi padre encontró en un contenedor detrás de un colegio del pueblo, y por mucho que su única culpa fuera compartir esas imágenes con otros miembros de la colonia, pues él ni siquiera sabía leer el texto). También me sugirió que me ofreciera para enseñarles inglés a los niños de

Molotschna, un idioma que necesitarían para comerciar fuera de la colonia. Y me dijo que debería volver a hacerme amigo de Ona Friesen.

Como no tenía nada que perder, seguí su consejo al pie de la letra.

La bibliotecaria pidió a su marido que me diera trabajo en su servicio de limusinas del aeropuerto, y pese a carecer de un permiso de conducir válido, trabajé con él tres meses para poder comprar el billete de vuelta a Molotschna. En esos meses dormí en la buhardilla de un albergue juvenil. Por la noche, cuando tenía la sensación de que iba a estallarme la cabeza, me obligaba a quedarme tumbado, lo más quieto posible. Todas las noches que pasé en aquel albergue, cuando me quedaba inerte en la cama y cerraba los ojos, escuchaba notas apagadas de un piano, acordes tristes sin voces que los acompañaran. Una mañana le pregunté al hombre que limpiaba el albergue, y que también dormía allí, si alguna vez oía de noche una música de piano con acordes tristes. Me dijo que no, que nunca. Al final comprendí que la canción que escuchaba por las noches, cuando parecía que iba a estallarme la cabeza, era el himno «Great Is Thy Faithfulness», y que en realidad estaba escuchando mi propio funeral.

Peters, que lleva las mismas botas negras altas que llevaba su padre (o al menos unas muy parecidas), estudió mi petición de ser readmitido en la colonia. Al final me dijo que me permitiría ser miembro siempre y cuando renegara de mis padres ante los ministros (pese a que mi madre está muerta y mi padre desaparecido), me bautizara en la iglesia y accediera a enseñarles inglés básico y matemáticas sencillas a los niños a cambio de techo (el cobertizo antes mencionado) y de tres comidas al día.

Le dije a Peters que me bautizaría y daría clases a los niños, pero que no pensaba repudiar a mis padres. Peters, nada contento con mi respuesta pero deseoso de que los chicos aprendieran números, o quizá porque le afectara verme -me parezco mucho a mi padre-, acabó accediendo.

Cuando llegué en la primavera de 2008, sólo había murmullos, fragmentos de murmullos, en relación con los misteriosos trastornos nocturnos. Cornelius, un alumno mío, escribió un poema titulado «La cuerda de tender» en el que contaba que las sábanas y las ropas del tendedero de su madre tenían voces, hablaban entre sí, mandaban mensajes a otras prendas de otras cuerdas. El resto de los chicos se rieron cuando leyó el poema en clase. Las casas están muy alejadas entre sí y tampoco hay luz eléctrica en ninguna parte, ni dentro ni fuera. Por las noches las casas son pequeños sepulcros.

Esa tarde, de vuelta a mi cobertizo, fui fijándome en los tendederos de Molotschna, vi los vestidos de las mujeres aletear al viento y los petos de los hombres, la ropa blanca, las colchas y las toallas. Presté atención pero no conseguí entender lo que decían; puede, pienso ahora, que porque no estaban hablando conmigo, sino entre sí.

En el año que siguió a mi regreso, las mujeres empezaron a describir los sueños que habían estado teniendo, hasta que, con el tiempo, a medida que las piezas fueron encajando, llegaron a comprender que estaban todas teniendo un mismo sueño colectivo, y que no era ningún sueño.

Las mujeres de las familias Friesen y Loewen que se han dado cita aquí hoy para la asamblea representan a tres generaciones, y todas han sido víctimas de las agresiones en repetidas ocasiones. He hecho unos cálculos sencillos: entre 2005 y 2009 más de trescientas mujeres y niñas de Molotschna fueron anestesiadas y agredidas en sus propias camas. Se producía, de media, una agresión cada tres o cuatro días.

Al final Leisl Neustadter se obligó una noche tras otra a quedarse despierta, hasta que por fin

pilló infraganti a un joven que abrió a hurtadillas la ventana de su cuarto con un bote de espray de belladona en la mano. Leisl y su hija, ya adulta, forcejearon con el hombre hasta reducirlo en el suelo y atarlo con cordel de empacar. Esa misma mañana hicieron ir a Peters a la casa para que mantuviera un careo con el joven, Gerhard Schellenberg, que confesó los nombres de los otros siete hombres implicados en las agresiones.

Prácticamente todas las mujeres de Molotschna han sido violentadas por este grupo de ocho, pero la mayoría (excepto las niñas que son demasiado jóvenes para comprender dichos procedimientos, y las mujeres, con Janz Caracortada a la cabeza, que ya han escogido ejercer la opción del «No hacer nada») han marcado una X al lado de su nombre para señalar que no tienen problema (y muchas incluso se alegran) de no asistir a las reuniones sobre cómo reaccionar; en su lugar, contribuirán al bienestar de la colonia cumpliendo con las tareas domésticas, que son numerosas ahora que los hombres no están, y que, en caso de abandonarse siquiera un día, resultarían en el caos más absoluto, sobre todo en lo que al ordeño y el alimento de los animales se refiere.

Las mujeres más jóvenes y veloces de ambas familias, Autje y Neitje, se han mostrado dispuestas a facilitar resúmenes orales a las demás mujeres de la colonia al final de la jornada, cuando hayan regresado ya todas a sus casas.

Ahora, en el pajar del granero donde nos hemos reunido discretamente esta mañana, espero para cumplir con lo que Ona ha pedido de mí.

6 DE JUNIO

ACTAS DE LO DICHO POR LAS MUJERES

Empezamos lavándonos los pies. Lleva su tiempo. Cada cual le lava los pies a la persona que tiene sentada a la derecha. Lo de lavar los pies ha sido sugerencia de Agata Friesen (madre de Ona y Salome Friesen). Sería un acto simbólico muy adecuado porque representa nuestro servicio a los demás, ha dicho, igual que cuando Jesús lavó los pies a sus discípulos en la Última Cena, a sabiendas de que le había llegado la hora.

Cuatro de las ocho mujeres llevan sandalias de goma con calcetines blancos, dos llevan zapatos recios de cuero, en chancleta (y en un caso, rajados por un lateral para dejar respirar un juanete cada vez más protuberante), también con calcetines blancos, mientras que las otras dos, las más jóvenes, llevan zapatillas de lona algo maltrechas, también con calcetines blancos. Las mujeres de Molotschna van siempre con calcetines, y da la impresión de que hay una norma establecida según la cual la caña de los calcetines tiene que llegar siempre hasta el dobladillo del vestido.

Las dos más jóvenes, Autje y Neitje, las de las zapatillas de lona, se han arremangado los calcetines en un gesto de rebeldía (y de estética) en pequeñas roscas alrededor de los tobillos. Dejan a la vista una muestra de piel desnuda, unos centímetros de piel, entre el calcetín arremangado y el dobladillo del vestido, y tienen la piel punteada de picaduras de mosquitos (moscas negras o ácaros rojos probablemente). También se ven cicatrices desvaídas, de quemaduras de cuerdas o cortes, en las partes expuestas de estas mujeres. A Autje y Neitje, ambas de dieciséis años, les está costando mantener la compostura durante el lavado de pies, y murmuran entre ellas que les hace cosquillas, y les falta poco para estallar en risitas cuando intentan decirse mutuamente y con voz solemne «Que Dios te bendiga», como han hecho sus madres, tías y abuelas al terminar la tarea.

Empieza Greta Loewen, la mayor de las Loewen (aunque es Penner de nacimiento). Irradia una dignidad profunda y melancólica al hablar de sus yeguas, Ruth y Cheryl. Cuenta que cuando Ruth (que es ciega de un ojo y siempre hay que enjaezarla a la izquierda de Cheryl) y Cheryl se asustan de los rottweilers de Dueck que se cruzan por el camino de la milla que va a la iglesia, el primer instinto que les viene es desbocarse.

Todas lo hemos visto, dice. (Cuando pronuncia estas frases breves y asertivas, Greta tiene la costumbre de levantar en alto los brazos, agachar la cabeza y ensanchar los ojos, como si dijera: Lo que he dicho es verdad, ¿me quieres llevar la contraria?).

Greta explica que sus yeguas, cuando las atemoriza el perro tonto de Dueck, no se dedican a organizar asambleas para decidir el plan de acción, qué es lo que sigue. Echan a correr, y al hacerlo, rehúyen al perro y el peligro en potencia.

Agata Friesen, la anciana de las Friesen (aunque Loewen de nacimiento), ríe, como suele hacer, en un gesto lleno de encanto, y se muestra de acuerdo. Pero Greta, afirma, nosotras no somos animales.

Greta contesta que han abusado de nosotras como si fuéramos animales; a lo mejor deberíamos responder en consonancia.

Entonces, ¿quiere decir que deberíamos salir corriendo?, pregunta Ona.

¿O matar a nuestros agresores?, pregunta Salome.

(Mariche, la mayor de Greta, hasta el momento callada, resopla por lo bajo).

Nota: como he mencionado anteriormente, Salome Friesen llegó a atacar a los agresores con una guadaña, tras lo cual Peters y los ministros saltaron rápidamente al rescate de los agresores y decidieron hacer venir a la policía a la colonia. Era la primera vez en toda la historia de Molotschna que se recurría a la policía. Los agresores fueron trasladados a la ciudad por su propia seguridad.

Desde entonces Salome ha pedido a Peters y sus ministros que la perdonen por su desliz pero, aun así, apenas puede contener la rabia, es muy temperamental. Sus ojos nunca paran quietos. Incluso aunque un día se quedara sin palabras -igual que dicen que las mujeres se quedan sin «óvulos»-, creo que Salome sería capaz de comunicarse y de dar vida, una vida temible, a cada emoción que manase de cada injusticia que percibiera como tal. Salome no goza ni de un Ojo Interior, ni de la gloria del hombre solitario. Ni va sin rumbo ni es una mujer solitaria. Su sobrina Neitje, acostumbrada a los modos más amables de su difunta madre, Mina, pero ahora bajo tutela de Salome, guarda las distancias con su tía. La joven se pasa el día dibujando, quizá para contrarrestar con trazos sólidos y callados sobre el papel los feroces desahogos de las palabras de Salome. (Aparte de su habilidad para pintar, me han contado que Neitje es también la campeona actual a la hora de calcular cuánto cabe de algo -harina, sal, manteca- en cualquier envase, para que no se desperdicie nada, ni siquiera el espacio sobrante).

Agata Friesen, que no se inmuta ante los exabruptos de Salome (ya ha citado el Eclesiastés para describir el temperamento de Salome como nada nuevo bajo el sol, igual que el viento sopla del norte, y todos los ríos van a dar a la mar, etcétera; a lo que Salome ha respondido que no encasillen sus opiniones bajo encabezados antediluvianos del Viejo Testamento, por favor, y ¿no era un poco ridículo que las mujeres se compararan con los animales, el viento, el mar, etcétera? ¿Es que no existe un precedente humano, una persona con la que sentirnos identificadas? A lo que Mejal, al tiempo que se encendía un cigarro, ha respondido: Sí, eso estaría bien, pero ¿qué personas? ¿De dónde?), afirma que en lo que lleva de vida más de una vez ha visto caballos, puede que no a Ruth y Cheryl, de acuerdo -en deferencia a Greta y la alta estima que siente por sus yeguas-, pero sí a otros que, al ser atacados por un perro, un coyote o un jaguar, han intentado plantarle cara al animal y/o aplastar al bicho hasta la muerte. De modo que no siempre se da el caso de que los animales huyan de sus agresores.

Greta corrobora este punto: Sí, ella ha visto conductas similares en otros animales. Vuelve una vez más a hablar de Ruth y Cheryl, pero Agata interrumpe entonces la anécdota.

Agata le dice al grupo que ella también tiene otra historia de animales, y también aparece el rottweiler de Dueck. Habla rápido e introduce frecuentes apartes y digresiones en una voz

susurrante y teatral.

No soy capaz ni de escuchar ni de retener todos los detalles, pero intentaré contar la historia con su voz, y con toda la fidelidad posible.

A Dueck se le estuvieron colando mapaches en el jardín durante mucho tiempo y los odiaba con toda su alma, de modo que, cuando un buen día el mapache más rápido tuvo de pronto seis crías, fue la gota que colmó el vaso. El hombre se puso como una fiera. Ordenó a su rottweiler que los matara a todos, y allá que fue el perro a atacar por sorpresa a la madre mapache, que intentó salvar a sus crías y escapar del perro, pero éste le mató tres crías y sólo pudo salvar a las otras tres. Se las llevó y desapareció del jardín de Dueck, que se quedó bastante satisfecho. Se tomó su café instantáneo y pensó, alabado sea el Señor, se acabaron los mapaches. A los pocos días, sin embargo, miró hacia el jardín y vio a las tres crías de mapache y volvió a enfadarse. Le dijo a su rottweiler que las atacara y las matara. Pero esa vez la madre mapache estaba esperando al perro, y cuando éste fue corriendo a por sus crías, la madre le saltó encima desde un árbol y le mordió en el cuello y la barriga y luego, con la fuerza de hasta su último músculo, lo arrastró hacia la espesura. Dueck montó en cólera, y además se quedó muy triste, quería a su perro de vuelta. Se adentró en la espesura en su busca, pero no consiguió encontrarlo, ni después de dos días de buscarlo. Se echó a llorar. Cuando volvió a casa abatido, llegó hasta la puerta y se encontró una pata del perro y la cabeza... con las cuencas vacías.

La historia de Agata suscita reacciones encontradas. Greta levanta las manos por encima de la cabeza y pregunta a las otras mujeres: ¿Qué se supone que tenemos que deducir de eso? ¿Que debemos usar de cebo a los miembros más vulnerables de nuestra colonia para que vuelvan a atacarlos, con la idea de atraer a los hombres a su muerte y poder descuartizarlos y dejar sus trozos en la puerta de Peters, el obispo de nuestra colonia?

Lo que demuestra la historia es que los animales son capaces de contraatacar y, además, huir, dice Agata. De modo que no importa si somos animales o no, o si nos han tratado como tales, ni siquiera si es posible conocer de algún modo la respuesta a todo eso. (Inspira todo el oxígeno que le cabe en los pulmones y lo suelta con la siguiente frase). En cualquier caso, es una pérdida de tiempo intentar decidir si somos animales o no cuando los hombres no tardarán en volver de la ciudad.

Mariche Loewen levanta la mano. Tiene un dedo, el índice izquierdo, arrancado de cuajo por la primera falange, le mide la mitad que el dedo corazón que tiene al lado. Asegura que en su opinión la pregunta más importante que hay que hacerse no es si las mujeres son animales sino más bien, ¿deberían las mujeres vengarse del daño que se les ha infligido? ¿O deberían en cambio perdonar a los hombres y, en consecuencia, tener garantizado el paso por las puertas del Cielo? Si no perdonamos a los hombres o aceptamos sus disculpas, nos obligarán a abandonar la colonia, dice, y, mediante esta excomunión, perderemos el derecho a entrar en el Cielo. (Nota: doy fe de que esto es cierto según las normas de Molotschna).

Mariche se da cuenta de que estoy mirándola y me pregunta si he tomado nota.

Asiento, sí, estoy apuntándolo todo.

Satisfecha, Mariche les plantea a las demás una cuestión sobre el Arrebatamiento. ¿Cómo va a encontrarlas el Señor en su Venida si no están en Molotschna?

Salome la interrumpe con desdén y empieza a explicarle en voz burlona que si Jesús es capaz de volver a la vida, vivir miles de años y después dejarse caer a la Tierra desde el Cielo para recoger a sus seguidores, seguro que será también capaz de localizar a unas cuantas mujeres que...

Pero ahora es Agata, su madre, quien silencia a Salome con un gesto rápido. Ya volveremos luego sobre esa cuestión, dice con tacto Agata.

Los ojos de Mariche se disparan por la estancia, puede que buscando solidaridad en este asunto, alguien que comparta sus miedos. Las demás le rehúyen la mirada.

Salome está murmurando: Pero si somos animales, o parecidas a animales, quizá de todas formas ni siquiera haya posibilidad de entrar por las puertas del Cielo -se levanta y se acerca a la ventana-, a no ser que estén permitidos los animales. Aunque tampoco tendría mucho sentido, porque los animales proporcionan comida y fuerza de trabajo, y ahí arriba no necesitaremos nada de eso. Así que quizá, después de todo, a las mujeres menonitas no nos esté permitido ir al Cielo porque pertenecemos a la categoría de los animales, que no se necesitan ahí arriba, donde todo es tralarí, tralará... Acaba su intervención en tono cantarín.

Todas las demás, salvo Ona Friesen, su hermana, la ignoran. Ona sonríe ligeramente, una sonrisa animosa, de beneplácito, pero también una sonrisa que podría servir como rotundo punto final a las declaraciones de Salome, o sea, una petición tácita de que termine. (Las Friesen han desarrollado un sistema de lo más eficaz de gestos y expresiones faciales para callar a Salome).

Ahora empieza a hablar la propia Ona. Se ha acordado de un sueño que tuvo hace dos noches: se encontraba un caramelo en el suelo detrás de su casa, lo cogía y lo llevaba a su cocina con la idea de lavarlo y comérselo. Antes de lavarlo, se le abalanzaba encima un cerdo muy grande, de unos noventa kilos, y ella gritaba: ¡Quitadme este cerdo de encima! Pero la tenía acorralada contra la pared.

Qué tontería, dice Mariche, en Molotschna no tenemos caramelos.

Agata alarga la mano para tocar la de Ona. Ya nos contarás luego tus sueños, cuando acabe la reunión.

Varias mujeres toman entonces la palabra para decir que son incapaces de perdonar a los hombres.

Justamente, dice Mariche, que habla con concisión, segura de sí misma una vez más, pero aun así queremos pasar por las puertas del Cielo cuando muramos.

Ninguna de las presentes le rebate este punto.

Mariche afirma seguidamente que entonces no deberían ponerse en una posición tan desacertada, verse obligadas a elegir entre el perdón o la vida eterna.

¿Y en qué posición quieres que nos pongamos entonces?, pregunta Ona Friesen.

Hablo de lo de quedarnos para luchar, dice Mariche, porque perderíamos la lucha contra los hombres, y entonces seríamos culpables del pecado de rebeldía y de traicionar nuestro voto de pacifismo, y al final lo único que haríamos sería hundirnos aún más en la sumisión y la vulnerabilidad. Es más, nos obligarían a perdonar a toda costa a los hombres para que Dios nos perdonara a nosotras y nos permitiera entrar en su Reino.

Pero ¿acaso es perdón verdadero el perdón que se consigue por coacción?, pregunta Ona Friesen. ¿Y no es la mentira de fingir perdonar con palabras pero no de corazón un pecado mayor que simplemente no perdonar? ¿No podría existir una categoría de perdón que sólo correspondiera a Dios conceder, una categoría que contemple la violencia contra los hijos propios, un acto tan imposible de perdonar para un padre o una madre que Dios, en Su sabiduría, asumiría en exclusiva la responsabilidad de tal perdón?

¿Quieres decir que Dios permitiría al padre o madre de la criatura violentada albergar aunque

fuera una pizca de odio en su corazón?, pregunta Salome. ¿Como una simple medida de supervivencia?

¿Una pizca de odio?, pregunta Mejal. Qué tontería. De pequeñas semillas de odio, mayores...

No es ninguna tontería, dice Salome, una pequeñísima cantidad de odio es un ingrediente esencial en esta vida.

¿En esta vida?, dice Mejal. Querrás decir cuando estás peleando. Ya me he fijado en la energía que te entra cuando matas.

Salome clava los ojos en el techo. No es guerra, es supervivencia. Y no llamemos odio a...

Ah, que prefieres llamarlo «ingrediente», dice Mejal.

Cuando tengo que matar cerdos, a los lechones les doy más fuerte, dice Salome, porque es más humano matarlos de un golpe rápido que torturarlos con hachazos poco convencidos, con ese sistema que tienes tú de...

No hablaba de matar cerdos, dice Mejal.

Durante este intercambio de palabras, la hija de Mariche, Autje, ha empezado a columpiarse desde una viga, un péndulo humano, y de camino le pega patadas a las pacas y la paja se suelta y a Salome le cae una brizna en el pelo. Mejal levanta la vista y le dice a Autje que se comporte, ¿es que no oye que la viga está crujiendo, qué quiere, que se hunda el tejado? (Para mis adentros me digo que quizá sea eso lo que quiere).

Mejal saca la bolsa del tabaco, pero no se lía ningún cigarro y se limita a dejar la mano sobre la bolsa tranquilamente, como si fuera la palanca de cambios del coche en ralentí de una huida y estuviera esperando, sabiendo que está ahí cuando lo necesite porque tiene la mano encima.

Salome no sabe que tiene paja en el pelo. Se le ha quedado encima de la oreja, arrebujada en ese hueco, como el lápiz del número 2 de una bibliotecaria.

Después de un silencio breve, Greta vuelve a la pregunta de Ona. Puede que sí, que sí que exista esa categoría, dice pausadamente, aunque no hay precedente bíblico de esa clase de perdón exclusivo de Dios.

Una observación breve sobre Ona Friesen: Ona se distingue del resto de mujeres por llevar el pelo recogido hacia atrás pero bastante suelto, no apretado con la fuerza contundente de una herramienta de aspecto primitivo. La mayoría de colonos la tienen por alguien de buena disposición e incapaz de funcionar en el mundo real (aunque Molotschna tiene muy poco de real). Es soltera todavía. Y se le permite cierta libertad a la hora de decir lo que piensa porque se considera que sus pensamientos y sus palabras no tienen sentido, aunque eso no impidió que la agredieran en repetidas ocasiones. Era una presa fácil porque dormía sola en una habitación y no con el marido que no tiene. Ni quiere, por lo que parece.

Antes había afirmado: Cuando nos hayamos liberado, tendremos que preguntarnos quiénes somos. Ahora pregunta: ¿Digo bien si digo que en este momento las mujeres estamos preguntándonos cuál es nuestra prioridad y qué está bien, si proteger a nuestras hijas o entrar en el Reino de los Cielos?

Mejal Loewen dice que no, que no dice bien. Es una exageración de lo que realmente se está debatiendo. (Sigue con la mano en íntima comunión con la bolsa de tabaco).

Entonces, ¿qué es lo que se está debatiendo realmente?, quiere saber Ona.

Agata Friesen, la madre de Ona (y tía de Mejal), le contesta: Ya quemaremos esa nave a su debido tiempo, dice (utilizando adrede la expresión inglesa de forma incorrecta para poner un

punto distendido a la reunión). Y Ona, indulgente con su madre, como lo es con su hermana, no tiene problema en dejarlo estar.

He de dejar constancia aquí de que a Greta Loewen se le abren y se le cierran los ojos, y de tanto en tanto le rueda una lágrima por las mejillas. No está llorando, dice, está hidratándose la cara. Neitje Friesen y Autje Loewen (que ha dejado de columpiarse en la viga) no paran quietas en sus sillas y están medio enfrascadas en no sé qué juego de palmitas, con las manos escondidas bajo la mesa.

Propongo que aplacemos la sesión por un breve espacio de tiempo y las mujeres secundan la propuesta.

Agata Friesen sugiere que cantemos un himno antes de dispersarnos y las demás (salvo Neitje y Autje, que parecen horrorizadas ante la idea de cantar todas juntas) se muestran de acuerdo. Las mujeres se cogen de las manos y cantan «Work, for the Night Is Coming». Es fascinante lo bien que armoniza Ona Friesen. La primera estrofa del himno dice así:

Work, for the night is coming,
Work through the morning hours;
Work while the dew is sparkling,
Work 'mid springing flowers;
Work when the day grows brighter,
Work in the glowing sun;
Work, for the night is coming,
When man's work is done.[2]

Las mujeres siguen cantando la segunda y la tercera estrofas, y Neitje y Autje se hunden en sus asientos, derrotadas.

Greta Loewen le da una palmada en la mano a Autje: «Siéntate bien». Los nudillos de la anciana sobresalen como nudos de troncos, cual otros del desierto en medio de un terreno angostado. La dentadura postiza le queda demasiado grande, y le duele. Se la quita y la deja sobre el tablero de contrachapado. Se la regaló un viajero bienintencionado que fue a Molotschna con un kit de primeros auxilios cuando se enteró de las agresiones a las mujeres.

Cuando Greta gritó pidiendo ayuda, el agresor le tapó la boca con tal fuerza que casi todos los dientes, que tenía ya viejos y frágiles, se le pulverizaron. El viajero que le dio la dentadura a Greta fue escoltado fuera de la colonia por Peters, que desde ese momento prohibió la entrada de ayuda exterior a la colonia.

El canto ha terminado. Las mujeres se dispersan.

Nota: Salome Friesen se ha ido antes de la cuenta, exasperada, después de que Ona preguntara si las mujeres estaban debatiendo sobre lo que estaba bien, si proteger a sus hijas o entrar en el Reino de los Cielos, y si no era posible hacer ambas cosas. No me ha dado tiempo antes de anotar aquí los detalles de su salida.

Agata ha reído por lo bajo al verla salir, y les ha dicho a las demás que su hija ya volvería, que no se preocuparan, que la dejaran desfoguearse en paz, que habría ido a ver si sus hijos Miep y Aaron estaban bien. Eso la tranquilizaría.

En lo que se refiere a sus hijos, la paciencia y el aguante de Salome no tiene límites, pero en la colonia se la conoce por ser una mujer peleona, una instigadora. No reacciona con calma a la autoridad y a menudo se enzarza en duelos de ego con otros miembros de la colonia por las cosas más nimias. Por ejemplo: una vez escondió la campana del comedor y aseguró haber olvidado dónde la había metido, y todo porque le molestaba el tono del tañido tres «dichosas» veces al día, y sobre todo le molestaba la vanidad y la insistencia con que la tocaba Sarah N., mucho más allá de lo necesario. (¡Dejad de decirme cuándo tengo que comer!, gritó Salome). En otra ocasión también le volcó el barril del agua de lluvia a Peters durante un aguacero inmenso, y le chilló diciéndole que él era demasiado puro para necesitar agua de lavar, ¿o no? ¡¿Lo era o no lo era?!

Me parece curioso que no la hayan excomulgado a estas alturas. ¿Serán estos pequeños actos de rebeldía una válvula de escape que Peters consiente, una especie de espectáculo que satisface la necesidad de los colonos de hacerse valer, y que le permite a Peters actuar con impunidad en asuntos de mayor calado?

Otra nota: mientras Ona bajaba la escalera del pajar, he conseguido decirle que me había gustado su sueño, el del cerdo. Se ha reído. Y luego he reunido el valor para contarle un dato.

¿Sabías, le he dicho a Ona (que estaba ya bajando la escalera, riendo aún; ha sido la última en salir del pajar), que a los cerdos les es físicamente imposible mirar al cielo?

Y justo entonces, en ese preciso instante, Ona ha alzado la vista para mirarme desde el travesaño.

¿Así?, me ha preguntado.

Ahora me hace reír ella a mí. Ona se ha ido, satisfecha.

De ella sí me esperaba que mirara al cielo, he pensado, por eso el cerdo de su sueño la tenía acorralada contra la pared. Pero entonces me he dicho: ¿Cómo puede ser? ¿Cómo va a ser correcta mi interpretación del sueño de Ona cuando ella no estaba al tanto, consciente o inconscientemente, de la limitación física de los cerdos?

En mi celda (de la cárcel de Wandsworth, en Inglaterra), jugaba a cosas con mis compañeros. El nombre de mi pasatiempo favorito era «¿Qué preferirías?». Sabiendo que estás a punto de morir, ¿qué preferirías: un año, un día, un minuto o cero para vivir sabiéndolo? La respuesta es: Ninguna de las arriba señaladas.

También en la cárcel cometí el error de contarles a mis compañeros de celda que el sonido del pato (así como la visión de su pico redondeado y plano) me llena de felicidad y me supone un gran consuelo. Hay crímenes... y crímenes. Desde entonces he aprendido a guardarme para mí la mayor parte de mis pensamientos.

La sesión se ha reanudado. Y estoy abochornado.

Fuera, durante la pausa, he coincidido con la joven Autje en la bomba del agua. Al principio no hemos intercambiado palabra. Ella se ha puesto a bombear con fuerza mientras yo miraba el suelo.

Cuando ya tenía lleno el balde, me he aclarado la garganta y le he comentado que, en la guerra, en la Segunda Guerra Mundial, en Italia, por ejemplo, y más en concreto en Turín, como en muchos otros sitios, los civiles se escondían en refugios antiaéreos. A estos civiles solían matarlos, he añadido, por participar en la Resistencia.

Autje ha ido retrocediendo poco a poco, sonriendo, asintiendo.

Sí, he dicho, asintiendo y sonriendo yo también. En esos refugios se necesitaban voluntarios para accionar, a fuerza de pedalear con una bici, los generadores que suministraban la electricidad. Cuando antes estaba columpiándose en la viga con tanta vigorosidad, me había recordado ese dato, así como a los voluntarios que generaban la energía pedaleando. Ella habría sido la voluntaria perfecta, le he dicho a Autje, si hubiéramos estado en un refugio antiaéreo.

Como es natural, la joven me ha preguntado: ¿Y adónde habría ido con la bici estando en un espacio cerrado como aquél?

Es verdad, le he dicho, supongo que la bici sería estática.

Autje me ha sonreído y ha parecido considerarlo por unos instantes. Luego me ha recordado que tenía que llevarles el agua a los tusones, aunque eso sí, antes me ha demostrado cómo le daba una vuelta entera al balde del agua sin tirar una sola gota. He sonreído, incómodo. Ella se ha ido corriendo con los caballos.

Me he despedido con la mano, en un gesto un tanto bobo, mientras ella levantaba una polvareda a su paso. Me he quedado allí plantado en la tierra, con los faldones de la camisa revoloteando por detrás como un absurdo pájaro que no supiera volar. ¿Por qué habré mencionado la Resistencia, y lo de que mataban a los civiles que se rebelaban? He comprendido luego que he podido dar a entender que ella era carne de cañón.

He querido correr tras ella y disculparme por haberla asustado..., pero no habría hecho más que asustarla aún más. O quizá mis palabras le hayan parecido tan ridículas como a mí, lo que sería un consuelo, hasta cierto punto.

Salome acaba de volver con unos ojos como asteroides. Asteroides que podrían destruir planetas. (Es posible que no haya visto a sus hijos, pero me ha dado miedo preguntárselo directamente).

Dado que hemos terminado la primera parte de nuestra reunión con un himno, les digo a las mujeres, ¿sería oportuno si empiezo yo ahora la siguiente parte con un dato que podría valer de metáfora e inspiración?

Las mujeres están de acuerdo, aunque Mariche frunce el ceño y se va a la ventana para mirar por ella mientras yo hablo.

Les doy las gracias y empiezo recordándoles que nosotros, los menonitas de Molotschna, vinimos a establecernos en estas tierras partiendo del mar Negro. Los miembros de nuestra Iglesia poblaron durante siglos las orillas del mar Negro, cerca de Odesa, y disfrutaron, hasta que empezaron las matanzas, de una gran paz y felicidad. Les doy el dato: las aguas de las profundidades del mar Negro no se mezclan con las capas superiores que reciben el oxígeno de la atmósfera, lo que hace que esas aguas de las profundidades sean anóxicas y, por tanto, no contengan vida. Las condiciones anóxicas propician unos fósiles especialmente bien conservados, y en esos fósiles se ven imágenes de partes blandas del cuerpo. Pero ¿de dónde proviene esa vida? En el mar Negro no hay mareas altas ni bajas, su superficie está siempre serena. Y, sin embargo, por debajo discurre un río, un río misterioso que los científicos creen que puede albergar vida en el fondo del mar Negro, en esa parte inhóspita. Pero los científicos no tienen forma de demostrarlo.

Una vez más, las reacciones de las mujeres a este dato inspirador son dispares, con el silencio como respuesta mayoritaria. Ona Friesen, que es conocida por saber apreciar un buen dato, me da las gracias. Cuando habla, siempre acaba las frases con una rápida inhalación de aire, como si intentara retractarse de sus palabras, como si ella misma estuviera asombrada por lo que acaba de

decir.

Mariche Loewen, que ha estado dándonos la espalda, se vuelve ahora de la ventana.

¿Estás insinuando, me pregunta, que las mujeres deberían quedarse en Molotschna en vez de irse? ¿Que las «capas superiores» del mar Negro representan a los hombres de la colonia y las «capas inferiores» a las mujeres, que, oh, misterio, están de maravilla a pesar de estar bajo la presión severa e inerte de los hombres?

Asumo toda la culpa por el malentendido, digo, pero sólo he querido transmitir que la vida y su preservación son una posibilidad incluso cuando las circunstancias parecen desesperadas.

Pretendía que sirviera de inspiración, insisto.

Mariche me recuerda que las mujeres me han pedido que redacte las actas de las reuniones únicamente porque yo sé traducir y escribir, y que no me sienta en la obligación de ofrecer consejos inspiradores.

Salome Friesen se apresura a sugerirle a Mariche que su reacción es inapropiada, a lo que Mejal Loewen le recuerda de nuevo a Salome que no se le han concedido poderes especiales para establecer lo que es o no es apropiado.

A lo mejor sí que me los han concedido, replica Salome.

¿Quién?, pregunta Mejal. ¿Peters? ¿Dios?

La superficie de Molotschna, al igual que la del mar Negro, siempre está en calma y serenidad, dice Salome. ¿Es que no entiendes que...?

¿Y qué?, la interrumpe Mejal.

Ona, decidida a indagar más allá en el misterioso asunto del mar Negro, pregunta: ¿Qué es exactamente el tejido blando?

Es la piel y la carne y todo el material conjuntivo, responde Agata. Es todo lo que protege el tejido duro, como los huesos y todo lo que es rígido, entiendo yo.

O sea, dice Mariche, que el tejido blando protege el tejido duro, como el de los huesos. El tejido blando es más..., ¿cómo se dice?, más resistente, a pesar de que luego, al final, se descompone mucho más rápido. A no ser que se conserve en las «misteriosas profundidades del mar Negro», añade, separando las palabras «misteriosas profundidades del mar Negro» del final de la frase para darles un énfasis histriónico. Asumo que se trata de una burla directa a mi persona.

Sonrí, y me clavo las uñas en la coronilla del cuero cabelludo. Digo que a menudo el tejido blando se define más bien por lo que no es.

Ya me imagino, dice Agata, pero...

Y aun así en cierto modo es más fuerte, la interrumpe Mariche, puesto que tiene capacidades regenerativas. Antes del final.

Bueno, dice Agata, puede ser, pero...

¿Estás hablando de la muerte, pregunta Ona, cuando hablas de «el final»?

Mariche tuerce el gesto: ¿Qué va a ser el final sino la muerte, si puede saberse?

Pero, Mariche, dice Greta, la muerte física no es el final de la vida.

En estos momentos Autje y Neitje están ignorando a las demás mujeres y están enfrascadas en una conversación privada. Neitje asiente y sonrío en mi dirección. Por un instante me pregunto si no estará mencionándole Autje nuestra conversación en la bomba del agua. Una vez más, como cabría esperar, reacciono como un tonto y les hago un gesto discreto a las chicas, que al instante

apartan la vista.

Bueno, dice Ona, entonces las mujeres somos el tejido blando de Molotschna, si entendemos que la colonia es un cuerpo, y...

O la colonia es el mar Negro, interviene Salome, y nosotras sus «aguas de las profundidades misteriosas». Es lo que intentaba deciros.

Mariche se ríe y le pregunta en tono sarcástico a Salome qué le parece a ella, en su divina sabiduría, que tienen de misterioso las mujeres de Molotschna. Hasta la nata que se me forma en la leche por la mañana tiene más misterio, dice.

Ona admite que la nata de la leche es bastante misteriosa, y asiente mirando a Mariche, en un intento, diría yo, de expresarle su amistad o su solidaridad. Bondad. Ona me pregunta si me gustaría obsequiar a las mujeres con algún otro dato inspirador.

Me rasco la cabeza con saña, un instinto animal que adopté en prisión. Me convencí de que me concedía un estrecho margen de tiempo para componer mi respuesta ante una pregunta, preguntas del tipo: Epp, carapolla, ¿quieres que te reviente la cabeza o qué?

El gesto hace reír a Ona.

Sí, digo, los humanos mudamos unos dieciocho kilos de piel a lo largo de la vida, con lo que todos los meses renovamos totalmente nuestra piel exterior.

Neitje interrumpe: Salvo por las cicatrices, dice. ¿O pueden llegar a cambiarse por piel nueva? No, dice Autje, por eso se llaman cicatrices, so boba. Las jóvenes ríen y se lanzan puñetazos sin llegar a tocarse.

Ona reflexiona sobre esto y comenta que la sustitución mensual de la piel exterior coincide con la sustitución del revestimiento uterino, también mensual.

¿Cómo sabes tú eso?, le pregunta Mariche, y Ona me mira. Lo sabe porque mi madre se lo contó hace mucho en la escuela secreta que tenía, que no era ningún sitio físico, sino un debate al que llamaba «la escuela secreta». Lo mantenía con las chicas, durante el ordeño, cuando Ona y yo éramos pequeños, antes de que mis padres y yo abandonáramos Molotschna.

Mariche me mira de hito en hito y pregunta si he sido yo quien le ha explicado cosas sobre el revestimiento uterino a Ona.

No, dice ésta, August no; su madre, Monica.

Mariche no dice nada.

Salome observa que es una explicación que seguramente sea muy útil, pero ¿no deberíamos proseguir?

Ona, como si no hubiera escuchado a su hermana, menciona que lo que yo he dicho es cierto, que la piel que ellas tenían durante las agresiones ya no está, la ha reemplazado otra. Sonríe.

Tiene cara de querer decir algo más, pero entonces Agata Friesen, presintiendo la impaciencia de Salome y su rabia inminente, pregunta de pronto si podemos dejar a un lado las discusiones entre animal/no animal, perdón/no perdón, inspirador/no inspirador, tejido blando/tejido duro y piel nueva/piel vieja para concentrarnos en el asunto que tenemos entre manos, que es si quedarnos y luchar o irnos.

Las mujeres coinciden en que deberíamos proseguir.

Entretanto, Salome ha apartado a un lado su balde de la leche, que está abollado y le resulta incómodo. Ona se levanta, le da a su hermana su balde para que se siente y coge para ella el abollado de Salome.

En cuanto vuelve a sentarse, Ona Friesen sigue valorando algo que se ha dicho antes. Menciona que cuando Mariche ha utilizado la palabra «consejos» le ha recordado otro asunto. Pide permiso para hacer otra reflexión relacionada con el perdón.

Las mujeres acceden (aunque Neitje Friesen vuelve los ojos en las cuencas y echa la cabeza hacia atrás como un resorte, al tiempo que deja caer la mandíbula. Tiene gracia).

Ona habla: Si los ministros y el obispo de Molotschna han decidido que las mujeres no necesitamos terapia tras las agresiones porque no estábamos conscientes cuando ocurrieron, entonces, ¿qué es lo que se supone que debemos perdonar, qué podemos perdonar? ¿Algo que no pasó? ¿Algo que no somos capaces de comprender? ¿Y qué significa eso en un sentido más amplio? ¿Que si no conocemos «el mundo», no podrá corrompernos? ¿Que si no sabemos que estamos en la cárcel entonces somos libres?

Las adolescentes Neitje Friesen y Autje Loewen se han enzarzado ahora en una competición de lenguaje corporal, intentando superarse la una a la otra en la expresión del aburrimiento y el fastidio que sienten. Autje, por ejemplo, ha hecho como si se disparara a la cabeza metiéndose una escopeta en la boca y ha volcado luego el balde de la leche. Neitje ha preguntado con voz lastimera: Pero entonces, ¿nos vamos o nos quedamos? Ha apoyado la cabeza en un brazo y la voz le sale amortiguada. Tiene la palma extendida hacia arriba, como si esperase una respuesta o que le den una ampolla de cianuro. Se ha quitado el pañuelo y veo una línea muy blanca, larga y delgada, que le baja por en medio de la cabeza. Es piel desnuda, lo que las mujeres llaman «la raya».

Greta Loewen suspira con fuerza y dice que, aunque no sean animales, las han tratado peor que a animales, y que de hecho los animales de Molotschna están más seguros que sus mujeres, y mejor atendidos.

Agata Friesen le recuerda a Greta que, por una cuestión de tiempo, han decidido dejar a un lado la pregunta de si las mujeres son animales o no.

Greta blande la mano, como desechando la reprimenda de la otra anciana, y cierra los ojos. Se pone a tamborilear con la dentadura postiza sobre el tablero.

Mariche interviene: Yo creo que la única solución es huir.

Pero ¿qué protestas ha suscitado el concepto de huir entre las mujeres!

Han empezado a hablar todas a la vez. Siguen haciéndolo. Y siguen.

Ona me mira. Yo miro las actas. De los nervios, por la mirada de Ona, me aclaro la garganta... y las mujeres se lo toman como un gesto de impaciencia por mi parte, una interrupción. Paran de hablar.

Mariche me mira con mala cara.

Me acaricio la garganta, como si me picara, el principio de una enfermedad, puede que una inflamación, como la del joven Aaron. No era mi intención interrumpir. Para Mariche soy un estorbo, y quizá también para Salome, que está impaciente por otras razones, como una inundación repentina, como un casco de caballo agrietado. (Éstas son las palabras que masculla aunque en traducción no quedan bien).

Salome Friesen pregunta entonces, con tono agresivo: ¿Es así como queremos enseñarles a nuestras hijas a defenderse, huyendo?

Mejal Loewen interviene: No es huir, es irse, estamos hablando de irnos.

Salome Friesen hace como si no la hubiera escuchado: ¡Huir! Yo prefiero no moverme del

sitio y disparar a todos los hombres al corazón y enterrarlos en una fosa antes que huir, ¡y ya veré yo qué hago con la ira de Dios si recae sobre mí!

Salome, interviene Ona con tacto, no pierdas la calma, por favor. Las Loewen están hablando de irnos, no de huir. La palabra «huir» ha estado fuera de lugar. No le des más importancia.

Mariche sacude la cabeza, indignada. Se disculpa con cierto sarcasmo por haber utilizado una palabra fuera de lugar, un pecado tan atroz que Salome, con esos aires olímpicos que se da y esa mente suya tan prodigiosa, se ha encargado de rectificar por el bien de toda la humanidad.

Salome protesta enérgicamente y acusa a su vez a Mariche de utilizar las palabras como una insensata. «Irse» y «huir» son dos palabras que no pueden ser más distintas, dice, con significados distintos e implicaciones muy concretas.

Autje y Neitje han empezado a interesarse algo más por la reunión y ahogan ahora unas risitas. Entretanto, Greta y Agata lucen expresiones adustas pero resignadas que hablan de años de experiencia con este tipo de *opprua* («alboroto») por parte de sus hijas. Agata tiene las manos juntas y da vueltas a los pulgares. Greta se da palmaditas en su propia cabeza.

Ona Friesen está mirando con ojos ensoñados por la ventana que da al norte, hacia el sembrado de colza de Rembrandt, los montes y la frontera, y puede que incluso hacia una visión que ella misma ha conjurado.

Mejal Loewen está liándose un cigarro disimuladamente. (Con restos del último, que ha apagado con un pellizco muy resuelto entre el índice y el pulgar).

Bueno, August, me dice Agata, que se ha sentado a mi lado ¡y me ha pasado el brazo por los hombros! ¿A ti qué te parece todo esto? Tú también tendrás una opinión, ¿no?

Lo primero que me viene a la cabeza es la historia del poeta coreano Ko Un. Así que les cuento a las mujeres que intentó suicidarse cuatro veces, una de ellas echándose veneno por la oreja. Sobrevivió pero el tímpano se le quedó destrozado. El otro tímpano lo tenía dañado de cuando fue preso político y lo torturaron. En la guerra de Corea le obligaron a acarrear cadáveres a las espaldas. Luego fue monje durante diez años.

Las mujeres han dejado de discutir y están escuchando mi historia sobre el poeta. Paro de hablar.

Agata pregunta: ¿Y qué pasó luego?

Pues luego se hizo alcohólico, lo que le salvó la vida cuando quiso suicidarse de nuevo, esa vez con una piedra grande y una cuerda en el mar que hay entre la península de Corea y la isla de Jeju.

¿Dónde está eso?, pregunta Autje, pero su madre le manda callar.

Qué más da, dice Mejal.

Bueno, sí que importa, dice Salome, pero dejad que August termine la historia primero.

Agata me hace una seña para que continúe.

En el barco, cuento, vendían alcohol. Ko Un pensó: ¿por qué no me tomo la última antes de morir? Se tomó una copa, luego otra, y una tercera... Se emborrachó y se quedó dormido. Cuando se despertó, ya habían atracado. Había perdido la oportunidad de matarse, y los demás estaban esperándolo porque se habían enterado de que el legendario monje y poeta Ko Un iba de visita a la isla. Tenían la esperanza de que se quedara allí a vivir. Y eso hizo. Y fue muy feliz durante unos años.

Después de una pausa, Mejal me pregunta si he terminado y le digo que sí.

Las mujeres no hablan y se remueven sobre sus baldes, carraspean. Murmuro que Agata me había preguntado si tenía una opinión sobre el debate entre irse o huir. Yo sólo había querido expresar lo que yo sentía sobre el significado de significado: que es posible dejar algo o a alguien con un estado de ánimo y llegar a otra parte en un estado de ánimo del todo inesperado.

Eso ya lo sé, dice Mejal, como todas, ¿no?

Por instinto sabemos muchas cosas, dice en voz baja Ona, pero es divertido y agradable que nos las formulen así, en una narración.

Salome Friesen dice a las demás que ella no tiene tiempo de divertimentos ni de cosas agradables. ¿Me disculpáis, pregunta con sarcasmo, que es la hora de comer y me toca llevarles la comida a algunos ministros de la colonia y darle los antibióticos a mi pequeña?

A la hija pequeña de Salome, Miep, la violentaron los hombres entre dos y tres veces distintas, pero Peters ha prohibido que la niña, que tiene tres años, reciba tratamiento médico, alegando que el médico difundiría rumores sobre la colonia y la gente sabría lo de las agresiones y convertirían todo el incidente en un escándalo. Salome recorrió doce millas hasta la colonia vecina para conseguir antibióticos para Miep de la Mobile Clinic que sabía que estaba allí estacionada, de manera temporal, en reparación. (Y para conseguir alcohol casero para ella, según Mariche, que en varias ocasiones, cuando Salome se enrabieta, ha señalado, simulando el acto de llevarse una botella a la boca, que bebe a escondidas).

Le tengo que mezclar los antibióticos en el puré de remolacha o no los quiere, dice Salome.

Las mujeres asienten y le dicen que claro, que vaya.

Antes de irse, Salome sugiere que si Mejal va a por la sopa a la cocina de verano entonces ella puede traer a la vuelta el pan de espelta que ha hecho esta mañana. Podemos comer aquí todas con eso, propone Salome, y así seguimos con la reunión mientras comemos. Podemos tomar café instantáneo.

Mejal se encoge de hombros como con desmayo -odia que Salome le diga lo que tiene que hacer-, pero se levanta de la silla.

Mientras, Agata se queda totalmente quieta, moviendo sólo los labios en una oración o un versículo, quizá de los Salmos. Miep es su nieta, lleva su nombre. («Miep» es sólo un apelativo cariñoso). Agata es una mujer fuerte, pero cuando oye detalles de la agresión a su nietecita se queda muy quieta, como un depredador.

(Cuando Salome descubrió que a su Miep la habían agredido no sólo una vez sino dos o tres veces, fue al cobertizo donde habían encerrado a los hombres e intentó matarlos a todos con una guadaña, tal y como he mencionado antes. Ese incidente fue lo que convenció a Peters de que había que llamar a la policía para que detuvieran a los hombres y se los llevaran a la ciudad, donde estarían más seguros. Salome asegura que pidió perdón por ese arrebató, y que los hombres la perdonaron, pero nadie, ni siquiera Peters, presencié estas disculpas. Puede que estos últimos hechos no guarden relación con las actas de estas asambleas, pero creo que tienen la suficiente importancia como para incluirlos en las notas porque, si no se hubieran llevado a la ciudad a los culpables, y los demás hombres de la colonia no los hubieran seguido para pagarles la fianza con la idea de que regresaran a la colonia -donde podrían ser perdonados por las víctimas y, a cambio, Dios las perdonaría a ellas-, estas reuniones no estarían teniendo lugar).

Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia, amor y perdón,[3] dice Agata.

Lo repite, y Greta le coge entonces la mano y se une a ella en el rezo.

Mejal Loewen ha salido de la habitación, entiendo que para fumar, a pesar de que ha asegurado que iba a coger la sopa de la cocina de verano. Le ha pedido a Autje, su sobrina, que no la siga, a lo que ésta ha puesto cara de ¿quién dice que fuera a tomarme la molestia? Y luego otra cara a las demás, como pidiendo disculpas por lo rara que es su tía, la fumadora con una vida secreta.

Miep y los demás pequeños de la colonia están al cuidado de varias jóvenes en la casa de Nettie Gerbrandt, cuyo marido está en la ciudad con los demás. El hermano mellizo de Nettie Gerbrandt, Johan, es uno de los ocho encausados. La propia Miep no puede saber por qué le duelen algunas partes de su cuerpecito, ni que tiene una enfermedad de transmisión sexual. También a Nettie Gerbrandt la agredieron, posiblemente su hermano, y dio a luz a un niño prematuro tan pequeñito que cabía en un zapato. Murió horas después de nacer y Nettie embadurnó las paredes de su cuarto con sangre. Ha dejado de hablar, salvo a los niños de la colonia, que es por lo que se quedan a su cargo mientras las demás trabajan.

Mariche Loewen cree que Nettie ha podido cambiarse el nombre a Melvin. Cree que lo ha hecho porque ya no quiere ser mujer. Agata y Greta se niegan a creerlo.

Pido permiso para un respiro.

Ona Friesen vuelve a mirarme con ojos inquisitivos..., o quizá le parezca curioso el concepto de «respiro» (que seguramente sea una palabra que no ha escuchado antes en esa acepción, ni siquiera en su idioma), o por el concepto de aguantar la respiración, la agonía exquisita del pensamiento no formulado, la narrativa de vida, el hilo que une, que anuda, que agarra. Un respiro, respiración, aguante. La narrativa.

Las mujeres dan su consentimiento.

He vuelto a la asamblea. Estoy solo, esperando a las mujeres.

Cuando he estado fuera, he escuchado que salía música de una camioneta. Era la canción «California Dreamin'» de The Mamas and The Papas que sonaba en una radio sintonizada en una emisora de clásicos. Yo estaría a cien metros de la camioneta, que estaba parada en el camino principal, el que recorre el perímetro de la colonia. Autje y Neitje estaban al lado, escuchando la música. Había pocos sonidos más aparte de las voces de The Mamas and The Papas, en una armonía tan bonita, cantando sobre la seguridad y la calidez de Los Ángeles, una ciudad de ensueño. Las chicas no me han visto, estoy casi seguro. Estaban muy quietas justo al lado del volante de la camioneta, con los cuellos doblados, las cabezas gachas, como si fueran investigadores forenses aguzando el oído para escuchar pistas, o unas dolientes muy solemnes junto a una sepultura.

Antes de que sonara la canción, el conductor de la camioneta ha hecho un anuncio público por el megáfono que había acoplado a la cabina. Era del censo y ha insistido en que todos los colonos debían salir de sus casas para un recuento. Lo ha anunciado varias veces, pero ahora, claro, prácticamente sólo hay mujeres, y además no entienden su idioma, y aunque lo entendieran, no saldrían ni de sus casas, ni del granero, la cocina de verano, el corral de los tusones, los gallineros, el lavadero, etcétera, para que las contara un hombre que conduce una camioneta con una radio sintonizada en una emisora de música pop. Salvo Autje y Neitje, claro está, que se han visto atraídas por el vehículo como los marineros perdidos se ven atraídos por las sirenas.

Ahora, mientras espero a que las mujeres regresen a la asamblea, no puedo quitarme de la cabeza «California Dreamin'». Me imagino enseñándoles la letra a las mujeres, haciéndolas

armonizar como The Mamas and The Papas, repitiendo la letra, haciendo la llamada y respuesta. Creo que se lo pasarían bien. «All the leaves are brown...». Miro el espacio vacío escuchando ya sus voces.

Estas reuniones están realizándose en un granero propiedad de Earnest Thiessen, uno de los hombres ancianos y enfermos que no han ido a la ciudad. Earnest vive ajeno a la gran mayoría de cosas, incluido el hecho de que las mujeres estén utilizando su pajar para reunirse. No recuerda cuántos hijos tuvo o si sus hermanos viven o han muerto, pero una cosa que nunca ha olvidado es que Peters le robó el reloj. El padre de Earnest le había dejado a su muerte el preciado reloj familiar, a sabiendas de que, de todos sus hijos e hijas, él era el que estaba más marcado y fascinado por la naturaleza del tiempo. Peters insistió en que Earnest debía entregar su reloj, alegando que en Molotschna el tiempo era eterno, que, si uno es puro a los ojos de Dios, la vida en la Tierra se convierte en un fluir natural en la vida en el Cielo, y por lo tanto el tiempo, y por ende los relojes, son irrelevantes. Meses después se descubrió que Peters había instalado el reloj en su estudio, la habitación donde preparaba sus sermones y despachaba los asuntos de la colonia. Earnest, pese a lo senil que pueda estar, nunca ha olvidado el robo de su reloj, como si esa única injusticia se hubiera expandido hasta el punto de ocuparle toda la mente, y él hubiera sido nombrado el guardián de esa injusticia y en consecuencia hubiera excluido todo lo demás, y siempre que ve a Peters le pregunta cuándo, a qué hora, le devolverá el reloj.

Las mujeres prefieren reunirse en este pajar y no en una mesa de cocina porque en las cocinas hay niños por todas partes, siempre en medio. No es extraño que una familia tenga quince hijos... o veinticinco. (Hace unos meses me planteé un reto: tenía que recorrer el camino principal que rodea Molotschna, por los maizales y los sembrados de sorgo, una distancia de varios kilómetros, y respirar sólo cuando viera a un niño: no me faltó el aire ni una sola vez).

Nuestra mesa está confeccionada con varias pacas de heno con un tablón de contrachapado por encima y nuestras sillas son cubos de ordeñar. A veces Autje y Neitje se turnan para sentarse en el poyete de la ventana con las piernas encima y las rodillas dobladas, o en monturas que han sacado del cuarto de arreos de Earnest Thiessen y apoyado en una viga mohosa de aquí del pajar.

Ona Friesen tiene una cubeta al lado porque está embarazada y le vienen náuseas. Cuando se hizo evidente que se encontraba en estado de buena esperanza, algunas mujeres de la colonia intentaron casarla, a las prisas, con Julius Penner, el hijo simple de Ondrej Penner. Pero Ona insistió en que Julius merecía algo mejor que una mujer aquejada de *narfa* y que, si se casaba con una mujer que no era virgen, él también quedaría teñido por ese pecado. Los ministros de la colonia decidieron que Ona estaba más allá de la redención, que su *narfa* la ha vuelto incapaz de razonar. Me siento en la obligación de señalar que esta crítica (ser incapaz de razonar) en boca de los ministros está «empapada» de ironía, y que Ona quedará exonerada de la condena eterna porque no ha pecado por voluntad propia. Su hijo nonato, fruto de los visitantes inoportunos -el eufemismo con el que los ministros se refieren a los violadores-, será entregado a otra familia de la colonia para que lo críen como propio, puede que incluso a la familia del visitante inoportuno en cuestión.

Las mujeres han empezado a volver, salvo por Autje y Neitje.

Mariche Loewen explica que las jóvenes están al fondo del camino de Earnest Thiessen charlando con los hermanos Koop de Chortiza, la colonia vecina. (Sé que eso no es del todo cierto, pero sospecho que Mariche está pensando en las represalias que las chicas tendrían que sufrir por parte de Salome si ésta se enterara de que las chicas han estado escuchando la radio del

hombre del censo. Mariche está protegiéndolas y ahorrándonos tiempo a todos. Salome es una contradicción de lo más desconcertante: rebelde, pero a la vez tradicional; combativa y subversiva, pero a la vez deseosa de aplicar las normas cuando afectan a los demás).

El resto de las mujeres frunce el ceño pero coinciden en que debemos empezar sin ellas.

Salome le pregunta a Mejal si ha estado fumando y Mejal le pregunta a Salome si acaso eso es asunto suyo. Entre las dos han traído de la cocina de verano el pan y la sopa, y el café instantáneo, y están sirviendo raciones para las mujeres, y también para mí.

Greta y Agata reanudan la sesión afirmando que es imperativo que esta tarde tomemos una decisión entre quedarnos o irnos.

Pero cuando están terminando de hablar, Autje y Neitje vuelven al pajar y nos amenizan ahora con un divertido teatrillo. Antes de reunirse con nosotros arriba, y sin que supiéramos nada, han colocado bajo la ventana una carreta de carga con varias pacas encima. Autje ha subido primero por la escalera, gimiendo histérica que no soportaba vivir un minuto más, que la vida era demasiado cruel. Se ha balanceado y gemido y luego ha salido corriendo y se ha tirado de cabeza por la ventana.

Las mujeres gritan y todos corremos y nos lanzamos hacia la ventana para encontrarnos a Autje sentada tranquilamente sobre la montaña de pacas. Ona se ríe con ganas, apreciando la broma, mientras que las demás sacuden la cabeza y se esfuerzan por reprimir cualquier muestra de aprobación.

Las mujeres vuelven a sus asientos alrededor de la mesa. Neitje menciona que los hermanos Koop les han dicho a Autje y a ella -(ahora comprendo que las jóvenes sí que han estado charlando con los Koop, aparte de con el hombre del censo)- que el padre de los chicos fue a la ciudad a vender queso y se cruzó con Ingersoll (el cuñado de Mariche y marido de una de las mujeres partidarias del «No hacer nada»). Estaba en la ciudad con el resto de los hombres de Molotschna y había salido del juzgado para echar un ojo a sus caballos. Le dijo a su padre, que se lo mencionó a su otro hermano, que se lo contó luego a los Koop, que dos de los hombres de Molotschna estaban pensando en volver antes a la colonia para llevarse más ganado, y quizá algunos caballos, con la idea de venderlos en la ciudad y conseguir así más dinero para la fianza.

Greta ha lanzado los brazos al aire, indignada.

A Agata se le endurece la mirada (me fijo ahora en que Salome ha heredado de su madre esa mirada de misil guiado por infrarrojos) y se queda muy quieta.

¿Antes, cuándo?, pregunta Mariche, y las jóvenes se encogen de hombros.

¿Qué hombres?, pregunta Mariche.

Uno es Klaas, dice Neitje. (Klaas Loewen es el marido de Mariche).

Mariche se saca un pequeño hueso de pollo de la boca y lo deja al lado del cuenco, haciendo el más ínfimo de los ruidos ínfimos.

Ona me pasa un rollo grande de papel de estraza, del que se usa para guardar el queso y la carne. Me dice que lo ha cogido de la cocina de verano.

De pequeño mi madre, Monica, solía darme el envoltorio del queso para pintar.

Ona sugiere que use el papel de envolver para hacer listas de los pros y los contras de las opciones de las mujeres. Eso es mejor escribirlo en un papel más grande. Ninguna mujer podrá leer lo que escribas, dice Ona, pero lo guardaremos aquí en el pajar, como un tesoro para quienes lo descubran en el futuro.

Autje y Neitje intercambian una mirada. ¿De qué habla ahora Ona? ¿Por qué es tan rara? ¿Cómo podemos evitar acabar como ella?

Eso, un tesoro, dice Salome (en un momento de ternura, raro en ella, para darle gusto a su hermana).

Agata asiente impaciente y mueve las manos en círculos rápidos, como una rueda de carreta, como diciendo: ¿Podemos proceder, por favor?

Mejal saca unos clavos del cuarto de arreas (aprovecha cualquier oportunidad para darle una calada rápida al cigarro) y un bloque de sal para clavetear el papel de envolver a la pared.

Ona sugiere que formule el primer encabezado así: «Quedarse y luchar». Debajo, escribo un subencabezado: «Pros».

Ante esto, las mujeres se ponen a hablar todas a la vez, y no me queda más remedio que pedirles, con amabilidad y disculpándome, que hagan por favor turnos para hablar, así podré entender lo que dice cada una y tener unos segundos para transcribirlo en el papel.

PROS

·No tendríamos que irnos.

·No tendríamos que hacer los preparativos para el viaje.

·No tendríamos que pensar adónde ir ni angustiarnos por la incertidumbre de no saber adónde ir. (No tenemos mapas de ningún sitio).

Salome resopla al oír este último punto y dice que es ridículo. La única certidumbre que conoceremos es la incertidumbre, dice, da igual dónde estemos.

Ona afirma: Sin contar la certidumbre del poder del amor...

Salome se vuelve para mirar cara a cara a su hermana. Haz el favor de guardarte esos disparates para ti, le ruega.

Mejal sale en defensa de Ona: ¿Y por qué no va a ser eso verdad, que la única certidumbre es el poder del amor?, plantea.

¡Porque no sirve de nada!, grita Salome. ¡Y menos en este contexto de mierda!

Agata reprende con dureza a sus hijas. Luego, cambiando de tema, señala a las jóvenes. ¿Autje? ¿Neitje?, dice. ¿Tenéis algo que añadir a la lista?

Salome está desgarrándose trozos de uña con los dientes y comiéndoselos. Mejal pone cara de asco cuando Salome escupe las uñas.

¿Que no tendríamos que dejar atrás a las personas a las que queremos?, dice Neitje.

Greta señala que las mujeres podrían llevar con ellas a seres queridos.

Otras cuestionan que esto sea práctico, y Ona apunta, con tacto, que algunas de las personas a las que queremos también son personas a las que tememos.

Podríamos crear la posibilidad de un nuevo orden aquí mismo, en un sitio que nos es familiar, añade Mariche.

No es sólo que sea familiar, es que es nuestro, la corrige Salome.

Pero si nos vamos, pregunta Mejal, ¿seguiría siendo nuestro? ¿Se nos permitiría volver?

August volvió, dice Salome, pregúntale a él.

No hay tiempo para eso, dice Ona. August, escribe ahora los contras, por favor.

Abraza mentalmente a Ona y ella me abraza a mí.

CONTRAS

- No seremos perdonadas.
- No sabemos luchar.

Salome interrumpe: Yo sí sé luchar. Las otras la ignoran a conciencia.

- No queremos luchar.
- Existe el riesgo de que las condiciones sean peores después de luchar que antes.

Ona levanta la mano y pregunta si puede hablar. (¿Será irónica la pregunta, en respuesta a mi reciente petición de que las mujeres hablen por turnos?).

Por favor, le digo.

¿No sería beneficioso, pregunta Ona, si antes de enumerar los pros y los contras de quedarnos y luchar determináramos por qué lucharíamos exactamente?

Mariche se apresura a responder: Está claro, ¡luchamos por nuestra seguridad y para librarnos de las agresiones!

Sí, coincide Ona, pero ¿qué implicaría eso? A lo mejor hace falta crear un manifiesto o una declaración revolucionaria (Ona y yo nos miramos por unos segundos; sé que está evocando a mi madre, que se pasaba la vida, en los campos y los establos, a la luz de las velas, trabajando en versiones de declaraciones revolucionarias. Bajo la vista y sonrío) que describa las condiciones de vida en la colonia a las que aspiraríamos o exigiríamos tras ganar la lucha. Quizá hace falta saber de una manera más concreta qué queremos conseguir con nuestra lucha, y no sólo qué queremos destruir con nuestra lucha, y qué acciones se exigirían para tal logro, incluso una vez que se gane la lucha, si se da el caso.

Cuando Ona habla, dice Mariche, es como si oyera por dentro una estampida de tusones. No nos queda tiempo para este tipo de discusiones. Les recuerda a las mujeres que hay varios hombres que van a volver antes a la colonia.

Agata se muestra de acuerdo con Mariche y esto parece aplacarla. Sin embargo, también les recuerda a las mujeres que las reuniones y los planes pueden hacerse en secreto, sin que lo sepan esos dos o tres hombres que van a volver antes, y que esos hombres estarán en la colonia por poco tiempo, para coger más animales que vender y volver rápidamente a la ciudad. Y puesto que uno de los que se rumorea que volverá antes es Klaas, el marido de Mariche, Agata le recuerda a ésta que debe «actuar con naturalidad», como quien dice. (Agata ha utilizado una expresión del bajo alemán que no tiene una traducción fácil al inglés. Alude a un tipo de fruta y al invierno).

Las demás aprueban solemnemente con la cabeza.

Agata prosigue y le pide a Ona que ahonde en lo de la declaración revolucionaria.

Me fijo en que hasta Neitje y Autje, que normalmente recelan de Ona porque se cree que ésta ha perdido el miedo -lo que para los colonos equivale a perder la brújula moral y convertirse en un demonio-, le prestan ahora atención.

Es muy fácil, dice Ona.

Suelta algunas ideas de carrerilla: Hombres y mujeres tomarán las decisiones de la colonia colectivamente. Las mujeres tendrán derecho a pensar. Las niñas aprenderán a leer y escribir. Debe colgarse un mapamundi en la escuela para que podamos empezar a entender qué lugar ocupamos en el mundo. Las mujeres de Molotschna crearán una nueva religión, extrapolada de la

antigua pero centrada en el amor.

(Siento una punzada en el pecho. Ona está repitiendo casi palabra por palabra una de las lecciones que mi madre, Monica, les daba a las chicas en su escuela secreta. Está mirándome, intentando establecer contacto ocular, con el anhelo de comunicar algo vital, algo recordado, algo perdido).

Mariche arruga el ceño en un gesto exagerado.

Ona sigue: Nuestros niños deben vivir seguros.

Greta ha cerrado los ojos y repite la palabra «colectivamente» como si fuera el nombre de una verdura nueva que no conoce.

Mariche no aguanta más. Acusa a Ona de ser una soñadora.

Somos mujeres sin voz, afirma Ona sin perder la calma. Somos mujeres fuera del tiempo y del espacio, sin siquiera el idioma del país donde vivimos. Somos menonitas sin patria. No tenemos ningún sitio al que volver, y hasta los animales de Molotschna están más seguros en sus casas que nosotras. Todas las mujeres tenemos nuestros sueños, así que, claro que sí, claro que somos soñadoras.

Mariche rebufa. ¿Quieres que te cuente mi sueño?, pregunta, y antes de que nadie responda empieza a describir un sueño en el que a las personas con *narfa* no se les encarga hacer declaraciones revolucionarias.

Ona está sonriendo, y no es un gesto nervioso, sino que verdaderamente aprecia el humor de Mariche.

La hermana pequeña de Ona y Salome, Mina, era conocida en la colonia por su sonrisa perenne. Era Mina la Feliz. Ona está ahora sonriendo como Mina.

(Hasta en la muerte parecía sonreír Mina. En su funeral, Ona le bajó unos centímetros el pañuelo para que se le vieran las marcas de la cuerda en el cuello. Aseguró en voz alta ante los feligreses que lo que la había matado no había sido el amoníaco de limpiar los establos, como había dicho Peters. A Mina la habían encontrado colgando de una viga en el establo de los tusones. Peters interrumpió el responso por Mina para pedirles a los diáconos Kippenstein y Unrau que se llevaran a Ona a su casa. El funeral estaba celebrándose fuera de la iglesia porque los cuerpos de los suicidas no pueden entrar en el templo. El cuerpo de Mina yacía sobre un bloque de hielo, bajo el sol. Mina se fue hundiendo cada vez más, hacia la tierra, lentamente, rodeada por un círculo oscuro de tierra mojada. Ona se zafó de los hombres. Peters rezó por ella. Los feligreses agacharon la cabeza.

Neitje es la hija de Mina, ahora al cuidado de Salome. Mina se ahorcó después de que Neitje sufriera una agresión en su propio cuarto, las muñecas en carne viva por el cordel de empacar, el cuerpo embadurnado de sangre, mierda y semen. Al principio Peters le dijo a Mina que el responsable del ataque había sido Satán, que era un castigo de Dios, que Dios estaba castigando a las mujeres por sus pecados. Más tarde Peters le dijo que estaba inventándose la agresión, repitió las palabras «imaginación femenina desbocada», con una puntuación forzada tras cada palabra, como para crear tres frases cortas. Mina exigió saber qué era, si Satán o su imaginación. Le arañó los ojos al obispo. Se quitó la ropa y se hirió con unas tijeras de sierra. Fue al establo y se ahorcó. Peters cortó la soga y contó a la colonia que Mina había inhalado demasiados humos de amoníaco mientras limpiaba el establo de los tusones. Agata Friesen, la madre de Mina, lavó el cuerpo de su hija con sus propias lágrimas. Eso es lo que cuentan las mujeres de la colonia, y ellas estaban presentes).

Agata apunta ahora que ya ha escuchado suficiente. Comenta que la declaración revolucionaria que Ona ha esbozado antes parece sensata, y que siempre puede ampliarse a su debido tiempo, y que servirá como manifiesto que declare valientemente lo que las mujeres quieren que pase si se quedan y luchan.

Greta ha lanzado los brazos al aire. Pregunta: ¿Qué pasará si los hombres se niegan a cumplir con nuestras exigencias?

Ona responde: Los mataremos.

Autje y Neitje ahogan un grito y luego sonríen sin tenerlas todas consigo.

Mejal se ha quedado tan sobrecogida que ha dejado el papel de liar y el tabaco a la vista de todas.

Agata se pone de pie y rodea a Ona con los brazos. No, *leibchen*, susurra, no. Le explica a las demás que su hija hablaba en broma.

Salome se encoge de hombros. A lo mejor no.

Agata sacude a Salome por el hombro y le dice: Encontraremos un camino y lo seguiremos.

Greta asiente lentamente. Sí, pero entonces, ¿qué estás diciendo, Agata?, ¿que nos vayamos?

Un camino puede ser muchas cosas, responde Agata.

Este tipo de «habla Friesen» (que Mariche denomina «de cafetería», aunque nunca ha estado en una) exaspera a las Loewen.

Autje sugiere tímidamente que enumeremos ahora los pros y los contras de irse, y las demás se muestran de acuerdo.

Veo que Autje y Neitje se han quitado los pañuelos y han trenzado sus largas melenas en una sola trenza, como siamesas.

IRSE - PROS

- Nos iríamos de aquí.
- Estaríamos a salvo.

Mariche interviene en este punto. No sé yo, dice, pero me da que el primero es una constatación sin más, que si nos vamos, nos estaríamos yendo de aquí. Mira al resto del grupo. ¿No tenemos el tiempo demasiado limitado como para andar diciendo obviedades?

Salome responde bruscamente que no todo puede interpretarse literalmente. Añade a la lista:

- No nos pedirán que perdonemos a los hombres porque no estaremos aquí para oír la petición.

Sí, dice Mariche con ironía, pero según el manifiesto de Ona, se establecerán nuevos métodos de perdón y los hombres no tendrán derecho a obligarnos a perdonar, ni nos obligarán a irnos de la colonia si no perdonamos, ni nos amenazarán con que Dios nos niegue el perdón si no perdonamos a los hombres. Nos recuerda que una de las ideas previas de Ona era que el daño que se hace a los niños, dada su naturaleza abyectamente depravada, debe pertenecer a una categoría de perdón exclusivo de Dios, y que Ona parecía creer que tenía la autoridad para crear una nueva religión.

Ona protesta, sin perder la calma, diciendo que ella no cree eso en absoluto, que en realidad no cree en la autoridad y punto, porque la autoridad vuelve cruel a la gente.

Salome interrumpe: ¿A la gente con autoridad o sin?

Mariche ignora a Salome. ¿Cómo es posible que no creas en la autoridad?, le pregunta a Ona.

¿Cómo es posible que tú creas en la autoridad?, le pregunta Ona a su vez.

Al unísono, Greta y Agata ruegan a ambas mujeres que callen.

¿Veremos un poco de mundo? Este «pro» lo aporta Neitje Friesen.

Observo que, conforme la paciencia de las mayores empieza a flaquear, las jóvenes van rellenando tímidamente el vacío. Siguen conectadas por el pelo. Una vez más me viene a la cabeza la letra de «California Dreamin'» y tarareo: «All the leaves are brown...».

Varias de las mujeres me miran con curiosidad, en particular Autje y Neitje. Puede que estén preguntándose por qué tarareo la canción que han escuchado en la radio del hombre del censo. ¿He estado espiándolas? Me gustaría explicarles que no estaba espiando, que ha sido sin querer, pero sé que sería incapaz.

Pido que sigamos con los contras de «Irse».

Mariche me recuerda que son ellas, las mujeres, las que deciden lo que sucede en sus asambleas, no un campesino fracasado de tres al cuarto, un *schinda* que tiene que recurrir a la enseñanza.

Greta salta. ¡Mariche!, grita poniéndose en pie. ¡Klaas va a volver en cualquier momento, y tú perdiendo el tiempo con esa manera de saltar por todo! Klaas volverá a tu casa lo justo para llevarse los animales y venderlos para el dinero de la fianza que hará que los violadores regresen a Molotschna, y luego volverá con su mano larga y te pegará a ti y a tus hijos, y tú, como siempre, no le dirás nada a él, pero lo pagarás con todos los demás, como una ametralladora Gatling, con tu ira mal dirigida. ¿De qué sirve eso?

Las mujeres callan.

Pido perdón por mi pretensión errada de acelerar la reunión, que no es mi papel.

Las mujeres no dicen nada. Greta resuella con cada aliento.

Nota: la palabra que ha utilizado Mariche para describirme, *schinda*, significa «pellejero», curtidor de pieles. En Rusia, cuando los menonitas vivían cerca del mar Negro y de su río subterráneo misterioso, los hombres que eran incapaces de ganarse la vida como campesinos se veían obligados a cuidar del ganado de otros menonitas; si moría una vaca, el vaquero tenía que desollar al animal y curtir la piel. *Schinda* significa por tanto alguien que no es lo suficientemente inteligente para llevar una granja. Es el insulto soberano aquí en Molotschna.

Greta habla ahora y hace una afirmación radical. Dice que ya no se considera menonita.

Autje y Neitje, pese a ser expertas en aparentar indiferencia, levantan la vista de la mesa, alarmadas.

Ona ha comentado antes que las mujeres tendríamos que preguntarnos quiénes somos, dice Greta. Pues bien, declara, ya os he dicho quién no soy.

Agata está riendo. Afirma que Greta ha anunciado muchas veces que deja de ser menonita..., pero aun así es hija de menonitas y sigue viviendo como menonita, con menonitas, en una colonia menonita donde se habla la lengua menonita.

Todas esas cosas no te hacen menonita, replica Greta.

Entonces, ¿qué cosas te hacen menonita?, pregunta Agata.

Autje, en lo que entiendo como un intento por poner orden, ha vuelto a decir esta boca es mía y ha sugerido varios contras a «Irse».

No tenemos mapa, dice.

Pero las demás la ignoran, escuchando como están el debate entre Agata y Greta.

Autje y Neitje se balancean adelante y atrás, en un juego de tira y afloja con la trenza que las une, aunque con suavidad. Autje prosigue: No sabemos adónde ir.

Neitje ríe. Añade: ¡Ni siquiera sabemos dónde estamos!

Las chicas ríen juntas.

Al final Greta se vuelve y aúlla: ¡A callar! Y luego: Cubríos el pelo.

Miep, la hija pequeña de Salome, ha subido la escalera hasta el pajar y está llamando a su madre, que la coge en brazos. La niña está llorando, está asustada. Ha oído los gritos de las mujeres. Le pide a Salome que le cambie el pañal, pero con timidez, porque tiene ya tres años.

Agata me explica por lo bajo que Miep llevaba casi un año sin pañal pero hace poco ha pedido volver a utilizarlo.

Salome tiene cogida a la niña y le acaricia el pelo, susurrándole, besándola. Ona le echa el brazo por los hombros mientras acuna a Miep.

¿Levantamos la sesión por hoy?, sugiere Agata.

Mejal asiente pero pide que se escriban en el papel de envolver al menos un par de contras de «Irse», para que las mujeres y yo sepamos por dónde empezar mañana, o esta noche, si les es posible salir de casa.

Salome se levanta con Miep en brazos.

Ninguno, dice, no hay nada en contra de «Irse».

Me la imagino yéndose en este preciso instante, haciéndose cada vez más pequeña y pequeña, con Miep en brazos, atravesando el campo de soja, el cafetal, el maizal, el sorgo, el cruce, el lecho seco del río, la quebrada, la frontera, sin volverse siquiera una última vez para echar una mirada desabrida.

Y ni las puertas del Infierno podrán retenerla.

Por favor, siéntate, le dice Agata tocándole el brazo.

Salome obedece a su madre. Se sienta y se queda con la mirada perdida en la media distancia.

Ahora Nettie (Melvin) Gerbrandt ha subido la escalera del pajar y está saludando a las mujeres. Se disculpa por haber perdido de vista a Miep, por permitir que la niña vaya corriendo a su madre, aunque lo dice todo sin utilizar palabras.

Agata hace un gesto con la mano para decirle que no hace falta disculparse. No te preocupes, la tranquiliza, y la anima a volver con el resto de críos, que probablemente se hayan quedado solos. De momento Miep seguirá aquí con Salome.

Nettie asiente enérgicamente y baja por la escalera.

Todas sabemos que Nettie está agotada, comenta Agata a las demás.

(Nettie no habla, salvo a los niños, pero por la noche los miembros de la colonia la escuchan gritar en sueños..., o puede que grite y esté totalmente despierta).

Agata propone que las mujeres le canten a Miep, y Greta se muestra de acuerdo.

Las adolescentes, Autje y Neitje, vuelven una vez más a mostrar su disgusto ante la sugerencia, aunque acaban uniéndose a las demás en una versión melódica del «Children of the Heavenly Father».

Ona me sonrío. (O puede que no le sonrío a nadie en particular y sólo yo me haya fijado).

En el canto (y quizá solamente en el canto) las voces de las mujeres se alzan en perfecta armonía. Miep se acurruca contra el pecho de su madre.

Debería incluir aquí la letra, pero lo cierto es que la he olvidado casi por completo («California Dreamin'» la ha desplazado) y no me da tiempo a apuntarla tan rápido. Me pondré a rezar en silencio mientras ellas le cantan a la pequeña Miep. Estoy acordándome de mi padre, estoy acordándome de mi madre. Estoy acordándome de la vida, del olor del pelo de mi madre, de la calidez de la espalda de mi padre bajo el sol, encorvado sobre la tierra, su risa, mi madre corriendo hacia mí, mi fe. Sin una patria a la que volver, regresamos a nuestra fe. La fe es nuestra patria. Grande es Tu lealtad, la canción en mi cabeza, mi mente, mis pensamientos, mi intelecto, mi hogar, mi funeral..., que no mi muerte.

La jornada está tocando a su fin. Ha acabado el canto. Las vacas están pidiendo que las ordeñen. Las moscas han dejado sus escondites a la sombra y están arrojándose contra el cristal mugriento. Los perros de Dueck están ladrando para pedir la cena, pero él está en la ciudad y es el único que se preocupa de darles de comer.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, Mariche comenta que luego más tarde echará algo de carne a los perros de Dueck, para evitar que ataquen a algún crío.

Los característicos olores a eneldo y salchicha asada han conseguido recorrer todo el camino desde la cocina de verano hasta el pajar de Earnest Thiessen.

Greta pide consenso: ¿Os parece que mañana por la mañana lleguemos a una decisión, dice, entre si quedarnos o irnos, y luego materialicemos esa decisión?

Todas las mujeres, por turnos y cada una a su manera particular, asienten. Pero cuando le toca hablar, Mejal Loewen plantea una cuestión. Si las mujeres se van de la colonia, pregunta, ¿cómo vamos a vivir con la angustia de no volver a ver a nuestros seres queridos, a nuestros maridos y hermanos, a los hombres?

Da la impresión de que Salome está a punto de hablar, pero Mejal levanta la mano y la detiene.

Salome le susurra a Mejal y Miep se remueve en sus brazos pero no dice nada. Mejal sonríe.

Las dos mujeres ríen, es sólo un momento, y luego vuelven a susurrar. ¿Qué hombre?, pregunta Salome.

Calla, le dice Mejal. (¿Tendrá una vida secreta?).

Mariche parece ansiosa por finalizar la reunión. Los hombres podrán acompañar a las mujeres, si así lo desean, dice, pero sólo si firman y se adhieren a las condiciones del manifiesto.

Ona le pregunta a Mariche, sin acritud, si no había desdeñado antes el manifiesto y lo había tachado de estéril.

Mariche abre la boca, pero Salome se apresura a intervenir. El tiempo curará nuestros corazones apesadumbrados, afirma. Nuestra libertad y nuestra seguridad son nuestros objetivos últimos, y son los hombres quienes nos impiden lograr estos objetivos.

Pero no todos, dice Mejal.

Ona aclara: Puede que no todos los hombres *per se*, pero sí una ideología perniciosa a la que se le ha permitido apoderarse de los corazones y las mentes de los hombres.

Neitje, alarmada ahora que las implicaciones empiezan a calarle, pregunta si es verdad que, en el caso de que las mujeres decidan irse, no volverá a ver a sus hermanos.

(Debería explicar en este punto que en la colonia se interpreta de forma muy libre la

definición convencional de hermanos y hermanas. Mujeres y hombres, niños y niñas, se dirigen entre sí llamándose «hermano» y «hermana» -y en realidad, todos los miembros de la colonia guardan entre sí algún parentesco bastante cercano-).

Autje pregunta: ¿Quién cuidará de nuestros hermanos?

Agata Friesen, con cara de preocupación, pide a las mujeres que vuelvan a sentarse. Son cuestiones importantes, explica solemne, y debemos resolverlas antes de tomar una decisión definitiva, si quedarnos o irnos.

Es lo justo, dice Greta. Se le han salido unos mechones canos del pañuelo y está soplándose en las puntas por la comisura de la boca. Su dentadura sigue sobre el tablero de contrachapado. Pregunta: Pero ¿qué hacemos con el ordeño y los preparativos para la cena?

Las mujeres del pajar responden con miradas inexpresivas.

Río, por razones que no llego a entender del todo, y luego me apresuro a pedir disculpas. Veo que Miep se ha quedado dormida en los brazos de su madre.

Agata pide, en lo que parece un acto supremo de piedad hacia las jovencitas, que el resto de presentes permita a Autje y a Neitje abandonar la reunión para ayudar a las mujeres de la colonia en las tareas vespertinas.

Pero Salome se opone. Han sido las jovencitas, Autje y Neitje, señala, quienes han planteado cuestiones muy pertinentes en relación a los niños y los hombres. Deberían poder quedarse en la reunión para participar en la discusión relacionada con tales preguntas y, lo que es más importante, tener conocimiento de las respuestas que demos a esas preguntas.

¡Josué, Jueces y Ruth, que se queden y ya está!, chilló Mariche.

Agata sonríe, balanceando el cuerpo de lado a lado (un gesto que hace cuando algo le gusta o le entusiasma). Me gusta esa exclamación, dice.

Salome, fingiéndose conmovida, dice: Mariche, no sabía que estuvieras tan familiarizada con la cronología de los libros de la Biblia, nunca pareces tener el Buen Libro en tu poder.

Greta posa una mano en el brazo de Mariche, para advertirle de que no responda al comentario de Salome. Susurra algo, puede que solidarizándose con el miedo de su hija a que Klaas llegue pronto a casa y la cena no esté lista.

Autje y Neitje, atrapadas en el fuego cruzado de sus mayores, son estatuas.

Agata respira hondo. Aborda los miedos tácitos de las mujeres. Del ordeño y los preparativos para la cena pueden encargarse «las que están sobre el terreno», dice. Y le haremos un mayor favor al futuro de las mujeres si de momento nos quedamos en el pajar y tratamos estas preocupaciones de última hora.

Ona dice: Yo no calificaría necesariamente de «preocupaciones de última hora» el futuro de nuestras relaciones con los niños y los hombres.

Es posible que haya mirado hacia mí de reojo al hablar, pero no puedo decirlo con seguridad. Hacia «mí» es también hacia la ventana (la tengo justo detrás), que está sucia y atestada de moscas y da a los kilómetros y kilómetros de campos, cielos, galaxias, y así, hasta el infinito..., Así que quizá no.

Las mujeres se acomodan para seguir debatiendo. Las sombras recaen ya sobre sus caras y el tablero de contrachapado que han instalado a modo de mesa. He visto varios ratones (¿o será un mismo ratón, con una actividad fuera de lo normal?). Autje y Neitje, todavía en esa cómica unión

siamesa, están utilizando sus pañuelos para espantar moscas.

(En teoría estos pañuelos deben ponérselos todas las mayores de quince años en presencia de hombres. Es la primera vez que les veo el pelo, y parece muy suave, rubio en el caso de Neitje, en distintas tonalidades, desde el casi blanco al dorado y el beis, y en el caso de Autje, castaño oscuro con algún que otro reflejo discreto de cobrizo, un color que va con sus mismos ojos y también con las crines y las colas de Ruth y Cheryl, las asustadizas yeguas de Greta. Me avergüenza admitir que me pregunto si las chicas no me consideran lo bastante hombre, o directamente hombre, para asegurarse de cubrirse el pelo en mi presencia).

Agata se ha descalzado. Levanta las piernas y las apoya en un leño para aliviar la retención de líquidos de la que padece. Edema, lo llama. Hay un punto de orgullo cuando dice la palabra «edema». (Debe de dar satisfacción poder poner un nombre concreto a lo que te atormenta).

Salome ha echado a Miep en el suelo, sobre una manta de montura a su lado, y la niña es el blanco de las miradas de las mujeres reunidas.

Agata me ha pedido que anote en letras grandes:

OPCIONES PARA LOS HOMBRES Y NIÑOS MAYORES
EN EL CASO DE QUE LAS MUJERES DECIDAN IRSE:

1. Que se les permita ir con las mujeres si ellos quieren.
2. Que se les permita ir con las mujeres sólo si firman la declaración.
3. Que se queden en la colonia.

4. Que se les permita unirse más adelante a las mujeres, cuando ellas hayan decidido dónde asentarse y se hayan acomodado y se hayan consolidado como una comunidad democrática/colectiva/alfabetizada (con informes de avances realizados con regularidad sobre la rehabilitación/conducta de los hombres y niños con respecto a las mujeres y niñas).

Nota bene: Los niños menores de doce años, los niños retrasados de cualquier edad, Cornelius (un chico de quince años que está postrado en silla de ruedas) y los ancianos y enfermos que son incapaces de cuidarse solos (son los niños y hombres que se han quedado aquí en vez de ir a la ciudad) acompañarán automáticamente a las mujeres.

Por primera vez desde el inicio de la reunión, las mujeres parecen estar verdaderamente perplejas. Están calladas, sumidas en sus pensamientos.

Mariche rompe el silencio. Vota por la primera opción.

Esto no le parece bien a nadie más. Todas alzan la voz a la vez, menos Mariche, que se cruza de brazos. Está deseando irse. Tira los posos del café instantáneo al suelo y dice que están entrándole ganas de ahorcarse.

Pero, Mariche, le dice Ona, cabe la posibilidad de que los hombres, incluso todos, decidan venirse con nosotras, y entonces lo único que estaríamos haciendo sería recrear nuestra colonia ya existente, con todos sus peligros inherentes, en otra parte, dondequiera que acabemos.

Agata añade: Y los hombres seguro que se vienen con nosotras porque sin nosotras no sobrevivirían.

Greta se ríe y dice: Al menos no más de un par de días.

Salome señala que la opción número uno es en realidad más bien baldía. Si al final decidimos irnos de la colonia en vez de quedarnos y luchar, dice, nos iríamos de la colonia antes de que los hombres volvieran, así que no hay posibilidad de que los hombres se vengan con nosotras.

Mejal, que fuma ya abiertamente (aunque, como a Salome le molesta, hace grandes aspavientos para apartar el humo de la pequeña dormida), afirma que la opción número uno es absurda y debería tacharse de la lista. Añade luego que la opción número dos (dejar que los hombres vayan con ellas sólo si firman el manifiesto con las exigencias) es baldía por las mismas razones que la primera. Es más, dice Mejal, aunque decidiéramos irnos sólo cuando los hombres hayan vuelto, y llevarnos con nosotras a los que acepten firmar el manifiesto, ¿cómo podemos saber que su firma no es pura traición? ¿Quién mejor que las mujeres de Molotschna pueden recelar de la doblez de los hombres?

Bien hablado, dice Ona.

Mariche declara: Bueno, entonces acabemos de una vez y dejemos a los hombres aquí. ¡La tres, se ha dicho! Estampa el puño contra la mesa (el tablero) y Miep se remueve en su sitio.

Salome pide a Mariche que se comporte.

Cambias de un extremo al otro, le reprocha Greta a Mariche. Primero dices que dejemos que todos los hombres vengan con nosotras si quieren, y ahora que se queden aquí todos.

Entonces, si las opciones uno y tres son extremas, baldías o ridículas, pregunta Mariche, ¿para qué las hemos hecho escribir? ¿Para perder el tiempo? ¿Para darle más oportunidades a August Epp de practicar sus letritas?

August Epp no necesita practicar nada, murmura Ona. A lo mejor lo que le pasa a Mariche es que tiene envidia de que él sepa escribir.

Mariche le asegura a Ona que ella no tiene envidia de un hombre afeminado que no es capaz de labrar un campo como está mandado o destripar un cochino.

¡Orden!, insiste Agata. Es evidente que las opciones número uno y tres, como queda claro en las actas, no son realistas ni alcanzables. La opción número dos es sospechosa, en cuanto que las mujeres no pueden saber con seguridad si la presencia de las firmas de los hombres en el manifiesto en realidad no significa nada, o se hace en cambio de buena fe.

Entonces, dice Greta, parece que nuestra única opción real es la número cuatro.

(A modo de recordatorio: se trata de la opción que permitiría a los hombres unirse a las mujeres más adelante, sujeta a ciertas condiciones).

Mariche dice: Te referirás a la única opción que queda de las que se han apuntado en el papel de envolver.

Sí, concede Agata, pero son opciones que hemos consensuado entre todas, y necesitamos algún tipo de sistema. Si hay otras opciones, no pueden quedarse sólo entre las cuatro paredes de nuestras mentes: tenemos que expresarlas y ponerlas por escrito.

Eso lo dirá usted, replica Mariche, yo llevo un montón de opciones conmigo en la cabeza.

Pero ahora no nos sirven de nada, ¿verdad?, cuestiona Greta. Ni las conocemos ni sabemos si son viables. ¿Quieres contarnos cuáles son, en el caso de que sean sustancialmente distintas a las opciones que ya hemos acordado entre todas, y que August Epp ha tenido a bien poner por escrito?

Mariche se queda callada.

Autje dice: A mí me gusta la número cuatro.

Neitje dice: A mí también.

Agata sonríe a las jóvenes. Tanto Autje como Neitje tienen hermanos mayores y menores, así como padres y primos, a los que les gustaría volver a ver algún día.

¿Está todo el mundo de acuerdo con la opción número cuatro, pregunta Greta, siempre y cuando podamos cambiar de opinión en el futuro? ¿Y con que todo cambio se adopte con un único objetivo en mente: la seguridad de mujeres y niñas y la posibilidad de rehabilitación de los hombres y niños de Molotschna?

¡Ah! La rabia de Salome se ha convertido en lágrimas, un acontecimiento de lo más sorprendente. Se lleva los índices a los ojos, junto al arco de la nariz, para contener las lágrimas.

(Me recuerda a cuando Ona termina sus frases con una aspiración fuerte, inhalando sus palabras de vuelta, a salvo en su interior. Si las mujeres implementaran la opción número cuatro, el amado hijo de Salome, Aaron, se quedaría aquí con los hombres porque tiene más de doce años, aunque tampoco muchos más.

Aaron es un chico amable, de buen talante y trato fácil, y uno de mis alumnos más brillantes, si bien pronto dejará la escuela para ayudar a los hombres en el campo. Ostenta el título de campeón de andar por vallas de la colonia. Con su capacidad innata para el equilibrio, es capaz de caminar por el travesaño superior de ocho centímetros de ancho que remata el cercado del establo de los tusones. Entre los muchachos y yo diseñamos un trofeo para él con engranajes varios, madera y cordel, y Cornelius, nuestro pirógrafo oficial, grabó con mucho esmero el nombre de Aaron y su título en la parte de abajo del trofeo, ¡y además en cursiva! Peters le confiscó el trofeo y advirtió a Aaron -y al día siguiente a todos nosotros- de las consecuencias -poco claras, aunque algo habló de gusanos caníbales- de la vanidad y el orgullo.

Esa mañana, la mañana que Peters confiscó el trofeo de Aaron, me excusé en medio de la clase y fui a andar por el campo que hay a las espaldas de la escuela. Me paré y recé. Me arrodillé y recé. Agucé el oído para ver si me hablaba Dios, si me respondía. Pero lo único que oí fueron mis propios pensamientos, serpientes enroscadas, y el veneno de mis palabras, que eran: Hoy he llegado a entender a quienes provocan incendios. Me imaginaba a mis alumnos, a los jóvenes de Molotschna, solos en clase esperándome..., o sin esperarme, haciendo travesuras, tirándose cagarrutas de animales, riendo, resoplando, encogiéndose, rogando, chasqueando los tirantes, quitando sombreros, los pequeños con sonrisas heladas rezando por mi regreso, para que acallara a los mayores, pusiera orden, yo, el profesor, quien, con un único deseo en mente - quemarlo todo, hacerlo cenizas-, estaba llorando arrodillado en el campo tras el aula.

En la cárcel, uno de mis compañeros de celda, que había entendido mal y me tenía por pirómano -y no anarquista o anticristo-,^[4] me habló de sus sentimientos, una compleja red de fuego, rabia y destrucción. Yo fingí escucharlo atentamente porque le tenía miedo. ¿Me habría contado sus sentimientos de haber sabido la verdad?).

Agata le ha pasado el brazo por los hombros a Salome. Le dice que la tristeza de abandonar a su Aaron por un tiempo sólo debe servirles de aliciente, tanto a ella como a las demás madres agraviadas, para construir una colonia nueva y mejor para todos.

Mejal también parece apesadumbrada ahora, aunque ella no tendría que dejar atrás a ningún hijo. Salome y ella se pasan casi todo el tiempo peleadas, pero, ante las crisis, siempre se unen como una única fuerza. Mejal rodea el tablero hasta el lado donde está sentada Salome para darle un abrazo sentido.

Pero ¿por qué, pregunta Salome, si hay ya niños de quince años con los hombres en la ciudad (los quince es la edad en que se bautizan y pasan a ser miembros de pleno derecho de la Iglesia), y

a los niños de doce y menos se les permite ir con las mujeres, se deja a los niños de trece y catorce años al cuidado y la instrucción más que dudosos de los hombres? ¿Por qué no podríamos permitir también que nos acompañen los chicos de esa categoría tan ínfima si nos vamos? ¿Y si los violadores salen bajo fianza y vuelven a la colonia y ven que no hay niñas ni mujeres y empiezan a utilizar a estos chicos, los de trece y catorce años, como blancos de sus agresiones?

Mejal abunda en el tema: No nos darán miedo unos críos de esa edad, ¿verdad? ¿Por qué no iban a poder venirse con nosotras?

Ona me sorprende con una pregunta: August, dice, tú eres el maestro de los muchachos. ¿Cómo lo ves tú? ¿Los de esa edad suponen una amenaza para nuestras niñas y mujeres?

Tengo que detener la transcripción para poder dar una respuesta adecuada a la pregunta. Me veo simplemente incapaz de contener la felicidad y la sorpresa por que Ona me haya planteado una pregunta, por tener que formular mi respuesta, comunicarla en bajo alemán y traducirla en el acto al inglés, mientras que casi al mismo tiempo anoto la traducción en papel. Dejaré por un momento el bolígrafo mientras intento darle una respuesta a Ona.

Ya he vuelto a coger el bolígrafo y las mujeres están hablando entre sí.

(Ona me ha agradecido que haya dado una respuesta meditada a la pregunta. Estoy desbordado de alegría, y tengo que esforzarme por reprimirla. Ojalá fuera capaz de convertirme en piedra con la facilidad de Neitje y Autje. Tengo la sensación de que podía haberme evitado muchos problemas en esta vida si hubiera sido más... templado).

Mi respuesta a la pregunta de Ona -¿suponen los muchachos de trece y catorce años una amenaza para las niñas y mujeres de la colonia de Molotschna?- es que sí, es posible. Todos, hombres y mujeres, suponemos una amenaza en potencia. Los chicos de trece y catorce son capaces de causar gran daño a niñas y mujeres, y entre sí. Es la edad de la insolencia. Los chicos se ven presa de urgencias insensatas, de una exuberancia física y una curiosidad apasionada que suelen resultar en lesiones, de emociones desbocadas, incluidas una ternura profunda o la solidaridad, y todo ello sin la suficiente experiencia o desarrollo cerebral para poder comprender o valorar en toda su extensión las consecuencias de sus acciones o palabras. Son iguales que los tusones: jóvenes, torpes, alegres, enérgicos. Son altos, musculosos, seres con una sexualidad inquisitiva y poco control de impulsos, aunque a la vez son niños. Son niños y se les puede enseñar. Yo no soy más que un maestro de tres al cuarto, un granjero fracasado, un *schinda*, un hombre afeminado, pero, sobre todo, soy creyente, y creo que, si se les orienta bien, con amor firme y paciencia, esos niños, de entre trece y catorce años, serían capaces de reaprender su papel como elementos masculinos de la colonia Molotschna. Creo en lo que el gran poeta Samuel Taylor Coleridge consideraba las reglas cardinales de la educación temprana: «Trabajar con amor y, en consecuencia, generar amor. Habituarse a la mente a la precisión intelectual y la verdad. Excitar el poder de la imaginación». Coleridge concluía su charla sobre la educación con estas palabras: «Poco se enseña a través de la confrontación o la disputa, todo a través de la solidaridad y el amor».

Mientras les expresaba esto, Ona ha levantado la vista, ha clavado los ojos en mí, y ha repetido conmigo, en silencio, las palabras de Coleridge: «La solidaridad y el amor». Mi madre solía citar en su escuela secreta las palabras de este inglés, su poeta romántico favorito, un soñador metafísico, atribulado, misterioso, apuesto.

Asentí enérgicamente ante las mujeres, al borde de las lágrimas, qué lunático, qué triste

payaso. Dije: Creo que a estos chicos se les debería permitir ir con las mujeres, en el caso de que las mujeres decidan irse.

Mariche es la primera en responder. Era una pregunta de «sí» o «no», dice. ¿Por qué tienes que hablar de esa manera? ¿No cagas como cualquier hombre, por qué no puedes hablar como uno?

Me rasco la cabeza. Lo siento, digo.

Ona la ignora, y en cambio me pregunta: August, ¿qué harías aquí en la colonia si ya no hubiera muchachos a los que enseñar?

Antes de poder meditar mi respuesta, Mariche responde con ironía: A falta de otra cosa, seguro que sería una buena oportunidad para que August aprendiera los rudimentos de un oficio serio como la labranza.

A lo mejor los chicos mayores podrían seguir yendo a clase, sugiere Neitje, los de más de quince, los que, como miembros de la iglesia, se quedarían aquí.

Autje asiente, y afirma con timidez: A algunos nos les vendrían mal unas cuantas enseñanzas reparadoras.

Sí, dice Neitje, los de quince años siguen creyendo que tirarnos boñigas de caballo a las chicas mientras estamos ordeñando es una demostración de amor.

Autje ríe. Pero un chico que te quiere de verdad falla adrede cuando te tira la mierda, dice, o por lo menos no te la tira con tanta fuerza.

Mejal y Salome menean la cabeza.

Salome afirma (sus lágrimas, agua pasada, tras conseguir devolverlas a las cuencas de los ojos y encerrarlas) que ése es justo su sueño más ferviente, que un feliz día un chico falle adrede cuando le tire un mojón a su pequeña Miép.

Sí, coincide Mejal, el día con el que toda madre sueña, la esperanza que nos hace superar las horas más negras.

Pero esos niños no pueden quedarse en la escuela, objeta Mariche, se les necesita para trabajar en el campo y atender a los animales. La escuela está fuera de las aulas. Y además, añade, si no hay mujeres y niñas para ayudar a los hombres con las tareas domésticas, entonces los niños de quince años serán más necesarios que nunca.

Eso, si damos por sentado que la agricultura y la ganadería serán la ocupación principal de los hombres que se queden, dice Ona.

¿A qué otra cosa iban a dedicarse, por todos los santos del Cielo?, cuestiona Mariche.

Ona se encoge de hombros. Seguro que hay otras maneras de estar en el mundo.

Pero no para esos hombres, objeta Greta. No son precisamente estudiosos, esos hombres.

(Veo de refilón que Autje y Neitje están intercambiando miradas, desconozco la razón).

Agata medita al respecto. Es posible, dice, pero hay otras ocupaciones más allá de ser campesinos o estudiosos.

Y luego, en un momento que me parece de serendipia, porque yo he estado recitándome esas mismas palabras para mis adentros, en silencio, Ona cita a Virgilio, unos versos que mi madre nos enseñó en su escuela secreta. «Y beneficia mucho también aquel que, volviendo de nuevo el arado, corta de través los lomos que levantó rectos sobre la planicie».[5]

Levanto la vista de las actas y le sonrío a Ona.

¿Eso es del Levítico?, pregunta Mariche.

Sí, exacto, dice Ona, y yo finjo una tos.

Mejal apaga el cigarro con el índice y el pulgar, sin duda con la intención de guardarlo para después. Tiene las yemas amarillas..., no, ocreas.

O sea, que la Biblia es partidaria de trabajar la tierra, dice Mariche, eso está claro. (Creo que me mira a mí, aunque tiene un ojo nublado, con un velo blanco, por un trozo de pezuña que le saltó dentro, y no siempre está claro adónde mira).

Pero aparte de eso, dice Ona, sirve como metáfora.

Agata se muestra indulgente y se hace eco de la mentirijilla de Ona con un gesto de la cabeza, pero luego le ruega: Querida, ahora estamos arando para salvar la vida, así que...

Lo sé perfectamente, dice Ona. Estoy intentando ayudar, y las metáforas pueden ser provechosas, y ese verso en particular, esa metáfora es tan apropiada para los hombres y niños de Molotschna, para su...

Agata se apresura a asentir. Sí, concede. Pone su mano sobre la de Ona y vuelve a insistir para que las mujeres prosigan. Mira a Ona muy fijamente a los ojos mientras lo dice, en un ruego. Agata tiene los ojos llorosos e inyectados en sangre, con venas rosas y rojas saliéndole de un centro más oscuro, soles de poniente.

Ona deja de hablar sobre metáforas.

Agata prosigue: Las niñas y las mujeres estamos pensando en abandonar la colonia, pero ¿se ha determinado qué haremos, cómo viviremos, cómo nos mantendremos, cuándo y si nos iremos? No sabemos leer, no sabemos escribir, no hablamos el idioma de nuestro país, sólo tenemos habilidades domésticas que quizá no hagan falta en otras partes del mundo, y hablando del mundo..., no tenemos un mapamundi...

Mariche interrumpe. Por favor, otra vez con lo del mapamundi no, protesta.

Intervengo brevemente en la conversación, so pena de ganarme las iras de Mariche, y sugiero que tal vez pueda conseguirles un mapamundi a las mujeres.

Ona pregunta: ¿En poco tiempo?

Asiento.

Mariche refunfuña y se le inflan las narinas.

Greta cierra los ojos.

Agata endereza la espalda.

Neitje pregunta: ¿De dónde?

Respondo: De Chortiza.

Las mujeres no dan crédito. Me preguntan todas a una cómo es posible que en la colonia vecina de Chortiza tengan en su poder un mapa así.

No estoy en posición de divulgar esa información, explico, por seguridad -la de ellas-, pero es bastante probable que pueda coger prestado el mapa por un breve espacio de tiempo, y tal vez Autje y Neitje, con sus dotes artísticas, puedan copiarlo en papel de envolver.

A excepción de Mariche, las mujeres parecen considerar interesante la propuesta.

Salome pregunta si habrá también, en la colonia vecina, un mapa de esta región en concreto. Sería mejor, apunta con acierto, si tuviéramos un mapa más detallado que incluya carreteras principales y secundarias, ríos y vías de tren, por ejemplo. Si es que existen mapas así.

Cierto, dice Mariche, no tenemos pensado cruzar el planeta.

¿Por qué no?, replica Ona, que añade un dato interesante: ¿Sabíais que el período de

migración de las mariposas y las libélulas es tan largo que a veces sólo llegan al destino sus nietas?

Ona rebosa alegría mientras habla. Vuelve a citar, por encima, a mi madre. Me gustaría darle las gracias, me gustaría abrazarla. (No, lo que de verdad quiero es levantarla del suelo y bailar por todo el pajar. Cuando éramos pequeños, un día la aupé del suelo detrás del establo de los tusones y corrí un trecho con ella en brazos, riendo, mientras me decía que no le aplastara las costillas o se le escaparía el corazón).

Autje y Neitje le sonrían a su vez a Ona (aunque no está claro si lo hacen con verdadero deleite por los detalles del dato de las libélulas o es sólo porque les han dado la oportunidad de sonreír y reír abiertamente). Sospecho que se ríen por la estupidez de sus iguales varones, mientras fingen estar muy divertidas por la idea de las pequeñas libélulas nietas atravesando una línea de meta imaginaria tras dejar atrás los cadáveres de las generaciones previas.

Mejal, por su parte, asiente ante lo curioso del dato.

Salome espanta una mosca de la boca abierta de Miep, que se ha quedado floja sobre la manta de la montura.

¿Y sabíais, dice Ona mirándome ahora directamente y con una gran sonrisa, que las libélulas tienen seis patas pero no pueden andar?

Asiento, sí. Y además, digo, envalentonado por la mirada de Ona, las libélulas tienen ojos compuestos que les ocupan casi toda la cabeza y les permiten ver de una vez, hasta los movimientos más pequeños y rápidos.

Algunas mujeres asienten y se quedan pensativas. Autje y Neitje ríen.

Bueno, digo aturrullado. Sí, en fin.

Hago constar aquí que Agata y Greta no han escuchado el dato. Están hablando en voz baja entre ellas, especulando sobre cómo habrá llegado un mapamundi a Chortiza.

Le susurro a Ona: Hay un hombre, un músico llamado John Cage, que ha compuesto una pieza musical que tardará seiscientos años en tocarse entera. Una nota cada varios años, o incluso más. Las notas se tocan en un órgano especial en la iglesia de un pueblecito de Alemania.

Ona me susurra a su vez: ¿Ah, sí?

Yo: Sí.

Ona: ¿John Cage es menonita?

Yo: No.

Ona: Ah.

Yo: Bueno, a lo mejor.

Ona: Sí.

Ahora las mujeres están compartiendo unas risas mientras imaginan lo que haría Peters si supiera que esconden un mapamundi ilícito a pocos kilómetros de Molotschna.

Agata nos recuerda un incidente que hubo un domingo, cuando Peters levantó en alto los manuales de agricultura ecológica de Earnest Thiessen ante la congregación, como prueba de influencia mundana. Los ministros sancionaron a Earnest Thiessen y le prohibieron el contacto con los miembros de la colonia por un período de ocho semanas. En estas semanas vagó por las carreteras rurales y durmió en el cuarto de arcos del establo de los tusones. (Ahora que Earnest está senil -salvo por el recuerdo imperecedero del reloj robado-, y es una bendición, ya ha olvidado el mal de sus costumbres previas y está plenamente convencido de que Dios lo recibirá

de brazos abiertos, sin ponerle trabas, en su Reino; o quizá no sea consciente siquiera de que Dios o el Reino de Dios existan).

Mariche intenta llevarnos de vuelta al debate. Me recuerda que Salome había hecho una pregunta.

¿Podría haber también un mapa de la región escondido en Chortiza?, repite su pregunta Salome.

Mariche me pregunta si podría sacarlo también a escondidas de Chortiza, junto con el mapamundi, y le prometo que lo haré, en caso de ser posible. ¡Mariche me da las gracias! Y me permite que, después de todo, tenga una utilidad práctica. En su vocabulario, un contrabandista es preferible a un maestro, aunque el granjero lo supera en estima.

Pero August ha tenido desde el principio una utilidad, dice Ona. ¿Quién cree Mariche que nos explicará el mapa sino August? ¿Acaso Mariche, sin que las demás lo sepan, ha sido de pronto bendecida por Dios con conocimientos tanto de geografía como de cartografía?

Mariche da un manotazo al aire, desechando la pregunta, ladea la cabeza y señala la ventana con su dedo despuntado.

Ona hace una sugerencia: Quizá las mujeres puedan crear un mapa sobre la marcha.

Las demás le prestan atención, desconcertadas.

Greta afirma: Eso sí que es una idea peculiar...

Ona la interrumpe porque se ha puesto a vomitar en el balde de la leche que tiene al lado.

Greta dice: Ay, *schatzi*.

Agata se levanta -hasta este momento tenía las piernas en alto- y va al lado de su hija. Le acaricia la espalda y le aparta los mechones que se le han escapado del pañuelo para que no se interpongan en el camino del proyectil.

Ona levanta la cabeza y tranquiliza a las mujeres diciéndoles que está bien.

Las mujeres asienten. Vuelven ahora la atención a Mejal, que ha empezado a respirar laboriosamente. Tiene una mano en el pecho.

Greta dice: ¿Qué pasa ahora?

¿Estás bien, Mejal?, pregunta Agata.

Mejal asiente enérgicamente.

Salome me explica en voz baja que Mejal está sufriendo uno de sus ataques. Va a su lado y le susurra en voz baja, sin que la oigamos, a la oreja. Le coge la mano.

Las demás inclinan la cabeza para orar y le ruegan a Dios que devuelva el equilibrio a Mejal.

Mejal se mece sobre el balde de la leche. Luego se deja caer y se echa sobre la paja, con el cuerpo muy rígido.

Salome se tumba a su lado y sigue susurrándole a la oreja sin que la oigamos, las manos entrelazadas. Las mujeres rezan.

Agata dice: Padre Todopoderoso, te pedimos en estos momentos, desde la humildad y la súplica, Tu infinita bondad. Te rogamos, apiádate de nuestra hermana Mejal. Por favor, ten caridad y cúrala. Por favor, te rogamos, envuélvela con tu fuerza y tu amor infinito, y llévate por favor la enfermedad que la aflige.

Las mujeres siguen con la cabeza inclinada y ofreciendo alabanzas a nuestro Padre celestial. (Recuerdo entonces cuando mi padre, dos días antes de desaparecer, me dijo que los pilares gemelos que custodian la entrada del templo de la religión son las fábulas y la crueldad).

Salome le tapa disimuladamente los oídos a Mejal, para que no escuche los rezos de las mujeres.

Ahora le pide a Ona que le líe un cigarro a Mejal y sigue susurrando, sin que la oigamos, a la oreja de su amiga. Ésta parece haberse estabilizado y está menos rígida. Ha dejado de temblar. Su respiración ha vuelto a la normalidad.

Ona le ha liado un cigarro y se lo ofrece entre disculpas. No es muy diestra liando cigarros; frunce el ceño ante el resultado.

Las demás mujeres siguen rezando, con las cabezas inclinadas y las manos cogidas entre sí.

Mejal se recupera y tanto ella como Salome vuelven a su sitio a la mesa.

Agata dice: Alabado sea el Señor.

Greta le pide a Autje que corra a la bomba de agua y prepare unas tazas de café instantáneo, y la joven sale volando de la mesa. Neitje la sigue en el acto, como una golondrina de granero. Han salido.

Salome corre a la ventana y le grita a Neitje que vuelva al pajar.

Oímos a Neitje a lo lejos: ¡No! ¿Por qué? ¡Estoy ayudando a Autje!

Déjala, dice Agata.

Pero Salome vuelve a llamarla, y luego se hace el silencio, y se queda mirando por la ventana.

Neitje regresa al pajar.

Agata está visiblemente disgustada con Salome, pero mantiene la calma.

Mariche asegura ahora que el episodio de Mejal lo ha causado la idea de que las mujeres creen su propio mapa. Y no por un miedo consciente a la cartografía casera, explica, sino a lo que implica: que somos dueñas de nuestro destino; que vamos a asentarnos por nuestra cuenta en un lugar desconocido.

Sí, dice Agata, parece razonable que pueda infundir pánico...

Mejal suelta aros de humo. A mí no me infunde ningún pánico, dice.

Sí, dice Agata, pero, en este caso, el pánico sería comprensible.

Pero no es mi caso, dice Mejal.

Agata clava la vista en el techo.

Tras un silencio breve, Greta obsequia a las mujeres con una anécdota. Estuve tres años, cuenta, andando sólo hacia atrás, no hacia delante, debido a una herida que sufrí en la ingle. (Entreveo que ha sido la idea de partir sin saber adónde te encaminas lo que ha ayudado a reflotar este recuerdo).

Pronto sobreviene otro incidente que distrae a Mejal de su desasosiego por lo desconocido.

Nettie (Melvin) Gerbrandt vuelve a subir por la escalera del pajar, esta vez con el hijo pequeño de Mariche, Julius Loewen, que parece inconsolable.

Greta lanza los brazos al aire. ¿Qué pasa ahora, por el amor de Dios?

Nettie -que, desde las agresiones, tal y como he señalado antes, sólo les habla a los niños- empuja al pequeño Julius hacia el regazo de Mariche. Gesticula y señala la nariz del niño y expresa, por lo que puedo descifrar, desconcierto.

Agata pregunta a Nettie si podría por favor hacer una excepción, ser razonable y hablar por una vez, dadas las circunstancias. Aquí en el pajar sólo hay mujeres, señala. (Yo me quedo muy quieto).

Nettie no dice nada mientras considera la petición de Agata y Julius aúlla en los brazos de Mariche.

¿Qué le ha pasado?, la apremia Mariche por encima de las voces.

Nettie, dice Agata, sé razonable. ¿Qué le ha pasado a Julius?

Nettie habla por fin, aunque lo hace mirando a Julius. Dice que el jovencito se ha metido un hueso de cereza en la nariz y no sabe cómo sacarlo sin metérselo aún más adentro.

Las mujeres reaccionan todas a una. De nuevo se pisan hablando y me es imposible dejar constancia por escrito.

Ona se mete dos dedos en la boca y silba. (¡Qué habilidad más hermosa! Y qué práctica resulta).

Las demás mujeres paran de hablar y la miran.

Entre los ojos de Ona hay dos grietas verticales desdibujadas, pequeñas vías de tren que van hacia el comienzo del pelo, pero desaparecen a medio camino. Si Julius se ha metido un hueso de cereza en la nariz, dice, entonces se deduce que Julius ha estado comiendo cerezas o, cuando menos, ha estado en presencia de cerezas. En Molotschna no hay cerezas. Las cerezas que comemos vienen siempre de la ciudad, a modo de capricho para los miembros de la colonia, cuando algún ministro va a la ciudad por negocios.

Las mujeres guardan silencio mientras asimilan la información. Agata fija su mirada en un punto y se queda quieta.

Salome maldice en voz alta camino de la ventana.

Greta llama a Autje, que aún no ha llegado a la escalera del pajar de vuelta de la bomba. Averigua si ha regresado algún hombre de la ciudad, le dice, y si es así, intenta enterarte de qué hombre se trata.

¡Y, sigue gritando hacia abajo, si los hombres preguntan dónde están las mujeres, díles que Ruth y Cheryl están pariendo tarde esta primavera y hay complicaciones!

Agata protesta al respecto. Los hombres de la colonia saben que a Ruth y Cheryl no las montaron el año pasado, así que, apunta, no es posible que den a luz esta primavera. Le grita a Autje, que sigue abajo: ¡Si preguntan, díles a los hombres que sus mujeres han ido a asistir en un parto complicado de una hermana de Chortiza!

Esto parece ganar la aprobación del resto de mujeres. Ningún hombre de la colonia Molotschna intervendría (o expresaría interés alguno) por un parto, y menos aún si es tan lejos como en Chortiza.

Agata le pide a Autje que vuelva a ponerse el pañuelo. Las jóvenes se han atado los pañuelos en la muñeca, un gesto informal que adoptan las adolescentes de la colonia cuando no hay hombres presentes.

Ahora le toca a Mariche gritarle a su hija: ¡Díles a los hombres que estamos con las colchas, pero que no sabes en qué casa, y que vamos a seguir hasta bien entrada la noche porque a última hora nos han hecho un pedido grande en la cooperativa!

Una nota explicativa: la cooperativa vende productos menonitas a los turistas. Las mujeres de Molotschna son quienes proporcionan los productos, pero tienen prohibido visitar la cooperativa o administrar el dinero de las ventas.

Ah, ésa es buena, dice Salome. Ningún hombre de Molotschna se acercaría a un círculo de confección de colchas. Está de pie junto a la ventana, mirando a Autje: Allá va corriendo.

Salome se vuelve, se queda mirando a las mujeres y le dice a Neitje: Corre tú ahora por todas las casas y diles a las mujeres que les digan a los hombres, si se encuentran con alguno y preguntan, que algunas estamos trabajando hasta tarde en las colchas para terminar un pedido, y que otras hemos ido a asistir en un parto complicado de una hermana de Chortiza. Los hombres querrán comer. Recuérdales a las mujeres que les digan, si hay algún marido de las que estamos aquí arriba, que hemos dejado fiambreras con sopa y hogazas de pan en las alacenas. Los hombres se irán por la mañana y entenderán que hemos estado trabajando toda la noche y no vamos a poder despedirnos antes de que se vayan.

Neitje no reacciona de inmediato.

Salome la urge: ¡Venga, venga!

Neitje se levanta con parsimonia del cubo, sin decir nada, se despereza y se arregla el pelo hasta que Salome se pone hecha una fiera y ladra su nombre: ¡Neitje!

Para entonces, Mariche ya ha conseguido quitarle el hueso de cereza de la nariz a Julius, succionando con la boca como si quitara el veneno del mordisco de una serpiente, o como si quisiera robar gasolina de un coche patrulla, y Julius está mascando alegremente un trozo podrido de cuero de una vieja brida de los caballos de Earnest Thiessen. Agata informa a Nettie de que es libre de irse y debería volver con el resto de niños. De momento Julius se quedará en el pajar.

Pero Mariche le pide a Nettie que espere un momento. ¿Cómo ha conseguido Julius las cerezas?, pregunta.

Y luego: ¿Se las ha dado Klaas? (El marido de Mariche).

Nettie responde, hablándole de nuevo a Julius, mirando sólo al crío mientras éste juega y mastica, ajeno a todo. Explica que Julius y unos cuantos de los niños mayores estaban en la explanada, y uno vio una carreta en el camino de la milla, y un niño mayor, probablemente Benny Eidse, retó a los pequeños, incluido Julius, que iba montado a hombros de uno de los niños más fuertes, a que fueran hasta la carreta. A la vuelta tenían una bolsita de papel con cerezas que iban pasándose, compartiendo, y luego a Julius le pasó lo del hueso.

Mariche le pregunta a Nettie: Entonces, ¿no sabes quién iba en la carreta?

Nettie le habla a Julius: No lo sé.

Mejal dice: Me preocupan las mujeres que han votado por el «No hacer nada» (en respuesta a las agresiones). Si han vuelto los hombres, hay un riesgo importante de que esas mujeres les cuenten que estamos tramando una insurrección.

Mariche rebufa. No es una insurrección, ésa no es la palabra correcta.

Salome suspira, exasperada. Mariche, te pasas las reuniones saboteándolas cuando te da por erigirte en la autoridad de algo, lo que sea, cualquier cosa arbitraria y ridícula. Y si no encuentras oposición, insistes en que tienes razón, y, cuando te plantan cara, te pones histérica.

No, interrumpe Mariche, eres tú, Salome, cuando no otra de las Friesen presentes, quien siempre está ensalzando las bondades del lenguaje preciso y exacto, de utilizar la palabra correcta. Y en este caso el uso de la palabra «insurrección» es clarísimamente inapropiado porque las insurrecciones entrañan violencia, y lo que estamos planeando las mujeres de Molotschna no entraña violencia.

Ona suplica a las mujeres que mantengan la calma. Debemos proseguir con la asamblea, dice. Y Mariche tiene razón, «insurrección» no es la palabra adecuada para describir nuestro plan. Ya le pondremos el nombre adecuado cuando tengamos los detalles.

Vuelve a lo último que ha señalado Mejal, el riesgo de que las mujeres del «No hacer nada» nos delaten a los hombres. Es verdad, dice, que estas mujeres se negarían a incurrir en el pecado de mentir. Tendremos que limitarnos a tener fe en que, para no ser culpables de prevaricación, aleguen ignorancia si se les pregunta por nuestro paradero, o que de alguna forma creativa, pero conforme a su fe, evadan de plano la pregunta.

(Hago un esfuerzo por no intervenir en este punto, por no reprender, por no desafiar, por no ser altivo y desengañar a Ona de su confianza, por no insinuar en modo alguno que me preocupan la traición, los corazones oscuros y, en particular, Janz Caracortada. Y ruego a Dios, para mis adentros, que me perdone mis ofensas, mis sospechas, y me imbuya de la misma fe que tiene Ona en sus hermanas de la colonia, en todos nosotros, en la bondad).

Ona prosigue y dice que le preocupa que los hombres que han vuelto de manera temporal a Molotschna se lleven los caballos y/o el ganado que necesitarán luego las mujeres, bien para vender, bien para proporcionarles sustento durante el camino.

Mariche pregunta: ¿Por qué camino? No sabía que hubiéramos decidido ya si quedarnos o irnos. Que yo sepa lo único que hemos decidido es que las mujeres no son animales, e incluso a esa conclusión hemos llegado sin un consenso real entre nosotras.

Sí, admite Ona, es verdad que no hemos tomado del todo la decisión de irnos, pero, en el caso de que nos fuéramos, necesitaríamos todos los animales posibles.

¿Cómo podemos evitar que los hombres se lleven algunos de los animales, le pregunta Greta a Ona, sobre todo teniendo en cuenta que es la única razón por la que han vuelto de la ciudad?

Ona hace una sugerencia: ¿Y si, a través de Nettie (que sigue en el pajar), les trasmitimos el mensaje de que los animales han enfermado mientras ellos han estado en la ciudad y los tenemos en cuarentena?

Mejal le recuerda a Ona que Nettie no habla con adultos.

Mariche apunta que la historia de la cuarentena es otra mentira más, una trasgresión profunda. No sólo hemos cometido el pecado de mentir, dice, también estamos aleccionando a nuestras hijas para que hagan lo mismo. Si alentamos a Nettie para que mienta ella también, seríamos además culpables de aprovecharnos de una *dummkopf*.

Salome levanta la mano. Nettie no es ninguna *dummkopf*, asegura. El comportamiento inusual de Nettie -ponerse un nombre de chico y hablar sólo con niños- es una respuesta comprensible a la agresión prolongada y especialmente horrenda que ha tenido que soportar.

Todas somos víctimas, dice Mariche.

Cierto, responde Salome, pero cada una reacciona de una forma, y no hay una más apropiada que otra.

Mariche hace un gesto como desdeñando la objeción y sigue exponiendo su tesis sobre la mentira. Está claro que alentar a las demás a que mientan por nosotras, dice, debe ser un pecado mayor que mentir nosotras mismas. ¿Y cómo vamos a hallar perdón para esta mentira (sobre el paradero de las mujeres, las colchas, el parto, etcétera) si no es a través de los ministros, a quienes les hemos mentido, y a quienes, si nuestro plan de irnos se materializa, no volveremos a ver, y por tanto quedaremos sin perdón, carentes de misericordia, con el corazón negro, y con el paso vetado al Reino de Dios?

Puede que haya otros ministros u hombres de Dios que puedan perdonarnos nuestros pecados, dice Greta, individuos que todavía no conocemos.

Salome monta en cólera y levanta la voz, con lo que despierta a Miep y hace que Julius pare de mascar el cuero. A nosotras no nos tiene que perdonar ningún hombre de Dios, grita, por proteger a nuestros hijos de las acciones depravadas de unos hombres viciosos que en más de un caso son los mismos a los que se supone que tenemos que pedir perdón. Si Dios es un Dios bondadoso, nos perdonará Él mismo. Si Dios es un Dios vengativo, entonces nos ha creado a Su imagen y semejanza. Si Dios es todopoderoso, entonces, ¿por qué no ha protegido a las mujeres y niñas de Molotschna? Si Dios, en el Evangelio de Mateo, según Peters, nuestro sabio obispo, pide: «Dejad a los niños, y no les impidáis de venir a mí», entonces, ¿no deberíamos considerar impedimento que agredan a nuestros niños?

Salome hace una pausa, puede que para descansar...

No, no es para descansar. Salome sigue gritando, y dice que destruirá a cualquier bicho viviente que le haga daño a su hija, lo desgarrará pedazo a pedazo, profanará su cuerpo y lo enterrará vivo. Y mientras lo hace, desafiará a Dios a que la fulmine con un rayo si ha pecado por proteger a su hija del mal, es más, por destruir un mal que no volverá a hacerle daño a nadie. Mentirá, dará caza, matará y bailará sobre sus tumbas y arderá para siempre en el Infierno antes que permitir que otro hombre satisfaga sus necesidades violentas con el cuerpo de su hija de tres años.

No, dice Agata en voz baja, bailar no. Profanar no.

Miep ha empezado a llorar y el pequeño Julius se ha echado a reír, inseguro, con los ojos brillantes como perlas diminutas.

Mejal se acerca a Salome, como antes ella se ha acercado a Mejal, y la abraza.

Ona levanta a Miep de la paja y le canta, una canción de unos patos. (¿Se habrá acordado Ona de la dicha y del consuelo que siento cuando oigo los sonidos que hacen los patos?).

Agata, aparte de susurrarle a Nettie que vuelva ya con el resto de los niños, no dice nada. También Greta y Mariche están bastante calladas.

Nettie baja la escalera del pajar.

Lo único que oímos/oigo es la voz de Ona. Juguetea con la canción, acelerando la letra cuando los peces aletean y echan carreras, y cantando más lento cuando los peces toman el sol a ras del agua. Los niños se han calmado, hipnotizados. Ona sigue cantando la canción de los patos que nadan en el mar, uno, dos, tres y cuatro.

Pregunta a los niños si saben lo que es un mar, y éstos se quedan mirándola con cuatro enormes ojos azules, color mar. Se lo describe como otro mundo, uno que se esconde de nosotros, que vive bajo el agua. Es la vida en el mar lo que define como mar, y no el mar en sí. Habla de peces y otros seres vivos.

Por fin Mariche interrumpe. El mar es una extensión muy grande de agua, y nada más, les dice a los niños. Son niños, Ona, explica. ¿Cómo puedes esperar que entiendan lo que pasa en lo invisible? Además, tú nunca has visto un mar.

Salome se echa a reír. Dice: La vida bajo el agua no es invisible. Es sólo que no puede verse, no podemos verla desde aquí. Santo Dios...

¿Y tú qué sabes de las sensibilidades de los niños, Salome?, le dice Mariche.

¿Ah, que yo no sé nada?, replica Salome. Si yo dejara que un descerebrado como tu Klaas le pusiera la cara morada a mi hija, ¿eso me haría saber más de cómo percibe un niño la vida oculta?

Mariche se queda callada, conmocionada.

Salome, dice Mejal, estás hablando sin ton ni son. Le aconseja que le dé una calada a su cigarro.

Ona se muestra de acuerdo, pero sin decir nada. Sé que cree que el ataque de Salome ha sido peregrino e indigno de ella. Lo sé porque ha mirado a su hermana y ha arrugado el gesto como le he visto hacer en otras ocasiones (los raíles que surcan su frente y desaparecen). Normalmente tolera las rabietas de Salome y se muestra cauta a la hora de reaccionar. Puede que haya aprendido con los años que contrariar a su hermana menor no trae nada bueno.

Como si estuviera leyendo mis pensamientos, Agata sugiere ahora que reflexionemos sobre qué es bueno. Recita un versículo de Filipenses: Todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si hay algo que merece alabanza, en esto piensen. Lo que aprendieron, recibieron, oyeron y vieron en mí, esto hagan; y el Dios de paz estará con todos.

Las demás mujeres esperan a que otra hable primero en respuesta a la petición de Agata de sugerir cosas buenas. Pero no parecen realmente entregadas a la tarea.

Salome ignora la cuestión de plano. Como me quede, acabaré matando a alguien, le dice a su madre. (Entiendo que se refiere a si se queda en la colonia y sigue aquí para cuando a los hombres arrestados se les conceda la libertad bajo fianza y vuelvan de la ciudad, dado el caso).

¿Qué puede haber peor que eso?, pregunta Salome a Agata.

Agata asiente. Sigue asintiendo. Tiene los labios contraídos mientras parpadea y cabecea. Ha apoyado las palmas de la mano en la mesa, pero con los dedos apuntados hacia arriba, hacia las vigas del pajar, hacia Dios, hacia el significado. Las demás no hablan. Es raro.

Vi *La creación de Adán* de Miguel Ángel en un libro de cuadros famosos que dejó un turista suizo en la cooperativa. El libro pasó de mano en mano, discretamente, por la colonia, gracias a mi padre, hasta que Peters el Viejo acabó descubriéndolo y lo destruyó. Se cuenta que arrancó todas las páginas y fue quemándolas una a una (seguramente con tal de aprovechar para ver todos los cuadros con sus propios ojos). Un hombre más ocupado y con intenciones más claras habría prendido fuego al libro entero de una vez y lo habría tirado al bidón de quemar.

Las mujeres siguen sumidas en un silencio espectral.

Sólo menciono el libro de cuadros famosos porque los dedos de Agata apuntan a Dios. Esto me recuerda, en parte, a *La creación de Adán*. Y como en el pajar reina el silencio y quiero parecer industrioso porque mi tarea aquí es escribir..., esto es algo que escribir, lo primero que me ha venido a la cabeza.

Las mujeres permanecen en silencio, pensando sobre lo que es bueno, justo, agradable, puro, etcétera. O puede que sobre otras cosas. No sé en qué piensan. Puede que en incendiar cosas. Me acuerdo, al pensar en *La creación de Adán*, de otros datos sobre los dedos humanos.

Los dedos humanos pueden sentir objetos de un mínimo de trece nanómetros, lo que significa que si tu dedo fuese del tamaño de la tierra podrías sentir la diferencia entre un granero y un caballo. Quiero acordarme de mencionárselo a Ona. También me gustaría mencionar *La creación de Eva* de Miguel Ángel (el quinto panel de la obra de la Capilla Sixtina), que no se conoce tanto, ni por asomo, como puede conocerse *La creación de Adán*. En *La creación de Eva*, Adán yace desmayado sobre una piedra y Eva está por encima, desnuda, rogándole algo a Dios. ¿Qué podría ser? En este cuadro Dios ha bajado a la Tierra, y ya no va por ahí en una nube, alargando Su dedo como quien no quiere la cosa. Esta vez se muestra adusto, intenso. Ha bajado a la Tierra para hablar con Eva..., ¿o ha bajado porque ella se lo ha pedido? ¿Por qué habrá abandonado su nube

de querubines?

En el cuadro Eva está rogándole a Dios, suplicándole, implorándole..., puede que esté intentando hacerlo entrar en razón, como si estuviera en sus manos restaurar la Cristiandad a su grandeza original. Trabaja a espaldas de Adán, que está dormido en el suelo, como sugiriendo que sabe que él lo desaprobaba. Pero ¿el qué desaprobaba? ¿Su encuentro en privado con Dios? ¿O lo que está diciendo?

Otro hecho en relación con la cooperativa: en la pared que da al sur hay pegada una fotografía ya desvaída. Es una que se publicó en el periódico *The Guardian*, en Inglaterra, y que hizo un fotógrafo profesional que vino hace muchos años a Molotschna para documentarse sobre los menonitas. Fue este fotógrafo el que le infundió la idea de Inglaterra a mi padre. La fotografía retrata a varios jóvenes de la colonia. El pie de foto dice así: «A los menonitas les gusta charlar un rato bajo las estrellas antes de irse a la cama».

En la fotografía, que fue tomada por la noche, vemos a chicas menonitas sentadas al raso en sillas de plástico, en medio de la oscuridad de una noche especialmente estrellada. Parece que acabara de ocurrir algún tipo de cataclismo por encima de las cabezas de estas menonitas parlantes pero les hubiera pasado totalmente desapercibido. El cielo está empezando a tornarse de color mostaza. Hay dos hombres al fondo, hablando. Y hay dos carretas y dos caballos. Hay una casa, un árbol y un silo. Una de las mujeres que sale en la fotografía es Ona. Aparece muy delgada y joven, echada hacia delante para escuchar lo que dicen las demás. Agarra con sus largos dedos los reposabrazos de la silla de plástico en la que está sentada, como si estuviera preparada para salir despedida en cualquier momento, o puede que para proyectarse hacia arriba en el cielo amarillo que tiene por encima.

Ona, por supuesto, no ha visto esa foto, pero me gustaría hablarle algún día de ella. Después de las agresiones, muchos fotógrafos de todo el mundo paraban en la cooperativa para preguntar cómo se llegaba a la colonia. Peters decretó que nadie de la cooperativa hablase con esos individuos. Heinz Gerbrandt, un herrero cuya fragua está al lado de la cooperativa, me contó en la iglesia que había llegado por correo un recorte de un periódico de Estados Unidos a la cooperativa. Lo habían dejado primero en su fragua porque la puerta de la cooperativa estaba cerrada. Heinz Gerbrandt fue con la carta a la cooperativa; recordaba haberla llevado apartada del cuerpo, como si quemara, como un peligro. El titular decía así: «A las mujeres y niñas de la colonia Molotschna se les apareció el diablo bajo la forma de siete fantasmas». Heinz Gerbrandt me contó que, cuando descubrió el recorte, Peters asintió con la cabeza dando su aprobación. Sí, dijo, según Heinz Gerbrandt. Eso es verdad. «Arroja a unos hombres en medio de la nada, confinalos, véjalos, suspéndelos en el limbo, y eso es lo que consigues».

Le pregunté a Heinz Gerbrandt si Peters había dicho realmente eso, y Heinz me lo corroboró. Me dijo que eso era lo que le había dicho Peters, con lágrimas en los ojos, mientras cambiaban juntos las tejas rotas del tejado de la iglesia.

Pero entonces, ¿cómo puede quedarse aquí en calidad de obispo de Molotschna?, le pregunté yo a Heinz.

Sacudió la cabeza, no lo sabía. Sugirió que analizáramos la afirmación: «Arroja a unos hombres en medio de la nada, confinalos, véjalos, suspéndelos en el limbo, y eso es lo que consigues».

Me encontraba con Heinz en medio de la carretera que sale de Molotschna en dirección a la frontera, y murmuramos esas palabras una y otra vez, intentando llegar a entender lo que había

querido decir Peters; o por qué lo había dicho con lágrimas en los ojos, o, simple y llanamente, por qué lo había dicho.

Heinz Gerbrandt ya no vive en Molotschna. Se fue con su mujer y sus hijos. Se cuenta que se asustó después de oír decir a Peters que era cierto que el diablo había visitado a las mujeres y niñas de Molotschna. Se cuenta que Heinz Gerbrandt no es lo suficientemente hombre o creyente para aceptar la verdad. Se cuenta que Heinz Gerbrandt es hombre de desánimo fácil y que el mundo podrá con él. Peters lo ha excomulgado oficialmente, pero todo el mundo sabe que esa resolución no tiene peso porque Heinz Gerbrandt se fue de la iglesia y de la colonia por su propio pie.

Heinz Gerbrandt me regaló una vez una cosa, una herradura. Dicen que traen suerte, me dijo. En Molotschna no existe la suerte. Es un pecado creer en la suerte. Llorar es algo vergonzoso. Todo es voluntad de Dios, en Su creación no queda nada a la suerte. Si Dios creó el mundo, ¿por qué no íbamos a estar en él?

Siempre recordaré a Heinz Gerbrandt.

Las mujeres siguen calladas. Ona se ha acercado adonde estoy sentado y está mirando por encima de mi hombro. ¿Me pondrá la mano en el hombro? Me mira mientras escribo. Me tiembla el bolígrafo. No sabe leer, así que puedo escribir estas palabras, «Ona, mi alma es tuya», sin que se entere.

Rompe el silencio: August, dice, sé lo que es esto (señala las letras), son letras, pero ¿qué son esas cositas?

Le digo que son comas, que marcan pausas breves, o un aliento, en el texto.

Ona sonríe y luego inhala, como para recuperar sus palabras, devolverlas dentro de su cuerpo, puede que para darle palabras a su hijo nonato, la narrativa, la de ella..., no dice nada más y yo me esfuerzo por responder de algún modo.

¿Sabías, le digo, que hay una mariposa que se llama «coma»?

Ona ahoga un grito.

Qué reacción más impropia, qué cómica.

No me digas, dice.

Sí, se le llama mariposa coma porque..., pero Ona me interrumpe.

No, dice, déjame que lo adivine. ¿Porque revolotea por ahí de hoja en hoja, de tallo en pétalo, haciendo sólo pausas breves? ¿Porque su viaje es su historia, que nunca para, sólo se pausa, siempre en movimiento?

Sonríe y asiento. Justo, digo, ¡por eso es!

Ona bate palmas: ¡Ajá!

Vuelve a su asiento.

Pero no es verdad, la mariposa coma no se llama así por eso. Y por supuesto tanto los textos como los viajes tienen puntos, interrupciones. La razón verdadera, y banal, es que la mariposa tiene en el envés del ala una línea curva que recuerda una coma.

Ahora mismo no sé por qué le he dejado creer lo contrario, pero quizá algún día le vea el sentido.

Ah, pero las mujeres se remueven en sus sitios, la ensoñación ha acabado. Seguiré registrando las actas.

Agata habla.

Salome, dice, no hay nada peor que asesinar. Si vas a convertirte en una asesina por quedarte en la colonia, cerca de los hombres responsables de las agresiones, y cerca de los que están consiguiendo la fianza para que los agresores vuelvan a la colonia mientras esperan juicio, entonces es tu deber, para proteger tu alma y que se te permita entrar en el Cielo, abandonar la colonia.

Mariche frunce el ceño, no le gusta el razonamiento de Agata. No todas somos asesinas, replica.

Por ahora, dice Ona.

Agata asiente. Mariche, ¿has pensado alguna vez en matar a alguno de los hombres culpables de las agresiones, o a todos?

Nunca, dice Mariche. Qué *dummheit*.

¿Alguna vez les has deseado la muerte?, dice Agata.

Mariche admite que sí, pero que en el acto le pidió a Dios que la perdonara.

¿Y crees que tus ideas homicidas se multiplicarían estando cerca de los hombres, insiste Agata, si vieras a diario a los hombres, y si los hombres estuvieran en una posición de autoridad sobre ti y tus hijos, y se esperara de ti, Peters lo esperara, que obedecieras a esos hombres?

Sí, dice Mariche, creo que podría ser el caso, que mis deseos homicidas se multiplicaran bajo esas circunstancias.

Ajá, dice Salome, de modo que tienes ideas homicidas.

No, dice Mariche, lo que he dicho es que les deseo la muerte a los hombres.

Y por eso debemos irnos, concluye Agata.

Algunas mujeres, entre ellas Mariche y Greta, abren la boca para protestar, y Greta también lanza los brazos al aire.

Pero Agata prosigue: He hecho lo que el versículo de los Filipenses ordenaba, que es pensar en lo que es bueno, lo que es justo, lo que es puro, y lo que es excelente, y he llegado a una respuesta: el pacifismo.

El pacifismo, sigue Agata, es bueno. Toda violencia es injustificable. Si las mujeres nos quedáramos en Molotschna, dice, estaríamos traicionando el principio vertebral de la fe menonita, que es el pacifismo, porque al quedarnos estaríamos colocándonos conscientemente en una trayectoria de choque directo con la violencia, bien perpetrada por nosotras, bien contra nosotras. Estaríamos alentando el daño. Estaríamos en pie de guerra. Convertiríamos Molotschna en un campo de batalla. Quedándonos en Molotschna seríamos malas menonitas. Seríamos pecadoras, según nuestra fe, y se nos negaría la entrada al Cielo.

Mejal le da una calada profunda al cigarro. Echa el humo y asiente: Agata tiene razón.

Entonces démonos prisa, dice Mejal.

Pero si nos quedáramos y lucháramos, protesta Mariche, con suerte podríamos alcanzar la paz para nuestros hijos. Con el tiempo. Y nuestra colonia quedaría intacta y seguiríamos apartadas del mundo, no en el mundo, que es otro de los principios centrales de la fe menonita.

Eso es verdad, dice Agata, pero en nuestra fe no hay ningún principio que nos exija mantenernos apartadas del mundo junto con hombres que nos inspiran violencia en el corazón y la mente.

Ona le pregunta a Mariche: ¿Qué es lo que quieres decir realmente, que te quieres quedar y

NO pelear? Porque ¿cuándo fue la última vez que tuviste el coraje de plantarle cara a una agresión de Klaas, para proteger a tus hijos o para no salir tú malparada?

Mariche monta en cólera. Se levanta, con la mandíbula apretada, echando chispas por los ojos. ¿Quién te crees que eres, le pregunta a Ona, para decirme tú a mí la clase de mujer y madre que tengo que ser cuando tú no eres ni lo uno ni lo otro? Tú no eres más que una soñadora, una sabia tonta, una solterona, una loca maldecida con *narfa*, ¡una lunática!

Escribo todo lo rápido que puedo pero no consigo seguirle el ritmo a Mariche. Ha llamado puta a Ona, madre sin casar.

Salome se ha levantado del cubo de leche y está gritándole ahora a Mariche. Dice que a Ona la dejaron inconsciente y la violaron, como a tantas otras, y a resultas está embarazada. ¿Cómo se atreve Mariche a llamar puta a Ona? Dios, cuando creó el mundo, obligó a Adán a dormir un sueño profundo, y mientras dormía, le quitó una costilla y de esa costilla creó a Eva. ¿Era entonces Adán una puta?

Mariche contesta en un aullido: ¡Adán era un hombre!

Salome la ignora y grita: ¿Alentó Adán ese acto? ¿Fue capaz de protegerse?

(Un aparte rápido, para pensar más adelante: me parece curioso el comentario de Salome, teniendo en cuenta el apunte casual que he hecho antes en el cuaderno en relación con el cuadro de Miguel Ángel).

Salome sigue gritando, con voz ronca: Mariche, ¿no temes que tu propio Julius, tan dulce él, se vuelva un monstruo como su padre porque no haces nada por protegerlo, nada por educarlo, nada por enseñarle que su padre se comporta como un criminal, la depravación...?

Agata renquea (el edema sigue molestándole) hasta donde está de pie Salome. La insta amablemente a que vuelva al cubo y le acaricia el pelo murmurando palabras que no logro escuchar. Le acaricia el pelo con una mano y se frota sus propios ojos con la otra, provocando una especie de chasquido.

Salome aparta con suavidad la mano que tiene su madre en los ojos. No, le dice, qué ruido, se lo frota usted demasiado fuerte.

Agata sonríe. Qué ternura.

Salome está loca, dice Mariche, ya no dice una cosa derecha. Y, volviéndose para encarar a Ona, añade: ¿Y tú cómo te atreves a juzgarme a mí?

Ona mira a Mariche a los ojos y sonríe. No te juzgaba, dice, era sólo una pregunta.

Agata se inclina para susurrarle a Ona al oído.

Ona le pide perdón a Mariche, que a su vez le sugiere a Ona que acometa una acción ordinaria que no puedo mencionar. (Sí dejaré aquí constancia, no obstante, de que Mariche, con su inglés rudimentario, le dice también a Ona: Que te dé. Gran parte de lo que existe en el mundo exterior no llega a Molotschna, pero los insultos, como el dolor, siempre se las arreglan para entrar).

¡Mariche!, dice Greta, siéntate y cállate.

Mariche la obedece pero con muchos aspavientos.

Mejal y Salome están compartiendo un cigarro, esperando, por lo que parece, a que se calmen los ánimos.

Agata sigue acariciándole los brazos y el pelo a su hija pequeña. También vuelve a frotarse los ojos y provoca otra vez ese chasquido.

Salome frunce el ceño y repite: Madre, deje eso.

Mariche se ha callado.

Neitje susurra: Creo que se dice «que te den». Las demás asienten, de acuerdo.

Ona vuelve a disculparse y añade que ella también estaba pensando en el versículo de los Filipenses y en lo que es bueno. La libertad es buena, dice, es mejor que la esclavitud. Y el perdón es bueno, mejor que la venganza. Y la esperanza en lo desconocido es buena, mejor que el odio a lo familiar.

Mariche ha recuperado la calma, por extraño que parezca. Le pregunta a Ona, de corazón, no desde el sarcasmo: Pero ¿y qué hay de la seguridad, del hogar y la familia? ¿Qué hay de la santidad del matrimonio, de la obediencia y el amor?

Yo de esas cosas no sé, de nada de eso, dice Ona, salvo del amor. E incluso el amor se me antoja un misterio. Y creo que mi hogar está con mi madre, mi hermana y mi hijo nonato, estén donde estén.

Mariche pregunta: ¿No odiarás a tu hijo nonato por ser hijo o hija de un hombre que te inspira pensamientos violentos?

Yo ya quiero a esta criatura más que a nada en el mundo, dice Ona. Es tan inocente y digna de amor como el sol del atardecer...

Me mira. Yo contengo la respiración y me rasco la cabeza, y ruego que me perdonen, aunque por qué, o por quién, ah, esta luz intermitente...

Al igual que el padre de este crío cuando nació, añade Ona.

Un momento, interviene Mejal, yo no estoy de acuerdo. Ese hombre nació con el diablo dentro. Dios lo trajo a este mundo para ponernos a prueba, para poner a prueba nuestra fe.

Salome resopla. ¿No fuiste tú, Mejal, la que hace unos meses dijo que los agresores eran secuaces del diablo? Entonces, ¿con qué te quedas? ¿Para ti es lo mismo Dios que el diablo?

Mejal pone cara de hastío y dice: Mira, a la mierda, no lo sé.

No quiero volver a oír esa clase de lenguaje, dice contrariada Greta.

Agata hace un ruidito. ¿Está llorando? No, no está llorando. Se ha frotado demasiado fuerte los ojos, como ha dicho Salome que haría, y se ha hecho daño.

Mariche sigue con sus preguntas, sin perder aún la calma. Si Ona está diciendo que el perdón es bueno, mejor que la venganza, ¿está insinuando que deberíamos perdonar a los hombres de Molotschna, sobre todo a los agresores, en lugar de impartir justicia mediante represalias? Y en tal caso, ¿no sería posible quedarse en Molotschna y perdonarlos?

Pero los hombres de Molotschna, y sobre todo los agresores, no han pedido perdón, señala Salome.

Sí, dice Mariche, pero Peters obligará a los agresores a pedir perdón, y luego, para que nosotras no pequemos contra Dios y nos arriesguemos a ser excomulgadas y arrojadas al exilio, ¡nos obligará a perdonarlos!

Greta ha apoyado la cabeza en la mesa, al lado de la dentadura. (Un pequeño roedor, el mismo que antes u otro distinto, está atravesando el suelo del pajar. ¿Por qué sois tantos y adónde vais?).

El perdón es baldío, insiste Ona, si no se siente de corazón. Lo único que debemos hacer es proteger las almas que Dios nos ha dado. Tenemos que perdonar a los hombres de Molotschna de corazón, da igual lo que Peters ni nadie espere de nosotras, incluso si los hombres no nos piden perdón a nosotros y proclaman su inocencia hasta la sepultura.

Entonces, ¿tú crees que proteger el estado de tu propia alma es más importante que obedecer a

Dios?, cuestiona Mariche, algo menos tranquila ya.

En realidad son la misma cosa, responde Ona con firmeza. Yo creo que mi alma, mi esencia, mi energía intangible es la presencia de Dios en mí, y que al llevar la paz a mi alma estoy honrando a Dios. Si soy capaz de entender cómo han podido suceder estos crímenes, seré capaz de perdonar a esos hombres. Y casi soy capaz, desde la distancia, eso sí, de compadecerlos, de amarlos. El amor es bueno, y mejor que el contraataque.

Mariche vuelve a ponerse en pie. Ona es ridícula, brama, todo lo que dice es absurdo, blasfemo y pecaminoso.

Greta, hastiada, levanta la cabeza y luego las manos, aunque no las lanza tan arriba como antes. Una vez más, le ruega a Mariche que se siente.

Agata habla: Ona, tienes razón en una cosa que has dicho, cuando has mencionado que desde la distancia sí son posibles esas cosas, el perdón, la compasión y el amor. Y que son cosas que nos exige la propia adhesión a nuestra fe menonita. Así que por eso realmente debemos irnos, para poder lograr esa distancia de la que hablas. A lo mejor podemos llamarlo perspectiva. Una nueva perspectiva, una que sea racional, comprensiva a la par que amorosa y obediente, sin abandonar en ningún momento nuestra fe. Es nuestro deber irnos. ¿Podríamos estar de acuerdo en que la palabra es «perspectiva» y que podremos llegar a obtenerla con un poco de distancia?

Sin luchar, pero avanzando, dice Ona. Siempre en movimiento, sin luchar, sólo movimiento y avance, movimiento y avance. Da la impresión de estar en trance.

Mariche le dice a Ona que despierte.

Despiértate tú, Mariche, replica Salome.

Despertad todas y centraos, dice Mejal. ¿Es que habéis perdido el norte? Señala la ventana como apuñalándola, al sol de fuera, que está poniéndose.

Greta, que se ha incorporado ahora en el sitio, nos cuenta una nueva historia sobre sus yeguas, Ruth y Cheryl.

Algunas protestan por lo bajo, pero las ignora.

Antiguamente, cuenta Greta, siempre le daba miedo la carretera que une Molotschna y Chortiza. Es tan estrecha y las cunetas a ambos lados tan profundas... Hasta que no aprendió a fijar la vista a lo lejos, en algún punto distante de la carretera, y no en la parte que tenía justo delante del tiro, no se sintió segura. Antes de aprenderlo, dice Greta, la carreta se le torcía y se desviaba peligrosamente hacia un lado y otro. Ruth y Cheryl se limitaban a cumplir con las órdenes que les daba a través de las riendas, pero eran órdenes imprudentes, abruptas, frenéticas y peligrosas. Irnos nos daría esa perspectiva más abarcadora que necesitamos para perdonar, que es amar como es debido, y mantener la paz, según nuestra fe. Nuestra partida no debería, por tanto, considerarse un acto de cobardía, abandono, desobediencia o rebelión; no estaríamos haciéndolo porque nos hubieran excomulgado o exiliado, sino por un acto de fe supremo, y de fe en la bondad infinita de Dios.

¿Y qué pasa con lo de romper familias?, pregunta Mariche. ¿Con separar a nuestros hijos de sus padres?

Nosotras nos debemos a Dios. (Agata).

Exacto..., a nuestras almas, que son la manifestación de Dios. (Ona).

Ona, déjame terminar. (Agata). Nos debemos a proteger a las criaturas que Él ha creado, que somos nosotras mismas y nuestros hijos, y a llevar por bandera nuestra fe, que nos exige un

compromiso absoluto con el pacifismo, el amor y el perdón. Al quedarnos, estaríamos poniendo en peligro esas cosas. Estaríamos en pie de guerra con nuestros agresores porque hemos reconocido que a nosotras, o por lo menos a algunas, nos gustaría matarlos. Si nos quedáramos, el único perdón que podríamos ofrecer sería por coacción, no uno verdadero. Si nos vamos, podremos lograr antes esas cosas que nos exige nuestra fe, el pacifismo, el amor y el perdón. Y estaremos enseñándoles a nuestros hijos que éstos son nuestros valores. Si nos vamos, estaremos enseñándoles a defender sus valores por encima y más allá de las expectativas de sus padres.

¿Y eso no es una blasfemia?, insiste Mariche.

Las demás no dicen nada.

Vale, entonces nos vamos, prosigue Mariche, y luego, ¿en el plano moral?, ¿no podrían acusarnos de nada? Habríamos actuado según la voluntad de Dios, pero ¿qué pasará cuando tengamos hambre, o miedo?

El hambre y el miedo, replica Ona, son las cosas que tenemos en común con los animales. ¿Puede el miedo al hambre y el miedo en sí guiarnos en nuestro camino?

Mariche tuerce el gesto. ¿De qué hablas? Desde luego que tenemos que pensar en el hambre y el miedo.

Mejal levanta la mano.

Habla y ya está, le dice Greta, la cara pálida y agotada.

Mejal saca a colación, con mucho tacto, a Ruth y Cheryl. ¿Habrían ampliado las yeguas su visión por sí solas, habrían mirado a un punto distante en la carretera, en lugar de como miopes, si no hubiera sido por la presión humana que les trasmitían las órdenes por las riendas? ¿Habrían entendido las yeguas cómo no caer por la cuneta sin una mano humana que las dirigiera?

¿Por qué lo preguntas?, interviene Salome. ¿Estás sugiriendo que si seguimos nuestros instintos animales innatos, y actuamos por miedo o hambre, o por miedo a caer, de algún modo acabaríamos encontrando la perspectiva y logrando la paz?

Mejal bosteza. Sólo era una pregunta, estaba pensando en voz alta, dice.

Pero Salome no lo deja estar. Es cierto que el hambre y el miedo son las cosas que tenemos en común con los animales, como ha dicho Ona, pero no así la inteligencia que nos permite poner perspectiva o distancia para valorar mejor una situación.

No, replica Mariche, eso tampoco es verdad. Los animales, incluso los insectos, son muy capaces de ver con perspectiva. ¿No ha mencionado la propia Ona la capacidad que tienen las libélulas para hacer planes a largo plazo? Que son capaces de fijar un plan de acción sabiendo (o si no a sabiendas, al menos comprendiéndolo por instinto) que ellas no verán el fin del viaje pero lo hará su prole.

Bueno, dice Salome, no sabemos lo que piensan las libélulas, en caso de que piensen, pero no tengo claro que sea a eso a lo que llamaríamos perspectiva.

¿Y por qué no iba a llamarlo así?, pregunta Mariche.

Porque tal vez no sea la palabra adecuada, dice Salome.

¿Y qué importa eso?, pregunta Mariche.

Importa y mucho, contesta Salome.

Mariche cambia de tema de improviso y se dirige a mí para preguntarme qué estaba escribiendo antes, cuando las mujeres se han quedado calladas. ¿Y por qué estaba escribiendo nada, si mi trabajo es traducir al inglés lo que dicen las mujeres y poner por escrito sus palabras

en papel?

He respondido (entre pasmado y avergonzado) que no tenía muy claro a qué se refería.

Pero Mariche no se ha dado por satisfecha. Antes, dice, te he visto escribir cosas, pero no estábamos hablando. ¿Qué es lo que escribías, entonces?

He respondido: Estaba escribiendo sobre una fotografía que vi en la cooperativa y sobre un cuadro de Miguel Ángel.

Mariche asiente... ¿en un gesto de aprobación? ¿De reproche? (Ay, el reproche).

De tal palo..., dice.

Mejal me pregunta: ¿Qué fotografía?

No sé qué responder.

Ona habla, salta una vez más en mi rescate. Se me acaba de ocurrir, dice, que las mujeres podríamos considerar otra opción, aparte de irnos, quedarnos y luchar o no hacer nada.

Mariche le recuerda que es tarde para estar añadiendo opciones. Greta desdeña el comentario con un gesto y le hace señas a Ona para que hable.

Podríamos pedirles a los hombres que se fueran ellos, dice Ona.

¿Estás de broma?, pregunta Mariche.

Salome, por inesperado que parezca, se muestra de acuerdo con Mariche. ¿Estás loca, Ona?, pregunta.

Puede que todas lo estemos, dice Ona.

Pues claro que estamos todas locas, dice Mejal. ¡Como para no estarlo!

(Me gustaría abundar luego en este comentario, ahora mismo tengo que anotar todo lo rápido que pueda).

Agata ignora la conversación sobre la locura y vuelve a la pregunta inicial de Ona: ¿Que les pidamos a los hombres que se vayan? ¿Te refieres a los agresores y a los ministros que apoyan su regreso?

Y a Peters, por supuesto, dice Ona.

Greta levanta la mano. Insostenible, dice. Imaginaos cómo responderían los hombres si les pidiéramos que abandonaran la colonia. ¿Qué razones íbamos a darles?

Todo lo que hemos hablado, contesta Ona, que para poder defender los principios de nuestra fe debemos entregarnos al pacifismo, el amor y el perdón; que estar cerca de esos hombres nos llena de animadversión hacia ellos y nos provoca sentimientos de odio y violencia. Que si nuestra intención es seguir siendo buenas menonitas (o volver a serlo), debemos separar a los hombres de las mujeres hasta que descubramos (o redescubramos) el camino de la virtud.

Pero, dice Mariche, ¿cómo vamos a esperar que los hombres y los chicos de Molotschna reaprendan sus costumbres y su forma de tratar a las mujeres y las niñas si no quedan mujeres ni niñas en la colonia con las que practicar? Al irnos, prosigue, estaríamos echando por tierra la posibilidad de reeducar a nuestros niños y hombres. Eso es una irresponsabilidad.

Ona no responde al momento. Dibuja con las manos formas redondas en el aire, como si contuvieran el universo.

Mariche, dice, es interesante, has dicho una cosa importante.

Por favor, no insinúes que el resto de cosas que he dicho no son interesantes al decir que ésta sí lo ha sido, dice Mariche.

Ona ríe. No quería decir eso.

Salome interrumpe: No es responsabilidad nuestra educar a los niños y hombres de Molotschna, dice. De eso que se encargue August (¡!).

Pero puede que sí sea responsabilidad nuestra, objeta Mejal. Sobre todo si esos muchachos son nuestros hijos, y si sus padres son incapaces de acometer esa tarea.

Greta exclama: ¡No me digáis que estamos planteándonos quedarnos para enseñarles a los niños y hombres de Molotschna a comportarse como seres humanos! ¿Qué vamos a hacer, ponerlos en pupitres?

Agata (de nuevo con la mano en el pecho) pone orden. Tss, tss, dice.

Ona susurra: Ponerlos no, sentarlos.

Salome ríe. Sacaremos la correa, dice, y les haremos ponerse orejas de burro.

No, Salome, objeta Ona, eso iría en contra del propósito de enseñarles la no violencia.

Mejal pregunta: ¿Qué habláis de orejas de burro?

(En un apunte personal, admito que tengo el corazón en vilo, esperando que Ona no vuelva a sacar el tema del hijo de Mariche, Julius, y el riesgo de que se convierta en un agresor si no se le enseña lo contrario. La rabia que siente Mariche hacia Ona es ya un polvorín, a punto de explotar).

Greta hace una mueca y mueve lentamente la mano por delante de la cara. Lo siento, le dice al resto, pero creo que me estoy muriendo.

Algunas se levantan de sus asientos, alarmadas.

Mariche mira directamente a los ojos de Greta. Luego se ríe. Le quita las gafas de ver a su madre y les pide a las demás que las miren. Madre, dice, no se está muriendo, tiene las gafas sucias.

Greta, con un alivio enorme, ríe, y exclama que pensaba que se le apagaban las luces.

Agata suelta una carcajada. ¡Así es normal que tengas la perspectiva tocada!, dice.

Las mujeres ríen y ríen. A Agata le cuesta respirar. Sobresaltados por el ruido, los pequeños (Miep y Julius) vuelven al regazo de sus respectivas madres. Estaban jugando, construyendo un granero en miniatura, con sus animales hechos de paja y boñigas.

El sol se está poniendo, nos recuerda Ona, y nos estamos quedando sin luz. Podemos encender el quinqué.

Pero ¿qué pasa con tu pregunta?, quiere saber Greta. ¿Deberíamos considerar lo de pedirles a los hombres que se vayan ellos?

Ninguna les hemos pedido nunca nada a los hombres, afirma Agata, ni una sola cosa, ni siquiera que nos pasen la sal, ni un penique ni un momento a solas, que recojan la colada o abran una cortina, o que no se pasen con los tusones pequeños o me pongan la mano en la parte baja de la espalda mientras intento, por decimosegunda o tercera vez, sacar a un crío de mi cuerpo.

¿No sería interesante, dice, que la sola y única cosa que les pidieran las mujeres a los hombres fuese que se largaran?

Las mujeres vuelven a echarse a reír.

Son incapaces de parar de reír, no pueden, y si alguna para por un momento, vuelve a echarse a reír al poco con un nuevo estallido sonoro, y vuelta a empezar todas.

No es una opción, dice por fin Agata.

No, están de acuerdo las demás (¡por fin un consenso total!). Pedirles a los hombres que se vayan ellos no es una opción.

Greta les pide a las mujeres que se imaginen a sus yeguas, Ruth y Cheryl (Agata suelta un gañido al oír sus nombres), pidiéndoles que las dejen en paz un día para pastar por el campo y no hacer nada.

Imaginaos mis gallinas, añade Agata, diciéndome que me dé media vuelta y me vaya del gallinero cuando aparezco para recoger los huevos.

Ona les ruega a las mujeres que paren de hacerla reír, no vaya a ser que dé a luz antes de la cuenta.

¡Eso hace que rían más fuerte aún! Incluso les parece desternillante que yo siga escribiendo durante todo este tiempo. La risa de Ona es el sonido más hermoso, más exquisito, de toda la naturaleza, lleno de aliento y promesa, y el único sonido que libera al mundo sin simultáneamente intentar recuperarlo.

Agata me da una palmada en la espalda. Se vuelve a frotar los ojos, con el chasquido de siempre, pero veo que esta vez los tiene llenos de lágrimas de la risa.

Debes de creer que somos todas unas lunáticas, me dice.

Insisto en que no es así, y en que tampoco importa lo que yo piense.

Ona deja de reír como puede. ¿Crees que es verdad, pregunta, que no importa lo que pienses?

Me pongo colorado y zarandeo la cabeza.

Sigue: ¿Cómo te sentirías si en toda tu vida nunca hubiera importado lo que pensaras?

Pero yo no estoy aquí para pensar, respondo, estoy aquí para redactar las actas de vuestra asamblea.

Ona desdeña mis palabras con un gesto. Pero si vivieras toda tu vida, dice, con la sensación real de que no importa lo que tú pienses, ¿cómo te sentirías?

Sonrío y murmuro algo de que mi único propósito es la voluntad de Dios.

Ona me devuelve la sonrisa (!). Pero ¿cómo podemos saber cuál es la voluntad de Dios sino pensando?

Vuelvo a ponerme colorado y sacudo la cabeza, y resisto la urgencia de desollármela con las uñas.

Salome interrumpe: ¡Ésa es fácil, Ona, Peters lo interpretaría para nosotras!

Una vez más, las mujeres aúllan de la risa.

Yo también río. Dejo el bolígrafo.

Las risas se apagan. No sé adónde mirar o dónde poner las manos. Me dedico a colocar los bolígrafos y cuadernos en paralelo entre sí.

Ona les dice a las demás lo mucho que le pica la barriga, que teme que la piel no se le estire lo suficiente y se le desgarre. Las mujeres vuelven a reírse y Agata a punto está de caerse del balde.

Paro un momento de escribir para ponerle una mano en el hombro. Qué alivio tener algo que hacer con al menos una mano, aunque sólo sea por un segundo.

Las mujeres están dándole consejos a Ona sobre manteca, aceite de girasol, sol, arcilla y plegarias. Pero a Ona le ha venido otra cosa a la cabeza. ¿Y si los hombres a los que han encarcelado no son culpables?, pregunta.

Pero Leisl Neustadter sorprendió a uno de ellos, dice Neitje. ¿No es verdad?

Es cierto, dice Salome, así fue, pero sólo a uno, a Gerhard Schellenberg, que fue el que dio el nombre de sus compinches.

Pero ¿y si mentía?, pregunta Ona.

¿Por qué iba a mentir?, pregunta Greta.

Agata reprende a Greta: ¿Preguntas por qué una persona que no tiene reparos en agredir a niñas durmiendo mentiría al respecto? No me parece una pregunta legítima.

Bueno, dice Salome, legítima es, pero posiblemente también retórica. Los hombres que Gerhard nombró eran los mismos que llegaban tarde a trabajar por las mañanas en el campo, y se les veía siempre cansados, con ojeras muy marcadas.

Eso son sólo habladurías, conjeturas, replica Ona. Que uno llegue tarde a trabajar por las mañanas con ojeras no significa que se haya pasado la noche despierto colándose en casas y agrediendo a mujeres.

Pero la cuestión, dice Salome (Mariche suspira, como diciendo: «Ya está otra vez Salome con sus cuestiones y su dedo admonitorio»), es que eso no tiene nada que ver con que las mujeres nos vayamos o no de Molotschna. Sabemos que nos agredieron hombres, o por lo menos un hombre, Gerhard, y probablemente hombres, y no fantasmas, demonios ni Satán. Sabemos que no nos hemos imaginado esas agresiones. Y que no nos está castigando Dios por tener pensamientos impuros o cometer actos impuros.

Mariche la interrumpe: Pero está claro que hemos tenido pensamientos impuros, ¿no?

Las demás mujeres asienten: Por supuesto.

Salome ignora a Mariche y prosigue. Sabemos que estamos magulladas, infectadas, embarazadas, aterradas, locas y algunas hasta muertas. Sabemos que debemos proteger a nuestros hijos. Sabemos que si continúan estas agresiones nuestra fe se verá amenazada porque nos volveremos seres furibundos, homicidas e incapaces de perdonar. ¡Independientemente de quiénes sean los culpables!

De acuerdo, Salome, gracias, siéntate por favor, dice Agata tirándole de la manga. Me gustaría añadir que ya hemos establecido también que queremos tiempo y espacio para pensar...

Salome interrumpe: Y que queremos y necesitamos que se nos reconozca el derecho a pensar independientemente, dice.

O, dice Mejal, pensar simplemente. Pensar y punto, nos reconozcan el derecho o no.

Sí, dice Agata, y ésa es otra razón para irnos de Molotschna, pero no tiene que ver directamente con las agresiones o los agresores.

Pero de forma indirecta desde luego que sí, dice Ona.

Salome, ya más calmada, añade: En fin, que volvemos otra vez a nuestras tres razones para irnos, y siguen siendo válidas: queremos que nuestros hijos estén a salvo, queremos preservar nuestra fe y queremos pensar.

Agata extiende los dedos sobre el tablero de contrachapado, como si quisiera construir un nuevo cimiento. ¿Os parece que sigamos?, pregunta.

Pero, interviene Mariche, si hay alguna posibilidad de que los hombres presos sean inocentes, ¿no deberíamos, como miembros de Molotschna, unir nuestras fuerzas para asegurar su libertad?

Salome estalla: ¡Nosotras no somos miembros de Molotschna!

Las demás mujeres retroceden en el sitio y hasta el sol se refugia tras una nube.

Greta, dice, ¿tus queridas Ruth y Cheryl son miembros de Molotschna?

No, miembros no, dice Greta, aunque...

Salome la interrumpe. ¡Nosotras tampoco somos miembros!, repite. Somos las mujeres de

Molotschna. Toda la colonia de Molotschna está construida sobre la base del patriarcado (nota a la traducción: Salome no ha utilizado la palabra «patriarcado», la he introducido yo en lugar de su imprecación, de origen desconocido y que podría traducirse libremente como «hablando con flores»), donde las mujeres viven toda su vida mudas, sumisas, como siervas obedientes..., animales. Se supone que hasta los niños de catorce años pueden darnos órdenes, determinar nuestro futuro, votar para que nos excomulguen, hablar en los entierros de nuestros bebés mientras nosotras guardamos silencio, interpretar la Biblia por nosotras, guiarnos en la oración, ¡castigarnos! Mariche, nosotras no somos miembros de nada, somos mercancía. (Otra nota a la traducción en relación con el concepto de «mercancía»: situación similar a la arriba mencionada).

Salome prosigue: Cuando nuestros hombres nos han usado y desgastado hasta que parece que tenemos sesenta años y en realidad apenas hemos cumplido los treinta, y se nos caen literalmente los úteros del cuerpo sobre los suelos de nuestras cocinas immaculadas, cuando estamos acabadas, recurren a nuestras hijas. Y si pudieran vendernos a todas al mejor postor, lo harían.

Agata y Greta intercambian una mirada. Greta cierra los ojos, se lleva una mano a la mejilla, con sus nudillos artríticos sobresaliendo como los anillos de un rey Tudor.

Pero, dice Agata, Mariche está planteando una cuestión pertinente. ¿No deberíamos, incluso como mujeres de Molotschna, solidarizarnos y pedir la liberación de nuestros hombres acusados en falso, si es que éste es el caso?

Salome gruñe entre dientes.

Ona se apresura a intervenir para decir que eso plantea otra cuestión. Es posible que los hombres presos no sean culpables de las agresiones, pero ¿no son culpables de no haber detenido las agresiones? ¿No son culpables de haber sabido que se estaban produciendo y no haber hecho nada?

¿Cómo vamos a saber nosotras si son culpables o no?, dice Mariche.

Pero sí que lo sabemos, replica Ona. Sabemos que las condiciones de Molotschna las han creado los hombres, y que estas agresiones las han propiciado (incluso la concepción de esos actos, la planificación de esas agresiones, la lógica tras esas agresiones en la mente de los hombres) las circunstancias de Molotschna. Y esas circunstancias las crearon y las decretaron los hombres, los ministros y Peters.

Agata asiente. Sí, eso lo sabemos.

(Autje y Neitje intercambian una mirada. Me figuro que es una idea nueva para ellas, pero están dispuestas a aceptarla como un hecho indiscutible si eso significa avanzar, si significa menos hablar y más actuar).

Agata añade: Pero sigue estando la cuestión del tiempo. Nos queda muy poco. Hay algunos aspectos de nuestra partida que no podemos resolver por las limitaciones de tiempo. Tendremos que dejarlas de lado por ahora y volver a ellas más adelante. De momento la culpabilidad o inocencia de los hombres presos no puede asegurarse, o tal vez nunca sea posible, igual que tampoco nuestra decisión, en cuanto a si irnos o no, puede depender de la culpabilidad o inocencia de los hombres presos. Hemos establecido nuestras tres razones para irnos basándonos en el amor y la paz y en el cultivo de nuestras almas, las que Dios nos ha dado, y la culpabilidad o inocencia de los hombres presos no tiene correlación directa con esas razones. ¿Podemos estar de acuerdo en eso?

Las mujeres se quedan pensativas. Algunas asienten con aplomo (Salome, Mejal y Autje), mientras que las demás siguen quizá perdidas en sus pensamientos, entre cuestionamientos y

preguntas. (He de precisar que las mujeres conocen a todos los hombres presos o están emparentadas de algún modo con ellos).

¿Y bien?, pregunta Agata. La mitad estamos de acuerdo. ¿Y las demás? Esto es una democracia, al fin y al cabo.

¿Una qué?, pregunta Autje.

Tres mujeres más asienten con la cabeza: Sí, sus razones para irse no están reñidas con la culpabilidad o la inocencia de los hombres presos. Sólo queda Mariche por responder.

Bueno, dice Salome, somos siete de ocho, es suficiente, el tema queda zanjado.

Pero un momento, dice Mariche, ¿no estáis sugiriendo que los agresores son tan víctimas como las víctimas de las agresiones? ¿Que todos, hombres y mujeres, somos víctimas de las circunstancias sobre las cuales se creó Molotschna?

Agata se queda callada por un momento. Luego dice: En cierto sentido, sí.

Entonces, dice Mariche, aunque el tribunal los declarara culpables o inocentes, ¿después de todo serían inocentes?

Sí, contesta Ona, yo diría que sí. Peters dijo que esos hombres, los abusadores, son el Mal, pero eso no es verdad. Es la búsqueda de poder, por parte tanto de Peters y los ministros como de los fundadores de Molotschna, la culpable de esas agresiones, porque en esa búsqueda de poder necesitaron poseer a aquellas sobre las que tenían poder, que somos nosotras. Y les han enseñado esa lección de poder a los niños y los hombres de Molotschna, y los niños y los hombres de Molotschna han sido unos alumnos estupendos... en esa asignatura.

Pero, dice Mejal, ¿en cierto modo no queremos todos poder? Está encendiéndose una cerilla tras otra porque se le apagan cuando las acerca a la punta del cigarro. Lo repite con paciencia.

Sí, dice Ona, yo también lo creo así, aunque no lo tengo claro.

Ah, dice con sarcasmo Mariche, ¿el poder es otra de esas cosas en las que no crees? Aparte de la autoridad y del amor...

Yo nunca he dicho que no crea en el amor, explica Ona, sólo que no tengo claro lo que significa con exactitud. De todas maneras, lo que he dicho antes es que no creo en la seguridad que tú dices que trae el amor.

Tú nunca sabrás lo que es la seguridad, replica Mariche, por culpa de la *narfa*.

Eso es verdad, dice Ona. Parece tranquila, pensativa. En cierto modo es liberador, añade.

Agata vuelve a impacientarse. Ona, dice, el amor es otro tema para otro momento.

¿Y la seguridad?, dice Ona.

Greta la interrumpe: ¿No es ése el tema siempre?

¿El qué es el tema siempre?, pregunta Agata.

El amor, dice Greta.

¿Cómo puede algo que es siempre el tema, y es eterno, ser también incognoscible... o, al menos, según dice Ona?, replica Mariche.

(Aunque lo apunto en un aparte, esto me recuerda a una frase de Montaigne: «Nada se cree con mayor firmeza que aquello que se conoce menos».[6] En el comedor de la cárcel tuvieron colgada durante un tiempo una imagen bordada de estas palabras, ignoro la razón).

Mejal ha conseguido encenderse el cigarro. Bueno, eso es lo que lo hace eterno, Mariche, dice. Una vez y otra y otra. Suelta un poco de humo entre cada «otra». Cuando sabemos algo, dejamos de pensar en ello, ¿no?

Eso es una ridiculez, dice Salome. El conocimiento fluye, cambia, los hechos cambian y se convierten en «deshechos».

Neitje y Autje se ríen al oír aquello, puede que por los nervios o el agotamiento. Luego se apresuran a disculparse.

Pero ¿de verdad, dice Salome, estás diciéndome que paras de pensar en algo cuando tienes la impresión de que ya lo sabes? ¿Tú estás bien de la cabeza?

Mejal vuelve a soltar el humo. Le dice muy tranquilamente a Salome que se vaya a tomar por culo.

¡Orden!, grita Greta.

Salome la ignora y se lanza en una diatriba en la que afirma que ni siquiera cree en la eternidad, que nada es eterno. De hecho, dice, yo ya no creo que vaya a vivir para siempre. El tono es desafiante, un lance, pero las mujeres no muerden el anzuelo.

(Un apunte a modo de contexto: hace varios años se extendió un rumor desde Chortiza. Contrataron a un obispo suplente para que se encargara de la iglesia mientras el obispo de siempre yacía moribundo en cama y los ministros elegían uno nuevo de su colonia. Este obispo suplente provenía de algún punto de Norteamérica y tenía una esposa que no se trenzaba el pelo. Según se cuenta, aseguró ante los feligreses que no creía en la existencia literal del Cielo y el Infierno. Incrédulos y alarmados, algunos miembros de la congregación lo echaron de la colonia. Pero no antes de que ese obispo suplente los desafiara. Les dijo que no sólo no creía en la existencia del Cielo y el Infierno, sino que además pensaba que tampoco lo creía ningún miembro de la congregación, al menos no de verdad. Pidió que los feligreses levantaran la mano: ¿Quién hoy de los aquí presentes tiene un hijo irredento, un niño rebelde que ha abandonado la colonia o ha asegurado que no es creyente? Se alzaron varias manos. El obispo suplente dirigió entonces su siguiente pregunta a esos individuos que habían levantado la mano. Si queréis a vuestros hijos y creéis que, cuando mueran, arderán literalmente en las llamas del Infierno para los restos, ¿cómo podéis estar aquí en este templo tan tranquilos? ¿Cómo podéis ir a vuestra casa y disfrutar de un buen almuerzo, con *vreninkje* y *platz* preparados por vuestra mujer, y luego acomodaros en vuestra cálida cama con un edredón de plumas para una relajante *maddachschlop* -«siesta»- sabiendo que vuestros hijos pronto arderán en el Infierno, gritando en agonía, en un dolor eterno? Si realmente lo creyeráis, ¿no estarías haciendo todo lo que estuviera en vuestras manos por conseguir que se arrepintieran, que aceptaran a Jesucristo en su corazón, que les concedieran el perdón? ¿No estaríais recorriendo la tierra entera para encontrar a vuestros hijos descarriados, los que se han ido de la colonia, o a aquellos que les han obligado a irse, esos que vagan por el desierto de la leyenda, los que están condenados a ser pecadores, pero siguen siendo vuestros hijos, carne de vuestra carne, vuestros niñitos queridos?

Al final lograron silenciar a aquel obispo suplente y lo obligaron a abandonar la colonia. Los feligreses estaban de acuerdo en que era mejor no tener iglesia que aquella blasfemia inmunda. Sin embargo, desde ese día la idea de la no existencia del Cielo y el Infierno se ha apoderado de algunos menonitas -y no sólo en Chortiza, también en Molotschna-, y suele utilizarse como catalizador para la provocación.

Me pregunto qué pensará Peters al respecto. Sobre niñitos queridos, sobre la eternidad. Y los padres pródigos).

Bueno, dice Agata con calma, si no crees en la vida eterna, entonces será mejor que nos demos prisa. Estarás de acuerdo en que no nos sobra el tiempo, ¿no?

Ona dice que le gustaría hablar un poco más sobre el poder. El obispo y los ministros de Molotschna se han adueñado del poder sobre los hombres y las mujeres corrientes de la colonia, afirma, y los hombres corrientes se han adueñado del poder sobre las mujeres corrientes de la colonia, y las mujeres corrientes de la colonia se han adueñado del poder sobre... Ona hace una pausa. Las mujeres no hablan.

Nada, dice Ona, salvo nuestras propias almas.

Pero eso es una blasfemia, protesta Mariche, sí, como tú dices, las almas son la manifestación de Dios. No podemos tener poder sobre Dios. Además, ¿de dónde surge ese deseo de poder? ¿No es de lo más natural? Hasta los cochinos en su porqueriza inmunda tienen una jerarquía.

Pero nosotras no somos cerdos, dice Ona. ¿Es que no podemos ser distintas? ¿Crees que evolucionamos desde los animales o que fuimos creadas a imagen y semejanza de Dios?

Ona, dice con tacto Agata, esa pregunta sí que es una ridiculez. Ya sabes la respuesta.

(Un apunte: A mí tampoco me queda muy claro qué piensa Agata, aunque doy por sentado que se decanta por lo último, que la mujer fue creada a imagen y semejanza de Dios).

Ona prosigue: Lo uno es probable, y seguramente más fácil de concebir, pero ¿no es bonito lo otro, tan esperanzador?

(Autje y Neitje se miran de reojo, tan confundidas como lo estoy yo. Sus miradas dicen: ¿De qué habla ahora Ona?).

Lo que quiero decir, dice Ona, es que, si nos crearon a imagen y semejanza de Dios, eso significa que podemos alojar un alma, poseerla y estar a su servicio. El poder que tenemos es rendirnos al poder de nuestras almas.

Mariche empieza a decir: Supongo que cuando una ha renunciado a toda consideración práctica de la vida y existe puramente para satisfacer su propia locura...

Salome interrumpe ahora: August, ¿qué piensas tú? ¿A imagen y semejanza de Dios o animales?

¿Animales?, pregunto. ¿Lo dices como...?

Ona se echa a reír, rescatándose una vez más.

Salome abunda: ¡Sí! ¿Crees que nos crearon a imagen y semejanza de Dios o crees que evolucionamos de los animales?

Salome, dice Ona, de una forma o de otra, podemos tener almas.

Le estoy preguntando a August, dice Salome. Responde a la pregunta y punto.

No, dice Agata, ahora no. De lo único de lo que podemos estar seguras es de que existe el tiempo, ¿no? Porque está desapareciendo, y algo que no existe no puede desaparecer. Y sin él, está todo el pescado vendido.

Pero ¿y qué pasa con el Cielo?, pregunta Neitje.

Su pregunta queda ignorada porque hay una persona subiendo por la escalera del pajar. Es Grant. Es un muchacho «simple», como decimos en Molotschna (aunque me hago ya cargo de la ironía al escribir la palabra). Está recitando unos números, al azar, porque le encantan los números, pero odia que los demás los ordenen en ecuaciones reconocibles. Y está «conduciendo» su coche. En Molotschna están prohibido los coches (ni siquiera se permite el caucho en las ruedas de las carretas porque el caucho les permitiría girar más rápido, lo que permitiría a su vez escapar al mundo más rápido), pero a Grant lo dejan «conducir» por la colonia simulando que agarra un volante con las dos manos, así como recitar números sin un patrón reconocible.

Saludamos a Grant. Nos dice que no hay manera de que su padre muera, que debe dejar de comer pan de harina blanca, que tienen que pegarle un tiro. (En este caso la muerte es la recompensa, la opción compasiva. Grant está expresando su ansiedad porque su padre pasó muchos años postrado en cama, sufriendo, y quiso morir, para reunirse con el Señor; pidió que le pegaran un tiro, pero nadie quiso). El padre de Grant murió hace años y Grant vive con Agata, o con otras mujeres de la colonia cuando ella se harta de que no pare de charlar, contar y cantar. (Es uno de los hombres que acompañarán a las mujeres cuando se vayan/si se van).

Grant dice: Seis, diecinueve, catorce, uno.

Muy bien, Grant, son unos números muy bonitos, dice Agata, gracias. ¿Quieres quedarte aquí con nosotras en el pajar, calladito?

Grant nos propone cantarnos. Sale del coche y canta un himno relacionado con el sufrimiento y los demás lo secundamos.

Cuando termina, le damos las gracias y dice que de nada. Vuelve a su coche y conduce por el pajar, toca la bocina un par de veces y luego se va diciendo doce, doce, doce...

Autje grita: ¡Trece!

Y las demás le mandan callar.

6 DE JUNIO

AUGUST EPP, POR LA NOCHE, ENTRE ASAMBLEAS

Ha habido un incidente. Las mujeres y los niños han salido del pajar. Me he quedado aquí solo, para terminar rápidamente las notas del día.

Las jóvenes, Autje y Neitje, salieron las primeras para ver cómo estaban los terneros recién nacidos. Luego, mientras las demás mujeres estaban riéndose de no sé qué, Autje y Neitje han regresado al pajar seguidas de Klaas, el marido de Mariche.

Autje ha pegado una voz mientras subían por la escalera: ¡Ya ha vuelto papá! Ha puesto un tono alegre de voz. Ha subido muy lentamente, obligando a Klaas a esperar tras ella en la escalera.

Cuando los hemos visto aparecer, Autje y Neitje estaban visiblemente nerviosas y apesadumbradas. Ha quedado claro que no habían tenido más opción que traer a Klaas hasta las mujeres.

El anuncio de Autje me ha servido de aviso y me ha permitido el tiempo justo para esconder mis papeles y bolígrafos bajo la mesa. Ona ha pegado un tirón del envoltorio del queso colgado en la pared con los pros y los contras de las distintas opciones y lo ha guardado también bajo el tablero de contrachapado.

Cuando por fin ha aparecido, Klaas ha exigido saber para qué se habían reunido las mujeres en el pajar.

Mariche ha intentado hablarle, calmarlo. Estábamos con las colchas, le ha dicho.

Klaas me ha mirado y se ha reído. ¿Y a ti te estaban enseñando también a coser?, me ha preguntado. Vaya, por fin una habilidad útil para August, que es un *dummkopf* en el campo.

Las mujeres han secundado las risas, nerviosas.

Sí, he dicho siguiéndole la corriente, quería aprender a coser con hilo para poder darles puntos a mis alumnos si hay algún accidente y se cortan jugando.

Klaas ha repetido la palabra «alumnos» y ha vuelto a reírse. Ha olisqueado el aire. Me ha preguntado si no podía tener un poco más de luces en vez de estar fumando en un pajar.

Mejal ha abierto la boca para hablar pero, antes de que pudiera decir algo, yo me he disculpado en voz alta ante Klaas. Es la última vez que se fuma aquí, le he asegurado.

August está aprendiendo a coser, ha dicho, divertido. Me ha preguntado si tenía claro qué tenía entre las piernas.

Sí, claro que sí, he respondido. (Sonriendo y desollándome el cuero cabelludo).

Hum, ha dicho Klaas, yo no lo tengo tan claro. A lo mejor deberíamos echar un vistazo.

Klaas, por favor no hables así delante de Julius y Miep, ha intervenido Mariche.

Y entonces de golpe le ha cambiado el humor y se ha enfadado mucho y ha empezado a preguntar qué hacía allí su mujer, por qué Nettie (Melvin) Gerbrandt estaba cuidando de los demás niños y dónde estaba su *faspá*. Sólo me miraba a mí mientras hablaba. Me ha dicho -porque soy hombre, un medio hombre, apenas digno de recibir esa clase de noticias sobre tratos comerciales- que Anton, Jacobo y él habían vuelto de la ciudad para llevarse más animales y venderlos para el dinero de la fianza.

El juez está esperando, me ha dicho. ¿Quién tiene la llave de la cooperativa?

No lo sé, he respondido. (Aunque sí que sé dónde están las llaves de la cooperativa: están colgadas en el cuarto de arreos de Isaac Loewen, el encargado de la cooperativa, y le he pedido para mis adentros a Dios que me perdonara, y, si no, me fulminase con un rayo allí mismo).

¿Dónde están los tusones?, ha preguntado Klaas. ¿Por qué no están en el establo?

No sé, he respondido. (También esto lo sé: Autje y Neitje los soltaron en el campo y están pastando al lado del arroyo Sorgo. De nuevo he suplicado ser perdonado o morir en el acto. ¿Puedo asumir que he sido perdonado puesto que a todas luces parece que sigo con vida?).

Autje y Neitje, que estaban detrás de Klaas, han hecho gestos a las demás mujeres para dar a entender que habían sacado los tusones a pastar.

Greta, suegra de Klaas, ha intervenido: Había muchos caballos enfermos, le ha contado, y mientras él estaba en la ciudad, vino el veterinario de Chortiza y recomendó que los caballos estuviesen en cuarentena unas dos semanas para que no se extendiera la infección.

Klaas la ha ignorado y en cambio me ha dicho a mí: Peters me ha ordenado que lleve por lo menos doce caballos a la subasta.

Sí, ha dicho Greta, pero sólo vas a poder llevarte caballos enfermos. Te pueden multar por llevar caballos enfermos a la subasta.

Id a buscar los tusones, les ha dicho a las muchachas, son demasiado jóvenes para ponerse malos. Buscádmelos y atadlos.

Autje y Neitje han vuelto a bajar por la escalera.

He visto tu tiro en el patio de la granja de Earnest Thiessen, ha dicho Klaas. A mí me han parecido sanas, con los ojos claros y el pelo brillante.

Greta ha asentido. Sí, ha dicho, porque tienen ya una edad que les impide contagiarse de la enfermedad que afecta a los demás caballos.

Klaas ha dicho: Bah, *oba*. Ha rechazado el argumento de la edad a pesar de que acababa de mencionar que los tusones no eran lo suficientemente mayores para enfermar. Ha escupido al suelo. Luego le ha preguntado directamente a Greta: ¿Por qué estaban las mujeres en el pajar de Earnest Thiessen?

Greta ha respondido: Como teníamos que estar cuidando de Earnest, llevándole comida, decidimos ponernos a coser aquí en el pajar porque así podíamos ir a verlo a cada tanto. Sabíamos que a él no le importaría y no nos venía mal tener más espacio.

¿Tan senil está Earnest que no sabe que hay una panda de cotorras cosiendo colchas en su pajar?, ha preguntado Klaas.

Greta ha asentido.

¿Y dónde está la colcha?, ha preguntado Klaas.

Acabamos de terminarla, ha dicho Agata. Han venido a recogerla los hermanos Koop para llevarla a la cooperativa.

Yo no veo ninguna mesa de coser en el pajar, ni ningún resto de tela, ha dicho sin subir el tono Klaas. Ni tampoco he visto a los hermanos Koop ni la carreta de los hermanos Koop en la carretera que va de Molotschna a la cooperativa.

Ya hemos terminado de limpiar y estábamos a punto de ir a casa para hacer la *faspa*, ha explicado Agata. ¿No tienes hambre?

Greta ha intervenido para decir que los hermanos Koop habían mencionado que iban a ir por otro camino alternativo, por unas tierras en barbecho.

Y la sala de las colchas la estamos usando para hacer las conservas, ha dicho Ona. Es temporada de capulines. La mermelada va a estar riquísima sobre las tostas recién horneadas.

Klaas no ha mirado a Ona ni se ha hecho eco de nada de lo que ésta ha dicho. Ona es un fantasma para él, o ni eso, por su *narfa*, su condición de solterona y el bulto de su barriga. Me he dado cuenta de que a Ona le sienta muy bien ser un fantasma.

Yo cuando he pasado por la cooperativa la he visto cerrada, ha dicho Klaas, y no había nadie.

Entonces es que no habrían llegado todavía los hermanos Koop, ha dicho Salome.

¿Los hermanos Koop tienen llave?, ha querido saber Klaas.

Y yo qué sé, ha contestado Salome.

Necesito la llave para entrar en la cooperativa y coger el dinero de la caja fuerte para llevárselo a Peters, que está en la ciudad.

Salome ha dicho: Entonces Peters tendría que haberte dicho dónde estaban las llaves.

Cállate, anda, la ha cortado bruscamente Klaas.

Me ha mirado entonces y ha dicho: Neitje me ha contado que las mujeres estaban en Chortiza, asistiendo en un parto.

Y hemos estado, ha contestado Salome. Ha habido complicaciones. Vamos a tener que volver.

Klaas seguía con la mirada clavada en mí. Tus responsabilidades están aquí en Molotschna, ha informado a Salome.

Tengo muy claras cuáles son mis responsabilidades, ha contestado Salome.

No te estoy hablando a ti. Tú calla, ha repetido Klaas.

Pero sí que me estás hablando. ¿Acabas de decirme cuáles eran mis responsabilidades o no?

Klaas ha vuelto de nuevo su atención a Greta. Y a tus yeguas me las voy a tener que llevar, le ha dicho.

¿A Ruth y Cheryl? No, ¡no puede ser!

Klaas ha dicho que no le quedaba más remedio que llevarse a Ruth y Cheryl. Les ha dicho a las mujeres que deberían ir de vez en cuando a sus casas, a ordeñar sus vacas, con sus críos, y a preparar la comida.

Pero están viejas, ha dicho Greta. ¿Qué voy a hacer yo sin mis yeguas?

Quedarte en tu casa, ha respondido Klaas.

Luego le ha dicho a Julius que se fuera del pajar y volviera a casa con él. Y ha ordenado a Mariche que recogiera al resto de los niños que estaban con Nettie/Melvin. (Klaas y Mariche tienen muchos hijos, aunque no tengo muy claro cuántos exactamente. Todos tienen el pelo blanqueado por el sol y cuando pasan corriendo por el patio al atardecer parecen luciérnagas o vilanos de dientes de león flotando al viento).

Salome ha sido la última en salir del pajar. Se ha quedado un rato más con Miep, admirando el imperio que había construido su hija con las boñigas, mientras las demás mujeres bajaban la escalera, desde el pajar hasta sus quehaceres terrenales.

Ona ha tenido que ayudar a Agata a poner los pies en los travesaños porque ni se los sentía, como efecto secundario del edema. Mientras bajaban así, Agata se reía y le ha besado la coronilla a su hija. Respire y vaya más despacio, le ha dicho Ona. Le ha recordado a Agata la costumbre que tiene de contener la respiración cuando realiza algún esfuerzo, y moverse luego muy rápido, demasiado, hasta que acaba la acción y puede volver a exhalar.

Agata ha vuelto a reír.

No se ría mientras esté en la escalera, le ha advertido Ona. Concéntrese, madre. (He querido contarle a Ona que el patrón de respiración de Agata cuando hace esfuerzo me recuerda a un globo que pellizcan por la punta para que no se desinflen y luego sueltan para que el aire escape de golpe, formando ruido. Pero estas mujeres nunca han visto un globo; si acaso, como mucho, han visto las vejigas de cerdo infladas que utilizan los críos de Molotschna a modo de balones cuando Peters no está en la colonia y pueden jugar libremente. Ha pasado el momento).

Agata ha conseguido por fin bajar la escalera y he oído cómo le decía en voz alta a las mujeres que tendrían que empezar bien temprano por la mañana con la siguiente colcha, justo después de ordeñar.

También he oído que Mariche le preguntaba a Klaas por qué le había dado tantas cerezas a Julius, que ahora le dolía la barriga. Klaas se ha reído. Luego le ha gritado a Salome que se diera prisa.

A lo que Salome le ha respondido a voces: Ah, ¿me estás hablando a mí? Sus movimientos lentos, glaciales.

Le he ofrecido ayuda para bajar a Miep por la escalera, pero la ha rechazado. Eso ha sido cuando nos hemos quedado a solas un momento en el pajar. He aprovechado para decirle que la llave de la cooperativa estaba en el cuarto de arreos de Loewen, en un clavo encima de un bloque de sal azul.

Perdóname por mentir, he dicho.

Salome ha fruncido el ceño.

Le he preguntado si sabía cómo guiarse por las estrellas, si sabía cómo encontrar la Cruz del Sur.

Me ha sonreído y ha negado con la cabeza.

Ahora es la hora de cenar, le he dicho, así que, mientras los hombres y mujeres de la colonia están en sus casas, voy a ir a por la llave de la cooperativa y voy a coger la caja fuerte. No sé el código para abrirla, pero cogeré la caja entera y la esconderé. Le he dicho que así las mujeres podrán llevársela cuando se vayan de Molotschna, en caso de irse, y encontrar luego a alguien que las ayude a abrirla en un sitio distinto, en otra parte.

O a lo mejor Benjamin puede darme un cartucho de dinamita, le he dicho, de esos que utiliza para espantar los caimanes del arroyo Sorgo. Podríaís utilizarlo para saltar por los aires la caja.

¿No sería más fácil, ha susurrado Salome, averiguar el código?

Le he suplicado que por favor no intentara eso. Y le he vuelto a pedir que me perdonara, y que se fuera luego rápidamente a acometer sus faenas para no levantar sospechas.

Ha sido entonces cuando Salome ha dicho mi nombre.

August, me ha dicho, ese dinero es nuestro de todas formas. No hay nada que perdonar. Ha bajado las escaleras con Miep en brazos y ha salido a paso ligero del granero.

Volví a ver a Ona más tarde, en la vereda de tierra al lado de mi cobertizo. Brillaba la luna.

Yo había salido a por capulines para tomarme un tentempié nocturno, porque Ona había mencionado antes que era temporada, y me había manchado con jugo de cerezas la camisa. Volví al cobertizo, me cambié de ropa y cogí la camisa manchada y fui al lavadero para dejarla en el cubo del remojo nocturno. Cuando estaba saliendo del lavadero, oí que una mujer decía mi nombre. Otra vez. Dos mujeres distintas en un solo día diciendo mi nombre. Qué algarabía de emociones me despertó por dentro.

Esa segunda vez era Ona. Estaba sentada en el tejado bajo del lavadero, mirando las estrellas. ¡August!, dijo.

Levanté la vista.

Vente a sentarte conmigo.

Subí por el barril del agua y me senté a su lado, en la noche. Los dos solos. Me temblaban las rodillas.

Me preguntó por qué estaba en el lavadero y se lo dije. Luego nos quedamos callados.

Al rato le pregunté a Ona si ella sabía lo de la Cruz del Sur. Le señalé la constelación de estrellas brillantes.

Claro que sí, me dijo, y rio.

Le dije que las mujeres y ella podrían utilizar la Cruz del Sur, también conocida como la Crux, para orientarse.

Sólo tienes que cerrar el puño derecho así, le dije, y le cogí la mano, se la cerré en un puño y lo levanté hacia las estrellas. Tenía el brazo rígido, el puño cerrado, como una luchadora por las libertades.

Ahora alinea tu primer nudillo con el eje de la Cruz, le dije. Le sostuve la mano, la muñeca. Sentí la magnificencia de Dios, y una gratitud abrumadora. Sentí un vuelco en el estómago. Mis plegarias habían sido respondidas.

Ahora, la punta del pulgar, así, indicará el sur.

Ona sonrió, asintió y aplaudió.

¿Se lo puedes enseñar a las demás?, le pregunté.

¡Claro que sí!, repitió. Haremos una clase de orientación.

Ona, dije.

Me miró, sonriendo aún.

¿Ya sabías ese truco?

Se rio, asintió, dijo que claro que sí.

Yo también sonreí, cortado. Le dije que ojalá hubiera algo que pudiera contarle que ella no supiera.

Sí que lo hay. Cuéntame por qué fuiste a la cárcel.

Por robar un caballo, admití.

Ona asintió con solemnidad, como si ya lo sospechara.

Luego se lo expliqué todo. En Londres, después de que mi padre desapareciera y mi madre

muriera, me quedé sin un sitio donde vivir. Estaba en la universidad, estudiando un módulo de Historia, y sufrí un trastorno nervioso. Dejé los estudios (la Ilustración) y me uní a un grupo de anarquistas, artistas y músicos que estaban okupando un solar abandonado cerca de Gargoyle Wharf, en Wandsworth, al lado del Támesis. (Allí aprendí a amar a los patos, aunque no a guardarme para mí ese dato risible, sobre todo en la cárcel).

En la cárcel te puedes ganar una paliza importante por hablar de aves semiacuáticas, aunque cuentes sólo un detalle mínimo, le dije a Ona, que estuvo de acuerdo en que tendría que habérmelo guardado para mí.

Pero cuando uno quiere algo en lo más profundo de su ser es complicado guardar el secreto, ¿no?, preguntó.

Murmuré: Sí. La miré de reojo a ella, luego la Cruz del Sur, y luego mis rodillas.

En Wandsworth estábamos muy bien, proseguí. Vivíamos con sencillez, en comunidad. Hice varias construcciones con material de casas viejas que el Ayuntamiento había tirado para hacer una circunvalación. Dábamos conciertos en la ecoaldea, teníamos huertos, nos esforzábamos por llevarnos bien. Éramos cientos, y un día fuimos todos al Hyde Park a protestar contra una ley que acababan de aprobar en el parlamento. Era una ley de enjuiciamiento criminal que permitía al estado imponer multas más altas por conductas «antisociales» como la nuestra. Prohibía las *raves* y las asambleas, e incluso algunos tipos de música que «se caracterizaban por la emisión de una sucesión de ritmos repetitivos». Dibujé unas comillas en el aire mientras se lo contaba a Ona. Conté todo esto con lo que me pareció una voz autorizada. Hablé con acento británico.

Ona rio. ¿Y qué música es ésa?, preguntó.

Tecno, dije. ¿Sabes lo que es el tecno?

No.

Es música de baile electrónica.

Pero entonces, ¿robaste un caballo?

Sí, en la manifestación de Hyde Park. Era un caballo en el que iba montado un agente de policía. El agente había obligado al caballo a cargar contra los manifestantes. Le conté a Ona que otros -había más de cincuenta mil personas allí, por lo que supimos después- habían tirado al policía del caballo y el caballo se había encabritado y, asustado, sin jinete ya, se había puesto a estampar los cascos contra el suelo y a levantarse contra la multitud. Lo monté de un salto y me fui al galope, rodeando la muchedumbre y pasando por detrás de la gente y los demás policías para ir a un estanque con surtidor donde el caballo pudo beber un poco de agua y refrescarse. Hablé con el caballo en lo que esperaba que fuera una voz relajante. Nadie se fijó ni en mí ni en el caballo. Al final me fui montado en él hasta Wandsworth y lo dejé allí conmigo, como un amigo. Se hizo amigo de todos.

De hecho, le dije, le puse Frint de nombre («amigo» en *plautdietsch*).

Frint también nos ayudaba, porque allí se esperaba que todo ser aportara algo. A veces transportaba madera y otros materiales. Estaba estupendamente adiestrado y en forma.

Ona, allí sentada en el tejado del lavadero, ahogaba risas en la oscuridad. Pero ¿te pillaron?, preguntó.

Sí, dije. Al final me arrestaron por robar a Frint. Es un crimen muy grave robarle a un agente de policía.

Y fuiste a la cárcel, dijo, donde es un crimen muy grave admitir que te gustan los patos.

Sí, dije, a la cárcel de Wandsworth.

¿Y fue duro estar en la cárcel?, preguntó Ona.

Sí, no venía nadie a verme. A los demás okupas, mis amigos, los obligaron a irse de aquel descampado y se mudaron, y nunca más volví a ver tampoco a Frint.

¿Te pegaban?, preguntó Ona.

Todos los días.

¿Perdiste la fe?

Muchas veces, respondí. Quise matar a varios de mis compañeros de celda. Y a la mayoría de los carceleros.

¿Tenías miedo?, preguntó Ona.

Siempre, dije. Siempre.

7 DE JUNIO

ACTAS DE LO DICHO POR LAS MUJERES

Es muy temprano aún y el cielo sigue oscuro. No he dormido desde mi charla con Ona en el tejado. He encendido un quinqué para poder ver lo que escribo.

Las vacas ya están ordeñadas, y todas las mujeres, salvo por Mariche y Autje, están en el pajar. Greta da vueltas de un lado para otro y a cada tanto se acerca a la ventana para escrutar la oscuridad. Tiene regular el equilibrio. Se ha caído varias veces en los últimos meses y se ha roto varias costillas y la clavícula. Mejal le ha pedido que se concentre en levantar más los pies cuando sube escalones, en no arrastrarlos para evitar tropezar, pero Greta está muy cansada siempre y el cuerpo le pesa y es evidente que le duele hasta el último hueso.

Agata ha subido los pies sobre el regazo de Ona, que está masajeándoselos, para intentar reactivarle la circulación de la sangre. Ona canta en voz baja «On the Old Rugged Cross», y su madre canta con ella cada dos o tres palabras, aunque está costándole respirar. Salome (Miep no está, ni ningún otro de sus hijos) está trezándole el pelo a Neitje, como ausente, y le aprieta tanto que la joven tiene que pedirle que se apiade de ella.

Me vas a dejar ciega, le dice a su madre/tía.

Salome le repite la pregunta a Neitje: ¿Les dijiste a las demás lo de la reunión?

Neitje confirma que sí.

Salome murmura para dar su aprobación y pregunta cómo han reaccionado las mujeres al anuncio de Neitje.

La mayoría ha accedido a encontrarnos en el establo de los tusones esta noche después de la *faspa*, dice Neitje.

¿Y qué hay del resto?, pregunta Salome.

Las demás no han dicho nada, dice Neitje. Algunas no han querido escuchar. Otras se han ido. Bettine Kreuger ha palmoteado en el aire para espantar pestes imaginarias.

Mejal interrumpe: No te preocupes, le dice a Salome. Los hombres de las mujeres del «No hacer nada» siguen en la ciudad con Peters, y ellas no podrán informarlos del plan.

¿Y si Klaas se ha enterado?, pregunta Salome. ¿Dónde está Mariche, a todo esto?

Klaas no se acordará de nada de lo que le digan, aunque se lo hayan dicho, interviene Agata.

Mejal le pregunta a Salome si Miep está con Nettie/Melvin.

Sí, contesta Salome, pero sigue regular y las pastillas no están haciéndole gran cosa. Sospecho que son para animales, no para personas.

Pero Miep es menuda, dice Mejal, seguro que algo le hacen.

Miep será menuda, dice Salome, pero no es una ternera.

¿Quiere que le cuente el sueño que tuve anoche, madre?, le pregunta Ona a Agata.

Agata tiene la cabeza apoyada en la mano. Dice: Si te soy sincera, Ona, no, no quiero.

Ona sonríe.

Pero a lo mejor luego, dice Agata, que le devuelve la sonrisa a Ona.

August, dice Ona, ¿tú soñaste algo anoche?

Sí, respondo.

En realidad no he soñado nada porque no he dormido (a no ser que mi conversación con Ona en el tejado del lavadero fuera un sueño).

Ona sigue cantando. Luego para. Madre, dice, he soñado que se moría, y en el sueño yo le decía: Pero si se muere, ¿quién va a cogerme si me caigo? Y luego, en el sueño, volvía de entre los muertos, estaba cansada, le dolían los pies, pero estaba contenta de volver una última vez y me decía: Entonces no te caigas.

Las demás ríen.

Cuánto desearía decirle a Ona que yo la cogería si se cayese.

Agata acaricia la mano de su hija. Ona, dice, nacemos, luego vivimos y luego morimos, y después no volvemos a vivir salvo en el Cielo. Donde reina la justicia.

Y el respeto, dice Greta. Lanza los brazos hacia arriba tan repentinamente que parece un árbitro de fútbol americano señalando que han marcado un *touchdown*.

Pues entonces estábamos juntas en el Cielo, dice Ona, en mi sueño.

Pero Ona, dice Mejal, si estabas en el Cielo, tenías mucha gente para cogerte si te caías. Y además en el Cielo no puede una caerse.

Salome dice: Aunque tú serías capaz de tropezarte, con lo torpe que eres. (Noto que a Salome le exaspera el tema).

A no ser que el Cielo sea parte de un sueño, dice Ona, o que los sueños no atiendan a la lógica.

Es que no atienden a la lógica, dice Agata.

No sé, a lo mejor son la experiencia más lógica que podemos tener, replica Ona.

El Cielo es real, dice Mejal, los sueños no.

¿Cómo lo sabes?, pregunta Ona. ¿Y acaso no soñamos con el Cielo? ¿No es el Cielo algo totalmente onírico? Que no necesariamente irreal.

Agata cambia de tema con rotundidad: ¿Dónde está Mariche, pregunta, y Autje? Mirad el cielo, añade, señalando la luz del horizonte.

Mejal esparce pequeños recortes de tela y bobinas de hilo por la mesa para que parezca que las mujeres se disponen a coser colchas.

Por si vuelve Klaas, explica. Cuando termina, se vuelve hacia Salome y le dice en voz baja y preocupada que ha dejado de sangrar.

Salome maldice, y luego bromea sobre quién podría ser el padre.

Mejal levanta su dedo ocre (¡vida secreta!) para callar a Salome.

(He notado que cuando Salome está preocupada o enfadada, le tira de la trenza a Neitje, y la chica se ha hartado ya. Se zafa y asigna la tarea de trenzarle el pelo a su abuela Agata).

Mejal le cuenta a Salome que a Andreas, su marido, le da miedo todos los meses cuando Mejal sangra pero no muere, que lo confunde. Se ríe.

Eso es una exageración, qué ridiculez, dice Greta. Cómo no va a entender Andreas el ciclo de la mujer. (Salta a la vista que no aprueba la falta de respeto de Mejal hacia su marido).

¿Y no se lo has explicado tú a Andreas?, pregunta Salome.

Mejal vuelve a reír. Es más gracioso que se asombre todos los meses, dice.

¿Que se asombre de que no te mueras cuando sangras?, pregunta Ona, ¿Qué se cree, que eres una bruja?

Por fin ha aparecido Mariche y está subiendo por la escalera del pajar. Autje la sigue, y la ayuda.

Greta corre a abrazar a Mariche.

Ona y Agata apartan la mirada.

Salome se levanta. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

Mariche tiene la cara rajada y amoratada. Lleva el brazo en un cabestrillo hecho con un morral. Autje también tiene un moratón en la mejilla con la silueta de cuatro dedos y un pulgar. Ambas ocupan su sitio a la mesa.

Greta pregunta: ¿Se ha ido ya?

Mariche, siempre desafiante, pregunta: ¿Estaría yo aquí si no?

Neitje, con la trenza por fin terminada, va a sentarse al lado de su amiga Autje. No dice nada, no tiene nada que decirle o darle, pero sincroniza su respiración con la de su amiga. Miran al frente, hacia algo que no puedo identificar, no es un espacio vacío. Y guardan silencio.

Entonces empecemos, dice Agata. Ayer fue día de hablar, hoy es día de actuar. Los hombres volverán mañana. ¿Es acertado decir que, más o menos, todas hemos decidido irnos antes de que eso pase? Que hemos descartado las otras opciones de quedarnos y luchar porque somos pacifistas y porque...

Salome interrumpe: Y porque no ganaríamos.

No, dice su madre, hemos descartado quedarnos y luchar porque nuestra fe consiste en unos valores fundamentales y uno de ellos es el pacifismo, y no tenemos patria pero tenemos fe, y nos debemos a nuestra fe, y de este modo nos aseguramos un lugar eterno en el Cielo.

Lo que está muy claro es que esa paz no vamos a conseguirla en Molotschna, me cago en todo, dice Salome, casi como quien escupe.

Salome, por favor, no digas palabrotas, dice Agata. Le sugiere a Salome que en vez de eso haga doce saltos de tijera.

Neitje se ríe.

¿Haciendo doce saltos de tijera lograré la paz en Molotschna?, pregunta Salome.

Mariche, con la cara destrozada, dice: Yo creía que hoy era día de actuar, no de hablar.

Las demás ríen por lo bajo, para complacerla esta mañana y reconocer lo valiente de su humor.

Sí, prosigue Agata, hemos descartado la opción de no hacer nada porque al no hacer nada no estamos protegiendo a nuestros hijos, que Dios nos dio para proteger y alimentar...

Mariche interrumpe: Pero ¿cómo podemos estar seguras de que no padecerán cuando nos vayamos de Molotschna?

No podemos estar seguras, dice Ona, pero sí podemos estar seguras de que padecerán si nos

quedamos. Ona y Mariche se miran.

¿O no?, pregunta Ona.

Mariche no dice nada. Tiene las lágrimas saltadas. Está doblando un trozo de tela en un trozo más pequeño, tirando de los hilos.

Las demás mujeres apartan la vista, hacia la luz que está subiendo por el horizonte y entra ya por la ventana del pajar de Ernie Thiessen.

Apago mi quinqué. Ya hay suficiente luz en el pajar y hoy noto a las mujeres vulnerables, solemnes, heridas y angustiadas. Tengo asimismo la sensación de que Mariche prefiere permanecer en las sombras, sin sentirse interrogada. Fuera, los animales están armando un buen jaleo, y el viento que entra por las ventanas abiertas levanta los mechones de pelo que se han escapado del moño suelto, el moño prohibido, de Ona.

¿Cuántas veces vamos a hacer las maletas y desaparecer en la noche?, pregunta Greta.

Autje y Neitje intercambian una mirada. (Lo entienden de forma literal y sé que es probable que estén pensando: Pero eso no lo hemos hecho nunca, ¿o sí?).

Greta, ¿a qué te refieres?, pregunta Agata.

No es momento para lecciones de historia, dice Mariche. Tal y como yo lo veo, lo que hemos decidido las mujeres es que queremos, y creemos merecer, tres cosas.

¿Cuáles?, pregunta Greta.

Mariche dice: Queremos que nuestros hijos estén seguros. Ha empezado a llorar en silencio y está costándole hablar, pero continúa. Queremos ser fieles a nuestra fe. Queremos pensar.

Agata da una sola palmada y luego deja las manos juntas en el aire y dice: Alabado sea. Greta, convertida de nuevo en árbitro, lanza los brazos por encima de la cabeza.

Las mayores están exultantes. Salome y Mejal sonríen.

Sí, eso es, dice Salome.

Precisamente eso, dice Mejal.

Bueno, no es que sea muy preciso, dice Salome, pero a mí me suena de maravilla. Un comienzo perfecto.

Salome, ¿utilizarías hasta el último aliento que te quedara para corregirme?, pregunta Mejal.

Sí, si fuera necesario, contesta Salome.

A Ona se le han puesto unos ojos enormes, parece en una ensoñación o un trance. Es el principio de una nueva era, dice. Éste es nuestro manifiesto. (Dice «manifiesto» en inglés, pero con la inflexión menonita suena a «mennofasto»).

¿Qué es eso?, pregunta Autje.

Por favor, dirigid todas vuestras dudas a Salome, dice Mejal, que está dispuesta a usar hasta su último aliento para ilustrar a las tontas de sus amigas.

Salome ríe. Yo no te he llamado tonta, Mejal, replica, es sólo que has utilizado la palabra «precisamente» de forma imprecisa.

Mejal se lía un cigarro y sugiere que la torturen a muerte por tamaña infracción.

¿Qué es un manifiesto?, repite su pregunta Autje.

Las demás mujeres fruncen el ceño. Miran a Ona, que sonríe. No estoy segura del todo, dice, pero creo que es una especie de declaración. Una guía.

Ona me mira entonces y me pregunta: ¿Es eso?

Sí, estoy de acuerdo, es una declaración, una declaración de intenciones, y a veces puede ser revolucionaria.

Agata y Greta se miran alarmadas.

No, no, August, dice Agata, no puede ser revolucionaria, nosotras no somos revolucionarias, somos mujeres normales y corrientes, somos madres, abuelas.

Los revolucionarios son soldados, añade Greta, y suelen ir armados con fusiles de asalto, bombas y cosas así. Es lo contrario a lo que somos. (En el seno de la colonia Molotschna toda referencia a la revolución remite a la Revolución Rusa, que se ve como algo que no fue positivo para los menonitas).

Pero ¿estamos dispuestas a morir por nuestra causa?, pregunta Ona.

Neitje y Autje niegan con la cabeza.

Sí, dice Salome, claro que sí.

Neitje y Autje se miran alarmadas, un gesto entrañable por lo parecido que ha sido a las miradas que han intercambiado hace apenas unos instantes sus abuelas.

¿Estáis dispuestas a matar por la causa?, pregunta Ona.

No, dice Salome.

Pero ¿dejarías que te mataran por nuestra causa?, pregunta Ona.

Bueno, en fin, lo ideal sería que no, contesta Salome.

¿Porque no te gustaría convertir en asesina a otra persona, pregunta Ona, o porque valoras tu vida individual por encima de la causa?

No lo sé, responde impaciente Salome, y el tiempo pasa.

Ona lo único que pretende es una lectura precisa de la cuestión, dice Mejal. ¿No es la precisión tu especialidad? ¿A lo que destinarás tu último aliento en este mundo?

Oíd, ya está bien, dice Agata.

Acabo de levantar la mano, muy preocupado, y Agata dice: ¿Sí, August?

Una vez más he pedido perdón por utilizar palabras sin pensar y alentar así debates innecesarios.

Ona vomita en el balde de la leche que tiene al lado. Se disculpa. Luego me mira. Me gusta la palabra «revolucionario», dice. Tiene restos de vómito en la barbilla.

Salome coge un trozo de paja y se lo pasa por la barbilla a Ona mientras le susurra algo con mirada fiera.

Ona asiente y mira a la ventana. Vuelve a asentir. (¿Una pequeña revolución en el seno de una mayor?).

Sigamos adelante, dice Agata. ¿Podemos estar de acuerdo en que lo único que queremos es proteger a nuestros hijos, mantener nuestra fe y pensar? ¿Y en que no somos revolucionarias (ni animales)? ¿Y en que la cuestión de si moriríamos por nuestra causa no es algo que haya que plantearse en este punto puesto que tenemos cuestiones más urgentes que atender?

Sí, dice Mejal, pero yo tengo otra pregunta que me gustaría plantear, y tiene que ver con la exhortación que hace la Biblia cuando dice que las mujeres deben obedecer a sus maridos y someterse a su voluntad. Si queremos seguir siendo buenas esposas, ¿cómo vamos a abandonar a nuestros hombres? ¿Eso no sería desobedecer?

Nuestro primer deber, y el más urgente, dice Salome, es para con nuestros hijos y su

seguridad.

Pero según la Biblia no, dice Mejal.

Nosotras no sabemos leer, dice Salome, así que ¿cómo vamos a saber lo que dice la Biblia?

Qué difícil pones las cosas siempre, dice Mejal. Sí que nos han contando lo que hay en la Biblia.

Sí, Peters, los ministros y nuestros maridos.

Eso es, y nuestros hijos.

¡Nuestros hijos!, dice Salome. ¿Y cuál es el denominador común entre Peters, los ministros y nuestros maridos e hijos?

Seguro que nos lo vas a decir ahora mismo, responde Mejal.

¡Que son todos hombres!

Ya, eso ya lo sé, contesta Mejal, pero ¿quién más podría interpretarnos la Biblia?

Lo que quiero decir, sigue Salome, es que si nos vamos, no estamos desobedeciendo necesariamente a los hombres según la Biblia, porque nosotras, las mujeres, no sabemos exactamente qué hay en la Biblia, al ser incapaces de leerla. Es más, la única razón por la que sentimos la necesidad de someternos a nuestros maridos es porque ellos nos han dicho que la Biblia lo decreta así.

Si tu marido, le pregunta a Mejal, te dice que Dios, en la Biblia, a través de las palabras de los distintos hombres profetas y discípulos, o por las palabras del propio Jesús, te ha dejado claro que él, como tu marido, tiene que pegarte en la cara cuando cuestionas sus motivos (y que también tiene que azotar a sus hijos pequeños con una fusta cuando se dejan la puerta abierta del establo sin querer, y tú tienes que hacer lo mismo), ¿estarías de acuerdo con él?

Mejal da vueltas a los ojos en las cuencas, y de paso al cigarro que se está liando.

¿Asumirías sin más que él sabe que ésa es la ley de Dios?, insiste Salome.

Ona cita el Eclesiastés: «Tiempo de amar, y tiempo de aborrecer. Tiempo de guerra, y tiempo de paz».

Agata arquea las cejas. ¿Para qué te metes en esa discusión?, le pregunta.

La Biblia sugiere que hay un tiempo de aborrecer y un tiempo de guerra, dice Ona. ¿Y nosotras creemos en eso?

Las mujeres guardan silencio.

No, dice Agata, en eso no.

Nosotras aborrecemos la guerra, dice Neitje.

Autje ríe.

Agata sonrío, apreciando el humor de las chicas. Mueve el tronco a izquierda y derecha, y de nuevo a izquierda, una danza sutil que ejecuta cuando valora una broma, como para indicar que la entiende, que es buena.

Mariche dice: Seguramente no me equivoque si digo que hay algunas lagunas en nuestra comprensión de la Biblia. Pero deberíamos seguir adelante. Levanta la barbilla hacia la ventana, al sol, en un gesto rápido.

Estoy de acuerdo en que hay lagunas, dice Salome, pero el problema es algo más acotado que meras lagunas.

¿Estanques quizás?, pregunta Neitje, y Autje ríe por lo bajo.

El tema, continúa Salome, ignorando a Neitje con toda la intención, es la interpretación masculina de la Biblia y cómo se nos «trasmite» a nosotras.

Ona afirma sin más: Sí, nuestra incapacidad para leer o escribir nos pone en gran desventaja en cualquier negociación sobre la interpretación de la Biblia.

Agata da una palmada contra el tablero. Es muy interesante, pero Mariche tiene razón, se nos va el tiempo. ¿Podemos estar de acuerdo en que no nos sentiremos culpa...?

Pero ¿cómo vamos a controlar nuestros sentimientos?, interrumpe Mariche.

Agata prosigue: ¿... por desobedecer a nuestros maridos al irnos de Molotschna, porque no estamos del todo convencidas de que eso sea desobedecer? ¿O de que exista siquiera la desobediencia?

Ah, pero sí que existe, dice Mariche.

Sí, como palabra, replica Salome, como concepto y como acción, pero no es la palabra adecuada para definir nuestra partida de Molotschna.

Podría ser una palabra, dice Mariche, para definir nuestra partida.

Cierto, replica de nuevo Salome, una palabra entre tantas. Pero es una palabra que utilizarían los hombres de Molotschna, no Dios.

Eso es verdad, dice Mejal, Dios la definiría de otra forma, nuestra partida.

¿Y cómo crees que definiría Dios nuestra partida?, pregunta Ona.

Como un tiempo de amar, un tiempo de paz, dice Mejal.

¡Ajá!, exclama Ona, que aplaude llena de alegría.

Salome sonríe.

Mejal está radiante. Agata mueve el tronco a izquierda y derecha.

(Me paraliza un pensamiento: quizá sea la primera vez que las mujeres de Molotschna han interpretado por sí solas la palabra de Dios).

Nos sentiremos angustiadas y nos sentiremos apenadas, y sentiremos incertidumbre y tristeza, pero no culpabilidad, dice Agata.

Mariche corrige: Puede que nos sintamos culpables, pero sabremos que no lo somos.

Las demás mujeres asienten con vehemencia. Mejal dice: Podríamos tener sentimientos homicidas, pero sabremos que no somos asesinas.

Ona dice: Podríamos sentir sed de venganza, pero sabremos que no somos mapaches.

Salome está riendo. Podríamos sentirnos perdidas, dice, pero sabremos que no somos unas perdidas.

Habla por ti, dice Mejal.

Es lo que hago siempre, dice Salome. Deberías probar tú también.

Mejal remeda a Salome, repitiendo sus palabras con voz imperiosa y como de rana.

Una última cosa antes de seguir, dice Greta. Queda la cuestión de reeducar a los niños y hombres. ¿No es algo que también querríamos?

Querer, querer, dice Salome, no exactamente. (Ante esa corrección de Salome, las jóvenes vuelven a hacer como que se suicidan). Reeducar a los niños y hombres es algo que estamos obligadas a hacer si pretendemos preservar el pilar fundamental que supone el pacifismo y la no confrontación para nuestra fe, y al que debemos adherirnos ¡si queremos conocer la paz eterna en el Cielo!

Sí, dice Greta (con un hastío mayúsculo).

Y si queremos proteger a nuestros hijos, dice Ona.

Sí, eso también, dice Greta, que añade: Entonces, ¿no debería formar parte de nuestro plan?

De nuestro manifiesto, dice Neitje, y a Autje se le escapa una risita.

Sí, dice Greta, parte del manifiesto.

Tanto Neitje como Autje sueltan una carcajada. Parece que la palabra «manifiesto» les hace una gracia tremenda.

Salome dice: El trabajo de reeducación es algo que hay que hacer de manera orgánica (¡Orgánica! ¡Anda y que te den!, dice Mejal), mientras criamos a nuestros hijos varones para que sean compasivos y respetuosos.

Salome le tira un trozo de tela enrollada a Mejal, que procede a agujerearlo por en medio con el cigarro y luego mira a través de él a Salome, con un solo ojo oscuro.

Salome se ríe. Cóselo en tu colcha, le dice a Mejal, para que sea más original.

Hablas de nuestra colcha imaginaria, dice Mejal.

Pero ¿y qué pasa con los chicos que se quedan aquí?, interviene Greta.

Salome se pone de pronto solemne. Levanta la mano y pide una aclaración. ¿Hemos establecido ya la edad de corte de los niños a los que les permitiremos venir con nosotras?, pregunta.

Las mujeres callan por unos instantes. Hasta que Agata interviene para decir que ha estado pensando en el tema y que le gustaría proponer una cosa. La cuestión de los niños y los hombres es compleja. Queremos a nuestros hijos, y con nuestras legítimas reservas, también a nuestras maridos, aunque sólo sea porque nos han enseñado a hacerlo.

Confundes amor con obediencia, dice Mariche.

Puede que eso sea cierto en tu caso, Mariche, pero no tiene que ser necesariamente cierto para el resto de mujeres de la colonia, replica Agata. En cualquier caso, debemos amar, o demostrar amor, a todo el mundo. Es el mandamiento más importante de Dios (según la interpretación de los hombres), amarnos los unos a los otros como Dios nos ama a nosotros, amar a nuestro prójimo como nos gustaría que nuestro prójimo nos amara a nosotros.

(Oigo que Salome inspira profundamente).

Autje y Neitje vuelven a apoyar la cabeza en la mesa. Neitje le ha ofrecido a Autje un trozo de embutido que ha estado mascando desde que empezó la reunión.

Autje frunce el ceño, cierra los ojos.

Neitje pone la mano con suavidad sobre la mejilla de su amiga, eclipsando el moratón dejado por la mano del padre.

Agata presenta su propuesta: Todos los chicos menores de quince años deben acompañar a las mujeres.

¿Acompañarnos adónde?, pregunta Mariche.

Mariche, le dice Greta, sabes perfectamente que no sabemos adónde vamos a ir.

Mejal añade: ¿Cómo vamos a saberlo? Nunca hemos salido de Molotschna y no tenemos un mapa, y aunque tuviéramos un mapa no sabríamos leerlo.

Salome pregunta: ¿A qué te refieres con «deben»? ¿Vamos a obligarlos a venirse con nosotras?

Agata prosigue, impertérrita: Los quince son la edad del bautismo, y a los chicos que se han bautizado por la iglesia y son ya miembros de pleno derecho se les considera hombres, y por eso

mismo en estos momentos están en la ciudad con los mayores. Los muchachos menores de quince, y Cornelius, y Grant, están aquí en la colonia. Son como niños porque requieren cuidados especiales. Por supuesto que ¡deben! Nuestro deber y nuestro instinto, nuestro deseo, tal y como hemos establecido, es proteger a nuestros hijos, no sólo a nuestras hijas.

Las mujeres hablan todas a la vez, y de nuevo me veo incapaz de diferenciar una voz de otra.

Por favor, dice Agata, una a una.

¿Qué vamos a hacer si alguno de esos muchachos no quiere irse, si se niegan?, se pregunta Mariche. No podemos echarnos a las espaldas a chicos de catorce años.

Eso es verdad, dice Agata, no podemos obligarlos a venir con nosotras, pero les explicaremos todo lo que hemos debatido aquí en el pajar, por qué pensamos que les conviene venir. Intentaremos «influir» en nuestros hijos.

Autje y Neitje han levantando la cabeza de la mesa.

Neitje dice: Los chicos podrían leer el mapa.

Si tuviéramos uno, dice Autje.

Levanto la mano.

Autje sonrío. ¿Sí, señor Epp?

Les digo a las mujeres que estoy aún en proceso de conseguir el mapamundi que sé que existe en la colonia de Chortiza.

Las mujeres ríen. (No sé por qué).

Ona retoma las palabras de su madre. Que las mujeres de Molotschna decidan intentar influir sobre sus hijos sí que es realmente revolucionario, dice.

No, dice Agata, es instintivo. Somos sus madres, son nuestros hijos. Hemos decidido colectivamente, y atendiendo a los principios de nuestra fe y a la definición, al menos hasta donde sabemos, de amor y paz, y a los criterios para tener una vida eterna en el Cielo, qué es mejor para ellos, y actuaremos en consecuencia según todo eso. Nuestros instintos animales han unido sus fuerzas con nuestros intelectos, que llevan acechando y languideciendo en la sombra demasiado tiempo ya, y con nuestras almas, que son la manifestación de Dios. ¿Qué tiene eso de revolucionario? (A Agata le falta ahora el aire).

¿Se les permitirá quedarse en la colonia a los muchachos que se nieguen a venir con nosotras?, pregunta Mariche.

Por supuesto, dice Agata, encomendaremos su cuidado a las mujeres del «No hacer nada» y a sus padres, que en teoría vuelven pronto..., mañana, sin ir más lejos.

Mejal dice: Pero eso va a ser muy triste.

¡Sí!, dice Agata, será triste, pero la tristeza no podemos evitarla. Y la soportaremos.

Salome, ¿qué crees que hará tu Aaron?, le pregunta Mariche, ¿vendrá?

Salome la ignora y en cambio le pregunta a Agata: ¿Vamos a invitar a los hombres y niños que van a quedarse atrás a unirse luego a nosotras cuando fundemos la nueva comunidad?

No lo tengo claro, dice Agata. Como sabemos, los jóvenes de Molotschna suelen casarse sobre los dieciséis, y es probable que los niños que se queden se casen con chicas de Chortiza o de más allá, puede que de Hiakjeke. (Nota a la traducción: una colonia al norte de Chortiza cuyo nombre significa, en nuestro idioma, «Aquí, mira», en teoría en respuesta a la pregunta «¿Dónde estamos?»). Es probable que no quieran desarraigarse después de eso.

Pero si quisieran unirse a nosotras, dice Mejal, ¿se lo permitiríamos?

Agata se queda callada. Parpadea muchas veces y mira hacia las vigas.

Puede ser, dice Ona, podrían unirse si firman nuestro manifiesto y se adhieren.

Salome dice que teme que el manifiesto pueda alterarse o ir degradándose por culpa de los hombres. Podrían firmarlo solamente para que se les permita volver con las mujeres, pero sin acatar luego sus condiciones.

Mejal se muestra de acuerdo: Y entonces volveríamos al punto de partida, dice.

Escuchad, dice Agata, estamos embarcándonos en un viaje, vamos a iniciar un cambio que hemos interpretado, durante los dos últimos días, como la voluntad de Dios y una forma de abanderar nuestra fe, así como la responsabilidad y los instintos naturales como madres y seres humanos con alma. Debemos creer en esto.

Greta abunda: No sabemos todo lo que va a pasar. Tendremos que esperar para verlo. De momento, hemos hecho nuestro plan.

Ona me pregunta a mí: August, ¿tú crees que Miguel Ángel sabía cómo sería su cuadro antes de pintarlo?

No lo sé, digo.

Mariche dice: Es poco probable.

O una fotografía, dice Ona, ¿sabe la persona que hace la fotografía cómo quedará mientras la está haciendo?

En el caso de la fotografía, digo, el fotógrafo puede que tenga una mejor idea de cómo quedará su obra de lo que el pintor, Miguel Ángel, podría hacerse de la manifestación final de su pintura.

Ona me da las gracias por la explicación. Pues nosotras, las mujeres, somos también pintoras, artistas, dice.

Mariche rebufa. Sí, artistas de la angustia.

Ona me sonrío. Yo le sonrío.

Agata coge de la mano a Ona, que coge de la mano a Salome, que coge de la mano a Mejal, que coge de la mano a Neitje, que coge de la mano a Autje, que coge de la mano a Mariche, que coge de la mano a Greta, que coge de la mano a Agata.

Las mujeres me miran.

Agata suelta la mano de Greta y coge la mía, y yo dejo el bolígrafo y cojo la mano de Greta intentando no apretarle los nudillos hinchados.

Hemos cantado. Ha empezado Agata y luego nos hemos unido todos al canto: las dos mujeres mayores, complacidas; las dos jóvenes, mortificadas, cantando entre dientes; las de en medio, resignadas pero con tino.

Estamos en el pajar de Earnest Thiessen, entre la Tierra y el Cielo, y puede que sea la última vez que oiga cantar a Ona. Cantamos «For the Beauty of the Earth».

For the beauty of the earth,
For the beauty of the skies,
For the Love which from our birth
Over and around us lies:
Christ, our God, to Thee we raise
This our Sacrifice of Praise.

For the beauty of each hour
Of the day and of the night,
Hill and vale, and tree and flower,
Sun and moon and stars of light:
Christ, our God, to Thee we raise
This our Sacrifice of Praise.
For the joy of ear and eye,
For the heart and brain's delight,
For the mystic harmony
Linking sense to sound and sight:
Christ, our God, to Thee we raise
This our Sacrifice of Praise.
For the joy of human love,
Brother, sister, parent, child,
Friends on earth, and friends above;
For all gentle thoughts and mild:
Christ, our God, to Thee we raise
This our Sacrifice of Praise.
For each perfect Gift of Thine
To our race so freely given,
Graces human and Divine,
Flowers of earth, and buds of Heaven:
Christ, our God, to Thee we raise
This our Sacrifice of Praise.[7]

Greta ha sugerido que cantemos otro himno. Pregunta a las mujeres si les gustaría cantar «Nearer, My God, to Thee».

Me emociono, no sé qué me pasa.

Ona está mirándome. Levanto la mano.

Puedes hablar cuando quieras, August, dice Agata, no tienes por qué levantar la mano. ¡Eres el maestro! Ríe.

Las demás se quedan mirándome.

Me ruedan lágrimas por las mejillas. Apenas veo el papel para escribir estas palabras. Me fijo en que Mariche tuerce la boca y aparta la vista. Este medio hombre, de origen dudoso. Autje y Neitje parecen mortificadas por verme llorar como estoy llorando.

Esto es lo que me pregunto para mis adentros: ¿Quiso mi madre una vez a Peters? ¿Fue él en otros tiempos un hombre distinto al que es ahora? ¿Bondadoso? ¿Sería otra clase de persona, si no estuviera atrapado en el crisol de este experimento desquiciante? ¿Es un pecado tener esa esperanza? ¿Sería él capaz de entender mi miedo? ¿Me consolaría? Me obligo a detener las lágrimas concentrándome en la definición de espacio liminal. Me entran ganas de compartir esta definición con Ona, pero quizá ya no vuelva a tener la oportunidad.

En lugar de eso, pregunto a las mujeres si podría contarles un hecho en relación con el himno

que Greta ha sugerido, «Nearer, My God, to Thee».

Salome tuerce el gesto pero dice: Claro, August, pero date prisa, que mira. Señala la ventana, la luz, que se ha convertido de pronto en el personaje principal de la historia, el temible catalizador.

«Nearer, My God, to Thee», empiezo, es la canción que los pasajeros del Titanic cantaron cuando se hundía el barco.

Miro a Ona.

Dice que no conoce ese barco, pero es la canción que también ella elegiría si estuviera en una embarcación condenada a hundirse.

Mariche añade: Y no hubiera ya nada que hacer.

Sí, coincide Ona, y no hubiera ya nada más que hacer.

Ninguna de las mujeres del pajar ha oído hablar nunca del Titanic. Ninguna de las mujeres del pajar ha visto el mar. Me abochorna la atención comedida y cortés que le prestan al dato que acabo de darles. No hablan, asienten, dedicándole al dato la consideración que merece. Qué tormento para mi corazón, titánico. Era un dato pensado para Ona, pero qué necio por mi parte ofrecerles un regalo así, como insinuando que el plan de las mujeres estaba condenado al fracaso. Qué egoísmo el mío.

Greta se apiada de mí y sugiere una vez más que cantemos.

Hemos terminado de cantar «Nearer, My God, to Thee». He deseado con tantas ganas estrechar la mano de Ona en la mía mientras cantaba en vez de las de Agata y Greta... Perdóname, Dios mío.

Ahora hay que ponerse manos a la obra.

Agata insiste en que deberíamos dejar de hablar con flores (una traducción libre de la expresión que ha utilizado en *plautdietsch*). Ha llegado la hora de que las mujeres preparen la partida.

La mayoría asiente. Mariche frunce el ceño pero no dice nada.

Han pasado cosas esta noche, dice Agata, desde que terminó ayer nuestra reunión.

Continúa: Cuando salí a usar el excusado después de la *faspa*, oí un gemido horrible que parecía provenir del otro lado del sembrado que hay al noroeste, cerca de mi casa. Como tengo el edema (hace una pausa y respira, permitiendo que las demás se regodeen y se recreen en el nombre correcto de lo que la aflige), tenía los pies en alto, apoyados en la vieja cunita de Autje, la azulita con los ángeles, la que hizo Kurt antes de que se partiera el espinazo.

No pude levantarme para investigar, continúa, pero sentí que el gemido se acercaba a la casa, cada vez más y más, y oía también caballos y unas ruedas de carreta sobre la grava, hasta que oí que llamaban a mi puerta.

Ona anima a su madre a acelerar la narración aclarándose la garganta y asintiendo enérgicamente, con los ojos bien grandes.

Agata prosigue: Era Klaas.

Les cuenta a las demás que Klaas estaba rabiando por un molar que tenía picado. (Agata lleva siendo la dentista de la colonia desde que su padre, el anterior dentista de la colonia, murió y dejó su instrumental al cuidado de su hija).

Mariche asiente. Sí, dice, eso ya lo sabía. Tenía el aliento cada vez más podrido. Sacude la

mano por delante de la nariz y pone cara de asco.

Salome pregunta: Pero ¿eso fue antes de dejarte los moratones en la cara o después, Mariche?

Mariche da un manotazo, como para apartar la pregunta, y hace señas, con su dedo despuntado, para que Agata continúe.

Agata explica que le dijo que le sacaría el diente picado, pero que antes tenía que anestesiarlo. No puso problema y, justo antes de apretarle el trapo empapado de éter contra la cara, le preguntó si sabía dónde estaban los otros dos hombres, los que habían vuelto a la colonia con él, Yasch (Anton) y Jacobo.

Klaas le contó que estaban emborrachándose con vodka de muérdago, tirados por ahí en algún sembrado en barbecho al lado del establo de los tusones.

Le dije a Klaas que él y los otros bebían demasiado, dice Agata, pero se puso de mal humor y dijo que todo el mundo hablaba siempre sobre lo mucho que bebía, pero nadie hablaba nunca de la sed que tenía.

Mariche resopla. Ésa ya me la sé.

Agata durmió a Klaas y se puso a trabajar en el diente. Se lo quitó rápidamente, dejó al hombre allí inconsciente y fue entonces a la carreta de éste para llevársela hasta la cocina de verano y cargarla con queso, embutido, pan, harina, sal, huevos y agua.

Salome pregunta: ¿Es pan *bracka*?

Agata así lo confirma.

(Nota a la traducción: el *bracka* es un pan deshidratado que se usa en viajes largos. Se remoja o se empapa con agua para ablandarlo y aguanta muchísimo tiempo. Y otra segunda nota: ¿Nos vería Agata subidos en el tejado del lavadero a Ona y a mí?).

Agata regresó a su casa, descargó las provisiones, las guardó en su dormitorio y esperó a que Klaas se despertara. Cuando éste se disponía a partir, le preguntó a Agata por qué estaban sus caballos empapados en sudor.

Ona interrumpe: ¿Podía hablar con el molar recién sacado?

Sí, dice Agata, se ayudó también de gestos con las manos.

Agata le respondió que, como siempre, seguramente había atizado muy fuerte a sus caballos (Greta murmura: Demasiado fuerte), para llegar a su casa, que la cirugía había sido muy rápida y que a los caballos no les habría dado tiempo de recuperarse.

Salome interrumpe: Bueno, ahora que le han quitado el diente a lo mejor está de mejor humor.

Mariche ladea la cabeza y se queda mirando a Salome.

Lo siento, dice ésta, pero lo decía en serio, era una esperanza.

A lo mejor Salome tiene razón, dice Greta para calmarlas a ambas. Puede que sea menos combativo sin el dolor del diente. Quizá Salome tenga razón.

Me da igual que Salome tenga razón o no, dice Mariche, lo que no me gusta es cuando se cree que tiene razón.

Hay un consenso entre las mujeres sobre este punto. Asienten mirándose las unas a las otras, mientras ponderan la diferencia significativa entre tener razón y creer que se tiene.

Autje rompe el silencio. Nosotras -se señala a sí misma y a su madre- a lo mejor no volvemos a ver a mi padre, dice.

Las demás mujeres se quedan calladas, meditando también al respecto.

Todas las que estamos aquí en este pajar vamos a dejar atrás a miembros de nuestra familia, le

recuerda con tacto Agata. Maridos, hermanos, padres, hermanas, tías y tíos.

Pero no niños, dice Ona.

Algunos sí, la corrige Salome.

Chicos adultos, dice Ona. Ella, al igual que Salome, tiene varios hermanos en la ciudad.

Pero no a todos los chicos adultos, dice Agata.

Eso es verdad, coincide Greta.

Greta le quita el pañuelo a Mariche y le acaricia el pelo. Mariche se reclina para apoyarse en el tierno abrazo de su madre.

Hablemos de nuestra tristeza cuando hayamos concretado nuestro plan, sugiere Agata.

Las expresiones de las mujeres son adustas, sombrías, desoladas y tensas, pero todas dan su aprobación con la cabeza.

Agata recuerda a las mujeres que ha conseguido gran cantidad de provisiones para el viaje, que las cargarán en su carreta por la noche. (Agata es viuda. Su marido, Kurt, murió hace muchos años, según Peters de un susto. El obispo cuenta que Kurt vio al diablo en un claro junto al camino de la milla, al oeste del establo de los tusones, cuando estaba disparando cuervos, los cuervos que le destrozaban el maíz, y murió fulminado en el acto.

Según cuenta Agata -una versión que Ona respalda, pero no así Salome ni los hijos varones de Agata, adultos todos, casados y actualmente en la ciudad-, Kurt se puso la escopeta del 22 contra la sien y se voló los sesos. Dicen los colonos que la *narfa* de Ona siempre había estado latente, cocinándose por dentro, pero no era algo inmanejable hasta que murió su padre. Después de eso, consagró su vida a la excentricidad ensoñada, y, curiosamente, a los datos, y a ese estatus de paria que parece preferir, el de hija del diablo y lastre que Dios le ha dado a la colonia. Yo sostengo que jamás ha existido una presencia más liviana y menos intrusiva).

Agata pregunta a las mujeres qué otros preparativos se hicieron anoche.

Las mujeres hablan todas a la vez. Greta no puede evitar reírse. Les pide a las demás que guarden silencio mientras Autje y Neitje cuentan sus logros.

Autje y Neitje están sonriendo, emocionadas aunque intimidadas, deseosas de compartir sus noticias.

Autje empieza a hablar, luego para y suelta un gemido. El moratón de la cara le duele cuando habla.

Salome alarga el brazo sobre la mesa y le acaricia la mano.

Ona dice: Ay, Autje, *leibchen*, no hables, que lo explique Neitje.

Éste es el resumen del relato de Neitje: anoche, cuando Klaas fue a que Agata le sacara el diente picado, Autje se escabulló de la casa y corrió a por Neitje. (El padre/tío de Neitje, marido de Salome, está en la ciudad con los demás hombres). Ellas dos, las jóvenes, fueron corriendo al establo de Greta y a toda prisa, en total oscuridad, ensillaron a Ruth y a Cheryl y las llevaron hasta la colonia de Chortiza. Allí se encontraron con los hermanos Koop detrás de la iglesia de Chortiza, cerca de un pozo seco que usan para quemar carroña animal, donde los jóvenes de ambas colonias se juntaban a pasar el rato los miércoles y las tardes de los domingos.

Las chicas lograron convencer a los hermanos Koop de que les guardaran las yeguas en su establo para la noche. Quedaron en que por la mañana bien temprano, después de que Klaas se hubiera ido a la ciudad (enfadado, sin Ruth y Cheryl, pero agradecido por que le hubieran extirpado el diente picado), los hermanos Koop devolverían las yeguas a Molotschna, al establo

de Greta. Sus queridas yeguas estarían a salvo y listas para partir con las mujeres en su viaje.

Cuando Neitje termina, la mayoría de las mujeres están sonriendo, asienten valorando el gesto.

Salome, sin embargo, tiene el ceño fruncido. ¿Cómo convencisteis a los hermanos Koop para que ocultaran a Ruth y Cheryl en el establo de su padre?, pregunta.

No nos costó mucho, se apresura a decir Neitje, porque a los hermanos Koop les gustamos. Las jóvenes intercambian una mirada.

¿Y cómo volvisteis a Molotschna si Ruth y Cheryl se quedaron en el establo de los Koop?, quiere saber Salome.

Nos trajeron los hermanos Koop, contesta Neitje en tono desafiante. Nos llevaron en los caballos, detrás, cogidas a sus cinturas.

¿Que les cogisteis las cinturas?, pregunta Salome. ¿Cogidas a sus cinturas?

Neitje asiente, y no aparta la mirada de los ojos de Salome.

¿Qué hicisteis por los hermanos Koop, pregunta, a cambio de que os guardaran a Ruth y Cheryl?

Las jóvenes no responden.

¿Y bien?, insiste Salome.

Agata reprende a Salome. No es asunto nuestro, dice. Lo hecho, hecho está. Las queridas yeguas de Greta están a salvo y las niñas tampoco están tan mal.

Salome persevera. Está enfadada con Neitje, y es de suponer que con Autje. Levanta la voz: Dos viejas yeguas de cría no se merecen que os rebajéis de esa manera.

Neitje murmura algo.

Repite eso, por favor, dice Salome, no te he oído.

Neitje mira a su madre/tía. Dice en voz baja: Tú te has rebajado muchas veces por menos que dos caballos buenos.

¿De qué hablas?, exige saber Salome.

Neitje se queda callada.

Salome repite su exigencia.

Neitje se niega a hablar.

Salome, de nuevo, le exige a Neitje que hable.

Neitje sacude la cabeza, no.

Alzando la voz ya, Salome dice que todo lo que ha hecho en su vida ha sido lo que se le ha exigido para mantener la paz, que Neitje no es nadie para criticar su comportamiento como madre y esposa, que su comportamiento, su sumisión, su propio dolor han impedido que el padre de Neitje violara a la propia Neitje, que...

Agata levanta la mano.

Por fin Neitje habla. Ah, le dice a Salome, ¿y qué tengo, que darte las gracias?

Agata dice en voz baja: Salome, ya está bien, no tenemos tiempo para esto.

Los ojos de Salome son bayonetas. Masculla obscenidades, lanza el dedo al aire, apuñalándolo, se tira de la pechera del vestido, del rectángulo de tela reglamentario que se ponen para ocultar los pechos... Las chicas que no son vírgenes no pueden casarse, dice. Está furiosísima.

Ona tira con suavidad de la manga de Salome y le murmura unas palabras que no logro

distinguir. (Creo que está diciéndole que las leyes de Molotschna no son iguales que las leyes del mundo, que no importa si las chicas son vírgenes o no).

¿Y tú qué sabes del mundo?, le pregunta Salome a Ona.

Yo nada, dice.

Ona ha conseguido tranquilizar a Salome. Tienen las caras a centímetros de distancia, como si Ona estuviera insuflando dulzura, paz, hacia la mente de su hermana enfadada.

Está bien, dice Salome. Pero dime, Neitje, ¿les habéis contado a los hermanos Koop nuestro plan para irnos?

Las jóvenes sacuden la cabeza.

¿Estáis seguras?, insiste Salome.

Ambas asienten. Están seguras.

No somos tontas, dice Neitje.

Yo no estaría tan segura de eso, replica Salome subiendo un poco la voz, ¡dejar que los hermanos Koop se aprovechen de vosotras para salvar dos jamelgas con un pie en la tumba!

Agata interrumpe. Salome, le dice de nuevo, ya está.

Su hija se calla, con la respiración acelerada.

Greta habla a las dos jóvenes: Os estoy muy agradecida, dice, por evitar que vendieran a Ruth y Cheryl. Siempre os estaré agradecida, pero no habría querido que comprometierais vuestra virtud por ello.

Ay, dice Mariche, madre, ¿de qué virtud habla? (Pronuncia la palabra «virtud» en un siseo, como una palabrota). La virtud, sigue, me la paso yo por ahí. Ya tiene sus yeguas. Todas sabemos que a Neitje y Autje les quitaron la inocencia hace años. Seamos modernas. (Esto es inesperado... e interesante: nunca antes ser moderno había sido una aspiración en la colonia). Y Salome, te estás comportando como una mojígata, y obras de mala fe si con un aliento apoyas esta «escapada por la libertad» de los hombres de Molotschna, y con el siguiente finges estar ofendida por los actos revolucionarios (¡Revolucionarios no!, protesta Greta) de las jóvenes en pos de conseguir nuestro objetivo de irnos. Neitje y Autje utilizaron lo que tenían a mano para protegerlas de la subasta, dice Mariche, no es una catástrofe personal tuya.

¿De qué hablas?, pregunta Greta.

Mariche la ignora. Sigue hablándole a Salome: ¿Cómo te crees que nos ganamos los moratones en la cara mi hija y yo? Te lo voy a decir. Cuando Klaas fue a por Ruth y Cheryl y descubrió que no estaban, se enfadó mucho. Me exigió que le dijera dónde estaban las yeguas. Le dije que mientras él estaba inconsciente, quitándose un diente, las yeguas se habían escapado del establo porque a alguien se le había olvidado cerrar la puerta. Klaas me pegó y me dijo que eso era mentira, una ridiculez. A Ruth y Cheryl nunca les ha dado por escaparse, dijo, son las yeguas más perezosas (¡Mentira!, dice Greta) de toda Molotschna. Me pegó otra vez y Autje intentó interponerse y entonces Klaas le dio una bofetada a ella.

Entonces, concluye Mariche, ¿qué pasa? ¿Podemos proceder?

Agata le acaricia la mano a Salome.

Ésta la aparta y se cruza de brazos.

Mariche ha herido a Salome en su orgullo. Y Neitje ha dejado ver su doblez. No hay consuelo para ella.

Estamos perdiendo el tiempo, ruega Greta, pasando este lastre, este saco de piedras, de una a

otra, apartando nuestro dolor. No debemos hacer eso, no debemos jugar a la patata caliente con nuestro dolor. Dejemos que nos impregne, que cada una lo asimile. Inhalémoslo, digirámoslo, procesémoslo para convertirlo en combustible.

(He de confesar que es una traducción muy libre. Voy mal de tiempo, y me distraigo porque me estoy acordando de que el difunto marido de Greta recorría casi veinte kilómetros rumbo sur sólo para comprar alcohol casero, ponerse muy borracho y que luego alguien lo envolviera en una manta y lo metiera en la carreta, confiando en que sus caballos lo llevaran de vuelta ellos solos, cosa que siempre hacían. Luego Greta desenrollaba a su marido de la manta y lo acostaba. Me veo más capaz de entender su profundo amor por Ruth y Cheryl, y estoy acordándome de Frint, con sus grandes ojos y esas pestañas largas, ese hocico de terciopelo).

Ahora hay alguien subiendo la escalera del pajar. ¡Es Earnest Thiessen! Apenas puede andar y menos aún subir nada, y está haciendo demasiado esfuerzo, chasqueando los labios, emitiendo gruñidos.

Ona se apresura a ayudarlo en los últimos travesaños.

Earnest nos pregunta qué estamos haciendo aquí en su pajar. ¿Sois ángeles?, pregunta. ¿Os habéis perdido? ¿Me ayudaríais a asearme? Está ahogado, pero también ríe a trompicones.

Ona lo ayuda a sentarse sobre una paca.

¿Qué estáis tramando, so furcias?, pregunta a las mujeres (habla en un dialecto aún más arcaico de nuestro ya de por sí arcaico idioma).

Desde que Earnest Thiessen está senil, es normal en él lo de soltar palabrotas, las mujeres ya no se alarman. En otros tiempos era un hombre muy educado y reservado que, después de trabajar todo el día en los campos, al atardecer, jugaba a pillar con su difunta esposa, Annie, y sus críos en el campo de colza, ayudándose de quinqués para orientarse en la persecución.

Agata, a la que también le falta el aire, se levanta y se acerca a Earnest (son primos, y de la misma edad) y se sienta a su lado en la paca.

Ay, Earnest, dice, estamos cada vez más viejos.

Earnest le pone la cabeza en el hombro y ella le acaricia el pelo blanco y desgredado. Pregunta si las mujeres son demonios.

No, dice Agata, somos tus amigas.

Pregunta si las mujeres están tramando prenderle fuego a su granero.

No, Ernie, dice Agata, no hay ninguna trama, sólo somos mujeres hablando.

Parece meditar al respecto y luego le pregunta a Agata si puede ayudarlo a bañarse.

Mejal se ofrece para llevarlo de vuelta a su casa y darle un lavado. De paso cogerá pan y embutido de la cocina de verano y le dará de comer a Earnest, y traerá al pajar lo que quede, así como café instantáneo, para las mujeres.

¿Puedes asegurarte de que el agua para lavar a Earnest esté templada, pero no caliente, que no queme?, le pide Agata.

Mejal asiente y baja lentamente por la escalera con Earnest.

Agata se queda de pie al principio de la escalera, con las manos en las caderas, mirando. Hay menta plantada cerca del porche de Earnest, grita a sus espaldas. Puedes coger un poco y echársela al agua caliente. A Earnest le encanta.

Agata se acerca a la ventana y se queda mirando un buen rato mientras Mejal y Earnest regresan hasta la casa de éste. (Comprendo de pronto que parece estar despidiéndose de su primo

para siempre).

Por fin se vuelve bruscamente y habla a las demás. ¿Estamos de acuerdo, pregunta, en que nos iremos esta noche cuando oscurezca para que no nos vean cuando pasemos por las colonias de Chortiza y Hiakjeke?

Las mujeres asienten.

Ona le pregunta a Agata: Pero ¿qué pasa con las colonias que hay pasadas Chortiza y Hiakjeke?

Agata frunce el ceño. ¿Qué colonias?, pregunta.

Por eso mismo pregunto, responde Ona. ¿Qué colonias?

Bueno, dice Agata, no sabemos qué hay más allá de esas colonias porque nunca hemos ido más allá.

Mariche dice: O sea, ¿que no sabremos si nos verán o no irnos porque no sabemos quién más podría vernos?

Eso es, dice Agata, pero intentaremos cubrir el máximo de distancia posible mientras sea de noche y luego descansaremos durante el día, escondidas.

¿Dónde nos esconderemos?, pregunta Greta. ¿Con los caballos, el ganado, los críos y los pollos piando sin parar, y Grant recitando números hasta el infinito?

Greta, dice Agata con impaciencia, ya sabes que no tenemos respuesta para esas preguntas. No hay manera de saber dónde nos vamos a esconder o con quién o qué vamos a encontrarnos cuando nos vayamos de Molotschna. No perdamos el tiempo pensando en lo que no sabemos.

Pero es que pensar consiste en eso, dice Ona. Y pensar es una de las cosas que queremos ser libres de hacer. Las cosas que sabemos que existen o que son verdad no nos exigen que pensemos en ellas.

Agata ignora a Ona. ¿Qué más necesitamos para el viaje?, pregunta.

Pues tenemos que llevarnos animales, cerdos, vacas y gallinas, dice Ona, para tener alimento de camino, y por supuesto a Ruth y Cheryl (¡Por supuesto a Ruth y Cheryl!, repiten las demás mujeres con mucha sorna), y los caballos de tiro de las demás mujeres.

Greta añade: También vamos a necesitar comida para los animales y paja limpia.

Pero ¿de quién son esos animales?, pregunta Mariche.

¿Qué más da?, responde con desdén Salome. Tenemos que llevarnos animales para sobrevivir.

Mariche levanta la voz: Entonces, le dice a Salome, ¿no te opones moralmente a hacer lo que debemos hacer con tal de sobrevivir, aunque eso suponga robar?

(Ona y yo intercambiamos una mirada: Frint).

Claro que no, dice Salome, y además, los animales nos pertenecen a nosotras tanto como a los hombres.

Estoy de acuerdo, dice Mariche, pero entonces a ver si no eres tan hipócrita cuando son otras las que tienen que hacer lo que creen necesario para sobrevivir en determinadas circunstancias.

Salvar a dos yeguas viejas de una subasta a cambio de entregar tu cuerpo a los hermanos Koop, que ni siquiera están evolucionados del todo (luego ¿Salome cree en la evolución?, me pregunto), no es una cuestión de supervivencia, dice acalorada Salome. Mientras que disponer de animales cuando te estás embarcando en un largo viaje que nunca has hecho a un destino desconocido es sin duda una cuestión de supervivencia. ¿Te suenan Noé y su arca?

¿Y a ti te suenan María Magdalena y su amigo Jesús?, replica Mariche.

Agata está ahora otra vez poniéndose en pie como puede. Pronuncia cada palabra con veneno en la voz: ¡Ahora sí que ya he escuchado suficiente! ¿Es que no os habéis enterado de que pensamos huir esta noche? ¡Que somos un grupo grande, que la logística es compleja, las variables múltiples y el tiempo vuela! Por el amor de nuestro señor Jesucristo nuestro salvador, ¡queréis hacer el favor de cerrar el pico?!

Ona susurra: No vamos a huir, no somos ratas huyendo de un establo en llamas, hemos tomado la decisión de irnos y...

Agata estampa la mano sobre la mesa. Tiene la otra en el corazón. Se deja caer sobre el balde/taburete y se queda callada.

Ona corre hacia su madre. Lo siento, dice, le juro que me callo ya. Se quita el pañuelo, lo moja en el barreño del agua y se lo pone a su madre en la frente. (A Ona le cae el pelo en cascada -esta imagen me evoca la literatura que leía en prisión, y pido perdón para mis adentros- sobre la cara y los hombros).

Las demás mujeres se agolpan en torno a Agata, que sonríe, con los ojos muy abiertos, asiente y se concentra en la respiración.

Todos -las mujeres y yo- esperamos.

(Nota a la traducción: En la colonia no hay medicamentos para Agata, aparte del éter y del espray veterinario, de belladona, que se utiliza para dormir a las vacas y los caballos, el mismo que los agresores utilizaron con las niñas y mujeres de Molotschna).

Greta reza.

Salome y Ona cogen cada una de una mano a su madre y sincronizan la respiración. Mariche y las jóvenes se quedan calladas, mirando.

Agata ya ha recuperado el aliento y puede hablar. *Yoma leid exhai*, dice. (Esto es intraducible).

Las mujeres ríen, aliviadas.

¿Por dónde íbamos?, pregunta.

Parece que ahora les pone nerviosas hablar.

Levanto la mano.

Por favor, dice Agata, habla sin más.

Explico que, desde nuestra reunión de ayer, he conseguido la caja fuerte de la cooperativa, un cartucho de dinamita y un mapamundi. (Anoche, después de dejar a Ona en el tejado del lavadero, me sentí envalentonado, valeroso, por razones relacionadas con la falta de sueño, además de la alegría pura y dura, el recuerdo dulce de nuestra conversación, nuestra cercanía, viva en mi interior).

Y un sextante, añado, aunque no estoy seguro de que vaya a servir de algo.

¡Un sextante!, dice Ona. Sonríe. ¿Para medir ángulos?

Me encojo de hombros.

Salvo por Salome, las mujeres parecen impresionadas. Se quedan mirándome.

Greta alza los brazos por encima de la cabeza. Amén, dice.

Mariche pregunta: ¿Qué quieres decir con que tienes dinamita?

Para volar la caja, dice Salome, y sacar nuestro dinero.

Ona pregunta: ¿Qué pasará cuando los hombres vuelvan y vean que no está la caja?

Podemos echarles la culpa a los hermanos Koop, dice Salome.

Las demás la ignoran.

A lo mejor podemos dejar un diezmo del dinero detrás de la iglesia, se atreve a sugerir Autje.

Salome resopla.

Lo decía en serio, dice Autje.

¿De dónde has sacado la dinamita?, me pregunta Mariche, que está escrutándome a través del tejido blando dañado de su cara.

Le explico que la utilizan los hombres de la colonia para espantar a los caimanes de la laguna norte. La he envuelto en pellejo de cerdo, para que parezca un embutido, explico a las mujeres, y no pueda detectarse.

Pero a ver si la dinamita va a volar por los aires también el dinero que hay dentro..., dice Mariche.

Eso no lo había pensado, admito. A lo mejor es más fácil que alguien descifre el código de la caja.

Sí, dice Salome, pero ¿quién? Recordad que estaremos escondidas en medio del campo, no paseándonos por una ciudad con calles llenas de tiendas de descifrado.

Eso también es verdad, dice Agata, no creo yo que en una vereda de tierra perdida por ahí vayamos a encontrarnos a un individuo que anuncie su negocio de descifrado de cajas fuertes.

Cierto, dice Greta. Si se diera el caso, sería un hombre de negocios con poco negocio.

Aunque, añade Ona, no necesariamente un mal descifrador.

Ya, dice Agata. Continuará. Sonríe, mueve el tronco adelante y atrás. Sabemos, dice, que la ciudad está a unas siete horas al sur de aquí en carreta y a paso ligero. Y más tiempo en primavera, cuando se inunda la quebrada.

¿Ah, sí?, duda Ona.

Eso es lo que nos ha llegado por los conocimientos de los hombres que han hablado del trayecto, explica Agata. (Salome, por lo bajo: Claro, como tienen tantos conocimientos ellos...). Pero nosotras no vamos a la ciudad, continúa Agata.

Desde luego, dice Greta, a la ciudad sí que no vamos. Obsequia a las mujeres con una anécdota espontánea sobre un váter con cisterna que vio en la ciudad (deduzco para mi sorpresa que Greta ha estado al menos una vez en su vida en la ciudad, aunque ignoro en qué circunstancias): de cómo apretó la manija hacia abajo y el ruido envolvente y sonoro que provocó le hizo pegar un bote hacia atrás como si fuera una granada y acabara de quitarle la anilla.

Greta, dice Agata, ¿por qué te pones a contar historietas?

No lo sé, admite Greta, que lo arregla entonces: Estoy nerviosa.

Todas lo estamos, dice Agata, es inevitable.

(Miro de reojo a Ona, que está recolocándose el pañuelo del pelo. De la comisura del labio le sobresale una horquilla negra. Veo que tiene el envés del brazo, al llevarse al pelo, muy suave y blanco, como la quilla de una canoa recién hecha).

Agata continúa: Vamos a tener que encontrar agua y puede que tierra de pasto para los animales, y vamos a tener que cruzar fronteras.

Pero ¿cuáles?, pregunta Mariche.

Las mujeres se quedan calladas.

Vuelvo a hablar: He envuelto el mapa alrededor de un buen trozo de queso y lo he tapado con papel de envolver normal. La caja fuerte está en la parte de atrás de la carreta de Greta, bajo el

asiento trasero, preparada para partir. También he echado unas cebollas, algo de jabón y trozos de madera que pueden servir de cuñas, por si las ruedas se quedan enfangadas, o de yesca para encender fuego. (Miro de reojo a Ona, que me parece que está orgullosa de mí).

¿Y la dinamita y el mapa?, pregunta Ona. ¿El embutido extraño y el queso?

Están también en la carreta de Greta, digo. En la sombrerera de delante.

¿Ruth y Cheryl están ya en el establo de Greta?, pregunta Agata.

Sí, contesta Neitje, nos las trajeron esta mañana los hermanos...

Bien, sí, sí, interrumpe Agata, dejemos ese tema.

Ona se muestra preocupada por que yo pueda buscarme un problema, por que me declaren culpable de confabulación. Ahora Klaas sabe que has estado aquí en el pajar con las mujeres, haciendo como que aprendes a coser, dice. Cuando desaparezcan las mujeres y la caja fuerte, le echarán la culpa a August. ¿Quién más habría podido saber dónde estaba la llave? Una mujer no, eso está claro. Juzgarán a August como instigador. ¿Cómo podemos estar seguras de que Peters no lo declarará culpable y lo castigará, o lo excomulgará?

(Me emociona que Ona se preocupe por mí. Todas esas cosas a mí me dan igual, que me declaren culpable -lo soyo que me echen de la colonia. Si Ona se va, ¿qué sentido tiene que me quede?).

Y el mapa, dice Salome cambiando de tema para mi alivio, no sabemos leerlo.

Neitje le pregunta a su madre si no se ha enterado.

¿De qué tengo que enterarme?, pregunta Salome.

Norte, este, oeste, sur, dice Neitje.

Agata sonrío y muestra su aprobación moviendo de nuevo el cuerpo a izquierda y derecha. Las demás fruncen los labios y sacuden la cabeza.

Me atrevo a hablar de nuevo. Les cuento a las mujeres que he creado una leyenda.

Las mujeres sonrían cortésmente, esperando una explicación.

Para el mapa, digo. Explico que he dibujado asteriscos en el mapa que coinciden con dibujos en la leyenda.

Silencio.

Los he dibujado yo, repito como un tonto.

Igual que Miguel Ángel, dice Ona con una media sonrisa.

¿Sabéis los números?, pregunto a las mujeres, y me siento profundamente avergonzado de tener que preguntárselo.

Sí, los sabemos, dice Greta, claro que sí.

¿Ah, sí?, pregunta Mariche.

Las niñas sí, añade Greta.

Autje y Neitje asienten.

Agata explica: August, sabemos cómo escribir nuestros nombres, pero hasta ahí. Y tardo más en escribir mi nombre que en sembrar un campo de colza entero.

Greta ríe. Y cosecharlo al otoño siguiente, dice.

Mariche dice que en realidad no sabe cómo escribir su nombre, que ha estado demasiado ocupada para aprenderlo.

Yo te ayudo luego, se ofrece Ona, cuando tengamos más tiempo.

Mariche hace una pausa, se lo piensa, y luego inclina la cabeza, muy regia. Acepto, dice.

Entonces, ¿qué se ve en los dibujos?, pregunta Ona.

Ríos, carreteras grandes y pequeñas, pueblos y ciudades y fronteras, vías de tren, explico. Es sólo un mapa de esta parte del mundo, de esta esfera celeste.

¿Es un mapa de los Cielos?, pregunta Mariche.

Es un mapa de las Américas, digo.

Mariche, con desdén: Entonces, ¿para qué dices eso de «esfera celeste»?

Ona me pregunta: ¿Qué dirección crees que deberíamos tomar?

Antes de poder responder, se produce una conmoción en la escalera.

Mejal ha vuelto con la comida pero está alterada. Ha oído que se ha desatado un incendio al norte de la colonia y cuentan que los hombres de la ciudad van a volver antes para salvar a los animales.

¿Es de suponer que eso nos incluye a nosotras?, dice Ona.

Las demás ríen escandalosamente, pero sólo por unos instantes. Agata tiene que parar para coger aire.

Entonces hay que irse, dice Mariche. Vámonos ya. Se levanta de golpe.

Otras se levantan también de los baldes.

Íbamos a irnos cuando fuera de noche, protesta Greta.

No tenemos tiempo para eso, dice Mariche, que le pregunta a Mejal: ¿Quién te ha contado lo del fuego?

Mejal se muestra reticente a revelar el nombre.

¿Los hermanos Koop?, pregunta Autje.

Mejal asiente.

¿Qué están haciendo esos dos en Molotschna?, pregunta Salome.

Mejal se encoge de hombros.

Pues yo no me creo lo que puedan decir los hermanos Koop de un incendio, dice Salome. Para mí que nos han lanzado un órdago, conscientes de que pasa algo, para obligarnos a dar un paso en falso, a que nos vayamos más temprano y nos pillen. Quieren hacerse los héroes, dice Salome. Quieren ser los reyes. ¿Vosotras oléis humo? ¿Está oscuro el cielo? ¿Están inquietos los animales?, ¿las moscas quietas? ¿Están formando jaleo los pájaros? ¿Se le han desatado las alergias a Mejal? No, responde a sus preguntas. No a todo. No hay ningún fuego.

Mariche le pregunta a Autje: ¿Vosotras sabíais que los Koop estaban en Molotschna?

Las chicas se niegan a responder. Apartan la mirada, asustadas.

No me digáis que les habéis contado que pensábamos irnos, dice Salome. ¿Qué tenéis en la cabeza, serrín?

Autje se echa a llorar.

Fue una equivocación, dice Neitje. Los hermanos Koop nos dieron vodka de muérdago..., y estábamos tan emocionadas... Nos sentimos valientes. Lo sentimos mucho, muchísimo.

Autje, entre lágrimas, dice: Es imposible que los Koop nos delaten. No hay forma de que lleguen a la ciudad a tiempo, y menos si está a siete horas a paso ligero ida y otras siete de vuelta.

Tengo entendido que algunos hombres de Chortiza tienen teléfonos en su poder, afirma Mejal.

Pero no los hermanos Koop, dice Neitje. Nos los habrían enseñado si tuviesen.

Me aclaro la garganta antes de decir: Aunque los hermanos Koop tuvieran teléfonos, aquí no hay cobertura. Tendrían que ir a la cima del monte Zweibach para coger cobertura.

¿De qué hablas, August?, pregunta Agata. ¿Qué es eso de la cobertura?

Antes de permitirme responder, Mejal comenta que eso no es ningún problema porque los hombres de Molotschna no tienen teléfonos en los que recibir llamadas.

Levanto de nuevo la mano y hablo: Peters sí tiene.

¿Cómo? ¡No!, dice Greta.

Peters tiene uno desde hace años, explico. Se dedica a distraerse con los juegos que trae mientras los demás hombres trabajan los campos.

Pero aun así, dice Agata, ¿has dicho que si los hermanos Koop tuvieran teléfono, tendrían que haber subido al monte Zweibach?

Ona está cogiéndose la barriga, pálida.

Greta reza. Agata piensa.

Neitje levanta la voz, insiste: ¡No tienen teléfonos! Nos los habrían enseñado para presumir.

Las mujeres asienten, les parece factible.

Agata dice: A ver, entonces los Koop están esperando a que nos movamos y luego irán a la ciudad para informar a los hombres de que nos hemos ido, o quizá pretendan impedir ellos mismos que nos vayamos. Al decir que hay un incendio al norte de Molotschna creen que pueden obligarnos a ir hacia el sur, hacia la ciudad donde están los hombres. Es una trampa.

Bueno, dice Ona, eso sería nuestro fin.

Está claro que vamos a pasar de la tontería del incendio, dice Mariche. Si fuera verdad, los animales nos avisarían. Iremos hacia el norte, en sentido contrario a los hombres.

Pero a lo mejor antes de eso los Koop nos impiden el paso, dice Greta.

Eso es imposible, dice Salome, ¿cómo van esos dos descerebrados, esos tirillas, a impedirnos nada a las mujeres?

Tienen escopetas, dice Mejal. Tienen fustas.

Bueno, y nosotras también, dice Salome.

No, dice Agata, desde luego que no tenemos. No tenemos ni escopetas ni fustas. Bueno, tenemos las fustas de las carretas, pero no vamos a empezar ahora a azotar a la gente.

Greta menciona que ni siquiera ha azotado a Ruth y Cheryl, y son yeguas.

Agata la mira con el ceño fruncido, harta. Si no hubiera sido por rescatar a Ruth y Cheryl, Autje y Neitje no habrían tenido que acceder a rebajarse para el placer de los hermanos Koop, y éstos no les habrían dado vodka de muérdago a Autje y Neitje, y a Autje y Neitje no habrían dejado escapar, debido a la embriaguez, que las mujeres estaban pensando en irse de Molotschna.

Salome piensa que puede conseguir algunas escopetas, o mejor aún, dice, August podría conseguirnos escopetas. Al fin y al cabo, ha sido capaz de procurarnos dinamita. ¿Podrías?, me pregunta.

Me quedo mudo. Me rasco con saña la cabeza, me cae pelo.

No, repite Agata, no vamos a llevar escopetas y fustas.

A mí me preocupa otra cosa, dice Mariche: que los Koop hayan agrupado a los hombres de Chortiza y de Hiakjeke para que los ayuden a impedir nuestra marcha.

Greta rebufa. A los hombres de Chortiza y Hiakjeke, dice, les importan poco las mujeres de

Molotschna, sólo les interesan las tuyas. Si nos fuéramos, les parecería una victoria sobre los de Molotschna. Estarían regodeándose durante generaciones.

Las mujeres asienten a una, con solemnidad.

¿Por qué estarán tan interesados los Koop, que son de Chortiza, en impedir que las mujeres de Molotschna nos vayamos, si puede saberse?, pregunta Salome. ¿Qué más les da a ellos? Planta su mirada en Neitje y Autje.

Neitje dice: Porque quieren casarse con nosotras.

Salome se levanta del balde. Tú no te vas a casar con un Koop, ni con nadie de Chortiza, y punto, le dice a Neitje.

Autje, a la defensiva: Es que a los chicos y chicas de Chortiza les han prohibido que se casen entre ellos durante cinco años para evitar bebés deformes. Así que los chicos de Chortiza van a Molotschna y Hiakjeke en busca de mujeres. Eso nos han contado los Koop.

Yo me casaré con quien yo quiera, dice Neitje.

A Salome se le ensanchan las narinas. Entonces resulta que a los hombres de Chortiza y de Hiakjeke sí que les interesan las mujeres de Molotschna. No podemos dejar que nos vean partir. La ciudad está al sur de Molotschna, Chortiza al oeste y Hiakjeke al este. Iremos al norte.

Nettie/Melvin ha subido por la escalera y está ahora en el pajar. No habla y se ha quedado plantada de cara a las mujeres. Agata le ruega que hable, que les dé noticias de abajo.

Nettie se queda mirando la ventana y habla: Los pequeños (utiliza la palabra *kjinja*) están preparados. Se han aseado. Las mudas están guardadas en barriles. La ropa de cama también. Las botas también. Los sombreros en cajas. Ya han comido.

Gracias, Melvin, dice Agata. Melvin sonríe por primera vez en siglos, la primera vez que dicen en alto su nombre nuevo. Sonríe a la ventana abierta, una comunión tácita con la luz del sol de Molotschna, que ahora es suya.

Greta le pregunta si Cornelius está preparado y si está ya cargada también su silla de ruedas. Al final Cornelius no viene con nosotras, responde Melvin a la ventana. Su madre es del bando del «No hacer nada», y Cornelius no tiene más remedio que quedarse.

Autje y Neitje fruncen el ceño y protestan por lo bajo. A todos los jóvenes de Molotschna, y en particular a las chicas, les fascina Cornelius, con sus bromas, sus teatros y su creatividad. A lo mejor Cornelius y su madre cambian de parecer, tranquiliza Agata a las jóvenes, quizá se reúnan con nosotras más adelante.

No, dice Mariche. Eso no es así, no va a ser posible. En cuanto vuelvan los hombres, no van a permitir que se vayan más mujeres. Luego se dirige a las jóvenes: Volveréis a ver a Cornelius algún día en el Cielo, dice, y allí podrá andar. Irá corriendo a vuestros brazos.

Las jóvenes asienten sin tenerlas todas consigo. (Me figuro que abrazar a Cornelius no es exactamente lo que tenían en mente).

Agata coloca las manos sobre la mesa, para apoyarse. Melvin, pregunta, ¿tú estás preparada también para el viaje?

Melvin no responde. Las mujeres esperan.

Las mujeres dejan escapar sonidos de alarma, y algunas parecen a punto de hablar.

Melvin dice: Pero voy con vosotras.

Las mujeres sonríen y suspiran aliviadas. Greta dice: Sí, al fin y al cabo, quién de nosotras

puede decir que está preparada, ¿no?

Yo sí, dice Salome.

Melvin, interviene Agata, vuelve por favor con los niños y espera con ellos en la tierra en barbecho que hay al lado de la escuela.

Le da instrucciones a Melvin para que los distraiga con algún tipo de juego, los Holandeses Errantes, por ejemplo, y que esté pendiente del camino de las vacas, el que pasa en paralelo a ese sembrado. Ahí es donde las demás mujeres se encontrarán con ellos cuando salgan de Molotschna. Tendremos al menos diez carretas con sus caballos, dice Agata.

Incluidas Ruth y Cheryl, añade Greta.

Maldita sea, madre, por favor, protesta Mariche. (Ona y yo intercambiamos una mirada muy breve. Imagino que este exabrupto le asombra tanto como a mí. Pero Greta se limita a cerrar los ojos por un momento y hundir la barbilla).

Las más fuertes, dice Agata, irán andando al lado de las carretas con los otros animales, incluidos los tusones, que servirán de mulas de carga, y con los niños que no aguanten quietos y prefieran ir dando saltitos.

Ona sonríe con aquello, repite las palabras: Dando saltitos.

Melvin asiente. Luego le dice a Salome: Aaron, tu hijo, se ha perdido.

Salome mira a Melvin y luego a las demás. Se pone de pie. ¿Cómo?, dice. ¿Qué quieres decir?

Que no ha venido a la cocina de verano a almorzar con los demás chicos, dice Melvin.

Pero eso no quiere decir que se haya perdido, dice Salome, que se acerca entonces a la ventana. Yo le dije a Aaron que preparara los caballos para irnos, que los abrevara, que les quitara los abrojos de las mantas de la montura y les limpiara los cascos. Así que debe de estar en el establo, dice. No se ha perdido.

Melvin le habla a la ventana.

No oigo lo que está diciendo.

Salome coge del brazo a Melvin. Háblame a mí directamente, insiste, no a la ventana, por favor. No te voy a hacer nada, no soy tu enemiga.

Pero Melvin se ha asustado de Salome y retrocede.

Haz el favor de tranquilizarte, le dice Agata a Salome, y luego a Melvin: No te va a pasar nada, dice. Ya encontraremos a Aaron.

Pero nos vamos ya, dentro de nada, dice Salome. No pienso irme sin él.

Como si no pudiera contenerse, Mariche señala que no hace ni un momento Salome estaba insistiendo en que estaba más que preparada para irse.

Todos tenemos que dejar gente atrás, dice Mariche. Es triste, y difícil, ¿por qué Salome iba a tener permiso especial para montar un numerito?

Salome está bajando ya por la escalera.

Melvin susurra de nuevo a la ventana. Algunos niños me han dicho que Aaron no quería venir, dice, que se sentía tonto yéndose con los pequeños y las mujeres.

Salome ha llegado al final de la escalera y está en el suelo del establo. Ha saltado desde un travesaño a medio camino. Oímos el golpe seco.

Salome, llama Agata, ¡vuelve aquí!

Ona grita también hacia abajo: Ya encontraremos a Aaron, dice, seguro que al final viene con nosotros.

Melvin sigue en la ventana, hablando. Nos dice que Salome ha echado a correr, con las faldas revoloteándole por detrás, inclinada contra el viento, levantando una polvareda.

Debemos mantener la calma, suplica Agata a las mujeres. Salome volverá, dice, encontrará a Aaron y lo convencerá para que venga. Melvin, vete ya con los demás niños y llévalos a jugar al campo.

Pero ¿y si no convence a Aaron?, pregunta Ona. Como no venga él, no va a venirse con nosotras. ¿Qué será de Miep?

Agata asiente. Es un problema, sí, concede. Déjame pensar.

Ona dice: A lo mejor Salome me permite llevarme a Miep, ser su tutora temporal.

Se me emborronan las palabras en la página.

Las mujeres están hablando muy rápido y no logro seguirles el ritmo. Están planeando. Las listas no nos sirven de nada a nosotras, me dice Agata, pero aun así debo seguir el ritmo y hacer todas las listas que pueda, y así los niños mayores, como Aaron seguramente, en caso de que lo encuentren y acompañe a las mujeres, podrán leérselas.

¿Listas de qué?, le pregunto a Agata.

De cosas buenas, dice, de recuerdos, de planes. Lo que tú creas que va bien en una lista como es debido, apúntalo, por favor. Ríe. (Noto que, bajo esa risa, tiene la respiración entrecortada, fatigosa).

Gracias por tus esfuerzos, August, dice. John y Monica (así se llamaban mis padres, excomulgados hace años, fallecida y desaparecido. Es una larga historia, pero los de Molotschna la conocen) estarían tan orgullosos de ti... Dios los bendiga.

Me ruedan lágrimas por la cara. Sí, haré una lista.

Las mujeres se levantan, dispuestas a salir del pajar.

A Agata está costándole respirar y Ona la mira con preocupación. Madre, dice, va a ser un viaje arduo, peligroso.

Agata ríe. Eso ya lo sé, dice. Éste es el día que hizo Jehová, añade. ¡Nos regocijaremos y alegraremos en él!

Luego, en voz baja, le dice a Ona: A mí no me entierran en Molotschna. Ayúdame a subirme a una carreta, que ya me moriré yo por el camino.

Ona ríe, pero se le llenan los ojos de lágrimas.

Apenas puedo escribir.

Las mujeres se ayudan entre sí para bajar la escalera, en cadena.

¿Y qué pasa con August?, dice Ona. (Nota: éstas son las últimas palabras que le oigo decir).

Sonríó, tartamudeo, me despido con la mano. Soy un esperpento.

Agata es la última en bajar. Me pongo en pie.

Agata se vuelve y me sonrío. August, ¿no te casarías con mi Ona?

Le devuelvo la sonrisa. No he tenido otro deseo en esta vida, le digo. Se lo he pedido muchas veces en estos años, le he pedido la mano.

¿Y siempre te ha dicho que no?

Vuelvo a sonreír y le grito a Ona: Un último dato para ti, Ona, digo... ¡Siempre te querré!

Oigo que Ona se ríe, pero ya no la veo. Se está yendo.

Agata está bajando, ya casi ha llegado al final.

Y ella también te quiere, August, dice Agata, que respira hondo y añade: Quiere a todo el mundo.

¿Cómo voy a vivir sin esas mujeres?

Se me parará el corazón.

Intentaré enseñarles a los niños quién es Ona. Será mi Polaris, mi Crux, mi norte, sur, este y oeste, mis noticias, mi dirección, mi mapa y mis explosivos, mi escopeta. Escribiré el nombre de Ona en lo alto de cada esquema de cada lección. Imagino escuelas de todas las colonias menonitas del mundo, mientras el sol desaparece, escabulléndose para llevar su calor y su luz a otras partes del mundo, y todo es de todos, y es la hora de las tareas domésticas, y de cenar y de rezar y dormir, y los niños le piden a su maestro que por favor les cuente otra historia de Ona, la que empezó siendo la hija del diablo y acabó convirtiéndose en la hija más querida de Dios. El alma de Molotschna.

Y ni las puertas del Infierno la retendrán.

Cuando los ministros y los obispos de las colonias menonitas hablen en sus sermones de la historia de Saúl y su conversión, al mismo tiempo repetirán e invocarán y cantarán la historia de Ona, con su pelo revuelto y su dobladillo sucio, su risa fácil y su amor por los datos (¡las libélulas tienen seis patas pero no andan!), que, para ella y puede que para todos los colonos, son como sueños, cuando el sueño de un hombre se convierte en la verdad para nosotros, cuando la visión enfebrecida de Menno Simons es la palabra, cuando la interpretación airada de Peters es nuestro camino angosto y los datos están en el mundo, el mundo al que no pertenecemos, o no podemos pertenecer, o puede que sí pertenezcamos, pero se nos esconden, y los datos reales adquieren una importancia mítica, reverencial, son regalos, *samizdat*, moneda de cambio, son la Eucaristía, la sangre, prohibida, e imaginaos esto: un feto puede ayudar a curar el corazón dañado de su madre, o cualquier órgano, incluso el cerebro, enviando células madre a ese órgano; y escuchad esto: se descubrió que los corazones de dos mujeres que tenían dolencias cardíacas contenían células derivadas de células de fetos masculinos muchos años después de dar a luz a sus hijos... Y por eso invoco el amor de Ona, por la precisión pero también por los ríos misteriosos y los juegos secretos, y su abrazo, su bondad y su hijo nonato y una reparación, y sueños perturbadores, y su amor por el mito, por la locura, por dar saltitos, por escuchar, y la soledad y los puños alzados hacia las constelaciones, los tejados y los lavaderos y los ojos brillantes, ojos que brillan conforme la historia va cogiendo fuerza y la crueldad se vuelve una llama débil, hasta que desaparece.

Agata alarga la mano y me acaricia la rodilla. Ahora estoy por encima, y me agacho para tocarle el hombro. Está bajando, me da la mano. Le recuerdo que se agarre a la escalera con ambas manos.

Me pide que me quede en el pajar y espere a Salome, que volverá a buscarlas.

Dile que estamos reunidas detrás de la escuela.

¿Y Aaron?, pregunto.

No hay respuesta. Las mujeres han salido del pajar.

La lista, tal y como me ha pedido Agata.

·Sol

·Estrellas

- Baldes
- Partos
- La cosecha
- Los números
- Sonidos
- Ventana
- Paja
- Frint
- Vigas
- Futilidad
- Mi madre
- Mi padre
- El lenguaje

Tejido blando. (Su resistencia y su capacidad para remodelarse incluso a la vez que protege el tejido duro, el rígido endoesqueleto del cuerpo humano. Una colonia. Definido a menudo por lo que no es. Oigo la voz de Mariche, burlándose: ¿Por qué tienes que hablar así, August?).

Un sueño. (Sobre casas pequeñas hechas de piedra, fáciles de desmontar de noche y llevar en carretas para ser reconstruidas en otra parte, y luego vuelta a dismantelar, y en cada montar y desmontar, la materia terrosa de las piedras se erosiona un poco más, hasta que la casa es tan pequeña que ya no es una casa. En mis sueños, Ona es nombrada encargada de estas casas y parece estar siempre enfrascada en un debate público sobre si las casas deberían restaurarse, conservarse o dejar que se erosionen y se pulvericen, porque está en su naturaleza. Si las casas están hechas para ser dismanteladas, si son efímeras, y si al dismantelaras una y otra vez se erosionan y se convierten en polvo, ¿no deberíamos entonces dejarlas? Están pensadas para eso. Si no queremos que nuestras casas se erosionen, entonces debemos, en primer lugar, hacerlas de otra forma. Pero está claro que no podemos conservar casas que están hechas para desaparecer. En mi sueño había gente presenciando este debate público, y no estaban de acuerdo con Ona. Decían: Pero es una cuestión de legado, de patrimonio, un objeto valioso y un recordatorio físico de lo que fue en otros tiempos. Y Ona decía, en mi sueño, sonriendo: ¡Ah, pero eso es otra historia!).

- Moscas
- Boñigas
- Viento
- Mujeres

Mi lista se alista, solista. El origen: *liste*, del inglés medio, significa deseo. Que es también el origen de la palabra *listen*, «escuchar».

Pero oigo voces ahora, y algo que sube por la escalera.

Las jóvenes, Autje y Neitje, aparecen en el pajar. Se sorprenden de verme. Corre, escóndete, me dicen.

7 DE JUNIO

AUGUST EPP, TRAS LA ASAMBLEA

Mientras estuve escondido en una paca de heno:

Los hermanos Koop llegaron al pajar. Las voces bajas, masculinas, nerviosas, sorprendidas. Autje y Neitje se pusieron a hablar con los chicos, voz suave, risas, tramos de respiración. Dentro de la paca, con la paja en las orejas, no oía bien. Los chicos y las chicas se tendieron juntos en un rincón del pajar, al otro lado de donde estaba yo escondido, bajo las vigas más bajas. Se besaron. Las chicas rieron. Murmuraron. Les dijeron a los chicos que cerraran los ojos. Luego se hizo el silencio. Yo no oía nada, no veía nada. Luego escuché una voz familiar. Era Salome.

Escuché pasos que venían hacia mí. Me apartaron la paja de la cara. ¡Vi a Salome!

Me dijo que saliera de la paca.

Salí a gatas, temiendo lo que iba a encontrarme.

Autje y Neitje estaban de pie al lado de Salome, mirándome. Se sacudieron la paja del pelo. Lo tenían suelto, alocado. Iban con los pañuelos atados a las cinturas, muy elegantes, con sus calcetines blancos enrollados por los tobillos. Detrás estaban los hermanos Koop, dormidos o muertos, no se movían. Miré a Salome en busca de una respuesta.

Me contó que los había dejado inconscientes con el spray de belladona. Me dijo que había dado instrucciones a las chicas, Autje y Neitje, para que engatusaran a los hermanos y los llevaran al pajar prometiéndoles intimidad, y que hicieran bastante ruido, para que ella pudiera subir sin que se dieran cuenta. Me dijo que ahora los hermanos Koop ya no podrían ir a la ciudad para delatar a las mujeres.

Ordenó a las chicas que fueran a las carretas que estaban esperando tras la escuela. Era hora de irse.

Las chicas se despidieron de mí con la mano, algo cortadas. Adiós, señor Epp, me dijeron ya de espaldas. Bajaron por la escalera y luego salieron corriendo, riendo con exuberancia, lejos del establo y lejos de Molotschna.

Pero ¿dónde está Aaron?, le pregunté a Salome.

Me dijo que lo había encontrado, que estaba listo en la carreta, esperando.

¿Lo has convencido para que vaya con vosotras?, le pregunté.

No, no lo he convencido. He tenido que utilizar el spray también con él.

Abrí los ojos de par en par. Empecé a hablar.

No me ha quedado más remedio, dijo, aquí no se puede quedar. Es igual que si hubiera cogido

a un niño dormido en plena noche y lo hubiera sacado de una casa en llamas.

¿Tú crees?, le pregunté. ¿Y si cambia de opinión?

Salome sacude la cabeza. Será demasiado tarde, dijo, ya nos habremos ido. Se viene conmigo. Es mi hijo.

Asentí. Me contó que también había rociado con espray a Janz Caracortada.

No me ha quedado más remedio, repitió. Pensaba ir a la ciudad a avisar a los hombres.

Pero ¿ella sabe cómo se llega?, le pregunté.

No, claro que no.

Entonces ha sido una amenaza sin fundamento, dije, no había necesidad de rociarla.

Pero me he asustado, dijo Salome, nuestra guerrera, nuestra capitana.

Quise decirle que si Aaron se escapaba otra vez y volvía a Molotschna, yo le echaría un ojo. Caminaría a su lado, como hemos aprendido a decir.

Pero Salome tenía que irse. Me pidió en cambio que les echara un ojo a los Koop. Para asegurarme de que siguieran inconscientes otras siete u ocho horas, tiempo de sobra para que las mujeres huyeran de Molotschna. Me entregó el envase con el espray de belladona.

Vuelve a rociarlos si se despiertan demasiado pronto, dijo, pero que no te encuentren el bote los ministros. Soltó una risa.

¿Dónde lo has encontrado?, le pregunté.

Me dijo que siempre había estado guardado en la vaqueriza de Peters.

¿En la de Peters?, pregunté. (¿Es algo bueno o malo que él sea el custodio del espray de belladona?).

Salome ya se había vuelto e iba camino de la escalera.

Adiós, August, dijo.

Le pedí que esperara, me acerqué. Le puse la mano en la parte carnosa del brazo, por encima del codo. No se apartó. Me mantuvo la mirada.

Por favor, cuida de Ona y de su crío, dije.

Salome asintió y me prometió que lo haría. Ona era su hermana, sangre de su sangre, y el crío también.

Empezó a bajar la escalera. Tenemos que darnos mucha prisa, dijo.

Pero no estáis huyendo, le dije, no sois ratas escapando de un edificio en llamas. Volvió a reírse.

Eso es, asintió, hemos decidido irnos.

Aaron no, quise decirle. Salome, dije en cambio.

¿Qué pasa ahora, August? ¿Es que no te has dado cuenta de lo preparada que estoy para irme? Rio otra vez.

No vuelvas, le dije, no volváis nunca más, ninguna.

Volvió a reír. Asintió y me dijo que me echaría de menos, que fuera un buen maestro y que tenía paja en el pelo.

¡Ay, espera!, le pedí.

¡August!, exclamó exasperada.

Corrí a la mesa, al tablero de contrachapado, y cogí mis cuadernos, las actas, y volví a la escalera.

Dale esto a Ona, por favor, le pedí.

Pero ya sabes que no sabe leer, dijo Salome. ¿Qué va a hacer con ellos, usarlos de yesca?

Los leerá su crío, dije. Dile que los guarde, que no los use de yesca.

Salome volvió a reír. No me había dado cuenta de lo mucho que ríe, como su madre, como todas las mujeres de Molotschna. Ahorran saliva para reír.

A no ser que no tengamos nada más para hacer fuego, dijo Salome.

Sí, dije, a no ser que se dé ese caso. Y pensé: Para yesca, para dar calor, las actas darían vida a las mujeres como ellas me la habían dado a mí. Las palabras eran fútiles, un documento. La vida era lo único. Migración, movimiento, libertad. Queremos proteger a nuestros hijos y queremos pensar. Queremos conservar nuestra fe. Queremos el mundo. ¿Queremos el mundo? Si estoy fuera del mundo, mi vida está fuera, fuera de mi vida, si mi vida no está en el mundo, entonces, ¿qué sentido tiene? ¿Enseñar? ¿Enseñar qué, si no hay mundo?

Por un instante fugaz me pregunté si en realidad los Koop no estarían diciendo la verdad, si no sería cierto que se había desatado un incendio al norte de Molotschna. Quizá se hubieran enterado antes que los animales, quizá supieran algo que los animales no habían sentido aún. Si el fuego estaba hacia el norte y los hombres al sur, en la ciudad, y los ojos espías de las colonias de Chortiza y Hiakjeke al oeste y al este, entonces ¿adónde irían las mujeres?

Pero no, no puede haber un incendio al norte. Y ahora debo esperar a que los Koop recobren el sentido para averiguar si es verdad o no.

Volveremos a encontrarnos, le dije a Salome..., nuestra despedida tradicional.

Volveremos a encontrarnos, me dijo.

Salome cogió los cuadernos y bajó la escalera.

Fui a la ventana y la vi salir corriendo del establo. Sólo acerté a ver un destello de la caravana de carretas que se alineaban tras la escuela.

Mientras espero a que despierten los hermanos Koop:

Tenía pensado irme también, cuando partieran las mujeres. Tenía pensado matarme por fin. Pero en lugar de eso me veo ahora vigilando a los Koop, asegurándome de que sigan inconscientes el tiempo necesario para que las mujeres consigan poner distancia suficiente.

Hace un momento he rociado una pequeña cantidad de belladona en la cara de un Koop, el más grande, el que se llama Joren..., ¿o es Sibbe? El que es el más corpulento de los Koop estaba hablando en sueños y moviendo las piernas como si fuera a incorporarse. Ahora ya no dice nada.

Ambos muchachos respiran con normalidad, bien profundo, tienen buen color de cara, saludable, y el pulso es regular. Los he puesto a los dos de costado, para que no se ahoguen si vomitan. Les he subido la cabeza ligeramente y se la he acomodado metiéndoles paja por debajo. Tienen las manos, encallecidas y recias, unidas en oración, con las puntas de los dedos rozándose la barbilla. Es evidente que ninguno ha visto una cuchilla en su vida. Están mirándose, aunque sin saberlo, claro, y tan cerca entre sí que el parecido entre hermanos es impresionante. ¿Serán gemelos? Aunque el tal Joren, o Sibbe, es sin duda más corpulento que el otro, más alto y musculoso. Tiene los pies más grandes, o al menos esa impresión da con las botas de vaquero que lleva. Joren, pongamos que se llama, tenía el cinturón y varios botones de los calzoncillos desabrochados. Lo he visto y se lo he abrochado todo. Y a Sibbe se le había salido el faldón de la camisa. También se lo he puesto bien.

Qué silencioso está el pajar. Las mujeres se han ido. Las he visto partir desde la ventana. He

pensado: mi regreso a Molotschna fue el último recurso que me quedaba, creí que aquí encontraría la paz y le daría un sentido a mi vida, y ahora las mujeres se van de Molotschna justo por esas mismas razones.

Se ha producido cierta conmoción en la cabecera de la caravana justo antes de arrancar. Un caballo -es de suponer que no era ni Ruth ni Cheryl, que son demasiado viejas y serias para andar dando guerra- se ha encabritado y ha torcido el eje de la carreta en una ele, con lo que resultaba imposible avanzar. Han tenido que realinear el eje y tranquilizar al caballo. Pero ha pasado todo pronto y los tiros y las carretas se han cuadrado en formación. Había por lo menos doce o más, llenas de mujeres, niños y provisiones. Estaban bastante lejos, doscientos metros por lo menos, y no he podido distinguir caras ni formas individuales.

Al principio me ha parecido que oía cantar a las mujeres, pero luego me he corregido, sabiendo que no habrían hecho nada que hubiese llamado la atención en ese momento, ni nunca posiblemente. Era sólo el viento que parecía silbar entre la hierba alta que rodea el establo de Earnest Thiessen; no era canto, no era la voz de soprano aguda y clara de Ona planeando. O sí que era canto, pero sólo en mi imaginación, o en el recuerdo.

Me he quedado en la ventana. ¿Ha asomado una cara por la parte delantera de la cuarta carreta de la caravana y ha levantado una mano para despedirse?

Tengo un arma. La he tenido todo este tiempo. Cuando Salome -¿o fue Mariche?- preguntó si las mujeres tenían escopetas, podría haberles ofrecido la mía, pero me callé. Egoísta. ¿Por qué en este idioma nuestro moribundo no hay una palabra para «salvación»? Ojalá les hubiera dado la escopeta. Agata, Greta, Ona y las jóvenes se habrían negado a llevarla, pero a Salome, seguramente, o a Mejal, o incluso a Mariche, podía haberlas convencido.

Hace dos días, cuando me encontré con Ona en el camino de tierra que hay entre su casa y el cobertizo donde yo duermo, también llevaba conmigo la escopeta, en la mano. Las sombras estaban alargándose y estuvimos esquivando la luz del sol mientras hablábamos, como mencioné antes, cuando quise preguntarle, pero no lo conseguí, si ella me consideraba un recordatorio físico del mal. Había estado llorando otra vez, dando vueltas por los sembrados a las afueras de Molotschna, decidido a pegarme un tiro ese día. Cuando vi a Ona en el camino, pensé en salir corriendo, o tirar la escopeta en el maizal, pero en lugar de eso me quedé helado y me limité a mirarla mientras se acercaba.

Estaba sonriendo, casi dando saltitos mientras se aproximaba, y saludándome con la mano. Cuando estuvimos cara a cara, me preguntó adónde iba, qué hacía, y le dije que a ninguna parte y nada. Me preguntó si iba a cazar. Le dije que no, que a cazar no. Miré de reojo la escopeta y dije, ah, por eso, y comenté que iba a devolverla a la cooperativa.

Pero ¿por qué la tienes?, me preguntó.

La miré a los ojos y no los aparté. Dejó de sonreír. Nos quedamos callados.

Empezó a decir algo pero se detuvo. Hundí la cabeza entre los hombros. No quería que me viera llorar otra vez. Me cogió de la mano y dimos el primer paso hacia el sol, fuera de la sombra que se había formado a nuestro alrededor. Me puso la mano sobre su barriga embarazada y me dijo, como si pudiera leerme la mente, que había rezado por mí, que había rezado para que hallara la gracia de Dios, y que yo era un recordatorio físico de la bondad y la esperanza, y de la vida tras la violencia. Estaba aludiendo a mi madre, y a mi padre, pero no al hombre que me crio y luego desapareció, sino a Peters, el joven.

A mi padre no lo excomulgaron por enseñarles fotografías de cuadros de Miguel Ángel a los

colonos, ni a mi madre porque tuviera una escuela secreta para niñas en el establo, durante el ordeño. Nos expulsaron porque con doce años, cuando yo estaba a las puertas de la pubertad, tenía un parecido tan notable con Peters que me convertí en un símbolo para la colonia, o al menos para él, de la vergüenza, la violencia y el pecado no reconocido, así como del fracaso del experimento menonita.

¿Era eso cierto? ¿Podía ser? ¿Dónde está el mal? ¿En el mundo exterior o en el mundo interior? En la superficie serena del mar Negro o en el río misterioso que pasa por debajo, que lo preserva todo, pero sólo porque no hay aire, nada respira. No hay movimiento. No hay vida.

Durante mi juventud en Inglaterra, mi madre consiguió un trabajo en una biblioteca. Éramos nosotros dos solos. Mi padre se había ido. Se fue un día al aeropuerto y dejó el coche en el aparcamiento. Llevaba mil años sin dormir. Se montó en un avión.

Mi madre llevaba a casa libros de la biblioteca. A casa llegaban libros y más libros, y los padres se iban volando. Mi madre me explicó que un escritor francés, Flaubert, que en otros tiempos para mí fue «Flobert», escribió con quince años un relato titulado «Rabia e impotencia». Me lo leyó primero en francés y luego en inglés, ambos fragmentarios, llenos de pausas -si es que las pausas pueden llenar- porque ninguno de los dos era su idioma materno, la lengua muerta que nosotros dos utilizábamos para nuestros secretos... Flaubert soñaba con el amor en una tumba. Pero el sueño se evaporaba y quedaba solamente la tumba. Ése era el relato de Flaubert, y quizá también la historia de los menonitas de Molotschna.

Me hace gracia pensar ahora -puede que antes también la tuviera, pero yo no se la veía- que les recitaba (ay, por qué uso la palabra «recitar», tan recargada, tan cómica), que repetí esas palabras a mis compañeros de celda, las palabras de Flaubert, envueltas por el recuerdo de mi madre, del amor y la muerte, la muerte de un sueño, o quizá no muerte. Para cuando terminaba, me faltaba un trozo de cuero cabelludo, arrancado brutalmente, el trozo que me rasco como un loco, como si buscara el origen de algo, algo perdido, un frenesí de dolor. ¿Cómo es posible que mencionar el amor, el recuerdo del amor, el recuerdo del amor perdido, la promesa de amor, el fin del amor, la ausencia del amor, la necesidad de amor tan ardiente, ardorosa, genere tanta violencia?

Molotschna.

Ona me apretó la mano contra su barriga hasta que sentí la vida en su interior y sonreí. ¿Por qué me dejó volver a la colonia Peters? ¿Por qué la bibliotecaria me sugirió que regresara? Las mujeres del pajar me han enseñado que la consciencia es resistencia, que la fe es acción, que se nos acaba el tiempo. Pero ¿puede ser también la fe volver, permanecer, servir?

Y beneficia mucho también aquel que, volviendo de nuevo el arado, corta de través los lomos que levantó rectos sobre la planicie.

¿Hay una parte pequeña pero vital y ardorosa de Peters que ansía hacer las paces? ¿Y no debería yo reconocerla? O incluso aunque no sea una parte vital y ardorosa de Peters, sino un ascua apenas humeante, ¿no debería tener la esperanza de que crecerá? Y en tal caso, ¿no debería estar aquí, en Molotschna, como recordatorio físico no del mal, sino de la gracia de Dios?

No lo sé. Lo único que sé es un hecho consumado: que soy de más utilidad estando vivo y enseñando a leer, escribir y a contar, organizando juegos de Holandeses Errantes, que yaciendo muerto en un sembrado con una bala en los sesos. Ona siempre lo supo. Me dijo que tenía que pedirme un favor, que necesitaba que yo redactase las actas de las asambleas de las mujeres. Al principio dudé, pero ¿qué excusa tenía? ¿Qué podía contarle? ¿Que, sintiéndolo mucho, no estaría

disponible para escribir las actas porque estaría herido de muerte por un tiro autoinfligido en la cabeza?

Comprendo ahora que le conté justo eso, con mis ojos, con mi silencio, con la escopeta. (Sobre todo con la escopeta).

Le pregunté de qué les servirían las actas a ella y las demás mujeres si no sabían leer. (Pero entonces bien podría haberme preguntado ella: ¿Y de qué sirve estar vivo si no estás en el mundo?).

Y fue entonces cuando me contó la historia de la ardilla y el conejo y sus juegos secretos, y me dijo que quizá ella no debería haberlos visto jugar, pero el caso es que lo había hecho; tal vez no había razones para que las mujeres tuvieran actas que no podían leer. El propósito, desde el principio, fue que yo actuara.

El propósito era que yo actuara; actuar, actas, actos, vida.

Sonríó. Veo el mundo doblándose sobre sí mismo, como olas, pero sin un mar o una orilla que los contenga. Las actas no tenían sentido. No puedo sino reírme.

Me apuesto en la ventana y olisqueo el aire en busca de indicios de humo, pero no hay, y si los hay, yo no soy capaz de detectarlos.

¿Están las mujeres precipitándose de cabeza a un incendio arrasador?

Miro a los muchachos, aquí dormidos, inconscientes para ser exactos, y les ruego para mis adentros que me digan la verdad.



AGRADECIMIENTOS

Vaya mi agradecimiento para tres mujeres sin las cuales estas páginas estarían en blanco: mi editora, Lynn Henry; mi agente, Sarah Chalfant; y mi madre, Elvira Toews.

Me gustaría asimismo acordarme de las mujeres y niñas que viven en comunidades patriarcales y autoritarias (tanto menonitas como no menonitas) de todo el mundo. Todo mi amor y solidaridad.

NOTAS

[1] P. B. Shelley, «Ozymandias», en versión de Leopoldo Panero para *Poetas románticos ingleses: Antología*, Planeta, Barcelona, 1989. [N. de la T.]

[2] La noche está aquí ya, hay que trabajar, / trabaja por la mañana; / trabaja mientras brille el rocío, / trabaja entre los brotes en flor; / trabaja cuando la luz del día se acentúe, / trabaja bajo el sol del mediodía; / hay que trabajar, la noche está aquí ya, / y el hombre su trabajo ha de acabar. [N. de la T.]

[3] Para las citas de la Biblia utilizo aquí y en adelante la versión de la ReinaValera Antigua. [N. de la T.]

[4] El malentendido se comprende en inglés por la similitud de *arsonist*, «pirómano», con *anarchist* y *Antichrist*. [N. de la T.]

[5] Virgilio, *Bucólicas, Geórgicas, Apéndice virgiliano*, trad. de Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruiz, Gredos, Madrid, 1990. [N. de la T.]

[6] Montaigne, *Ensayos*, libro I, cap. XXXI, trad. de Constantino Román y Salamero, Garnier Hermanos, París, 1912. [N. de la T.]

[7] Por la belleza de la Tierra, / por la belleza de los Cielos, / por el Amor que cunde por doquier / desde que nos ve nacer: / Nuestro Señor Jesucristo, elevamos ante Ti / este nuestro sacrificio de alabanza. / Por la belleza de cada hora / del día y de la noche, / monte y valle, árbol y flor, / sol y luna y estrellas luceras: / Nuestro Señor Jesucristo, elevamos ante Ti / este nuestro sacrificio de alabanza. / Por la dicha de oídos y ojos, / por el deleite de corazón y cabeza, / por la armonía mística / que une el sentido al sonido y la vista: / Nuestro Señor Jesucristo, elevamos ante Ti / este nuestro sacrificio de alabanza. / Por la dicha del amor humano, / hermano, hermana, padres, hijos, / amigos en la Tierra y amigos Arriba, / por todo pensamiento amable y dulce: / Nuestro Señor Jesucristo, elevamos ante Ti / este nuestro sacrificio de alabanza. / Por cada uno de Tus perfectos dones / que tan generosamente nos concediste, / la gracia humana y la Divina, / flores de la Tierra y brotes del Cielo: / Nuestro Señor Jesucristo, elevamos ante Ti / este nuestro sacrificio de alabanza. [N. de la T.]